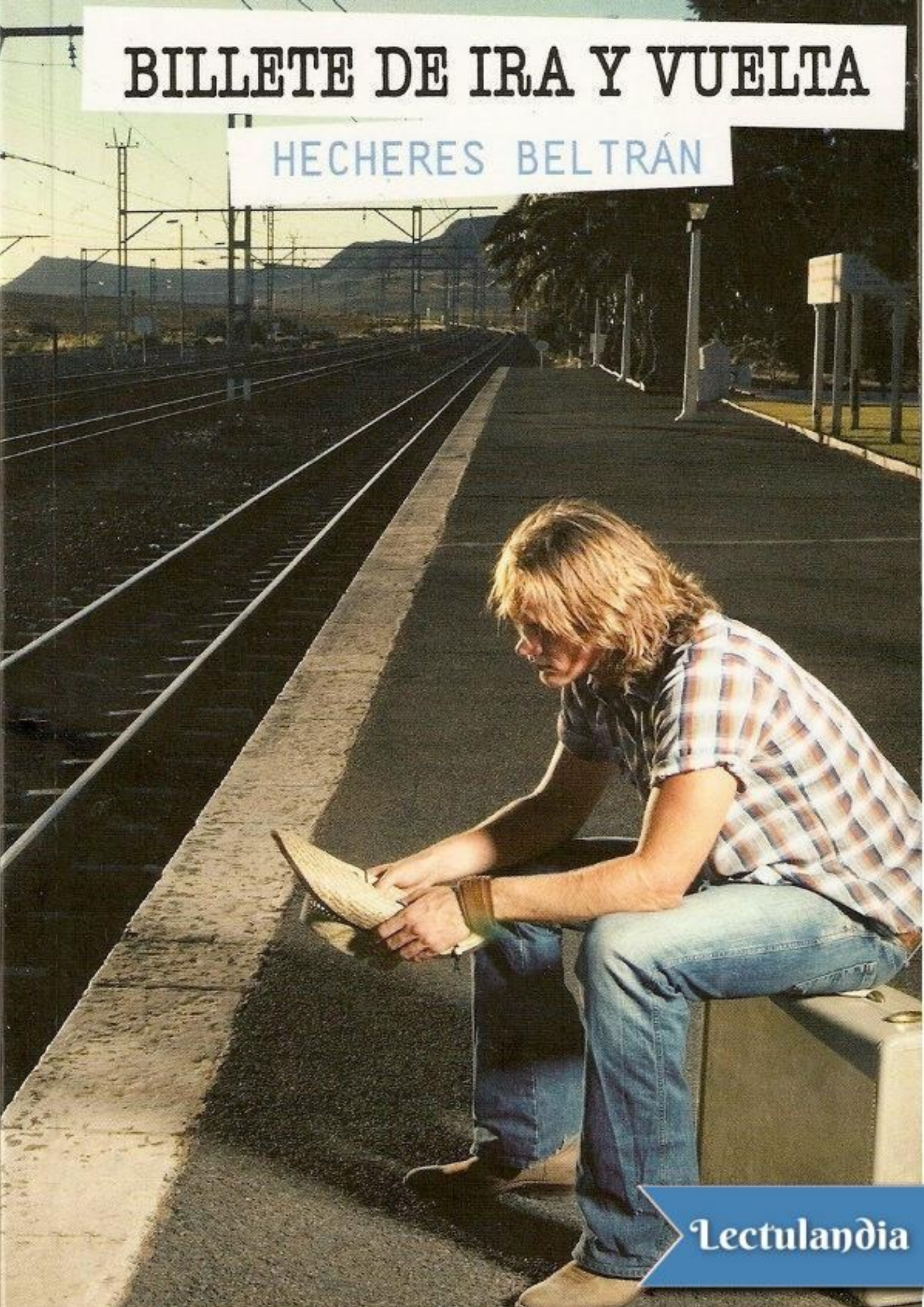


# BILLETE DE IRA Y VUELTA

HECHERES BELTRÁN



Lectulandia

«Cuando te vi el otro día en la playa, no podía creer que fueras tú. Habías cambiado tanto... No sólo físicamente, tu mirada era distinta. No quiero dejarte escapar, no puedo». Javier y Manuel se conocieron diez años atrás en el colegio, pero entonces las cosas eran muy diferentes para ambos. Atrapados por un entorno cruel y homofóbico aún no eran dueños de sus destinos. Tras diez años de ausencia, Javier decide regresar al pueblo que le vio crecer para arreglar cuentas con su pasado, pero el viaje le deparará una inesperada y turbadora sorpresa.

Tras el éxito de *Cruzando el límite* (ganadora del VIII premio Odisea de Literatura), Hecheres Beltrán vuelve con una emocionante novela que no te dejará indiferente. Un relato valiente y conmovedor que bucea en los infiernos del acoso escolar; una historia de amor y venganza, de crudeza escalofriante, que atrapa al lector a través de su prosa directa e inteligente. *Billete de ira y vuelta* es la crónica del reencuentro de un joven con su pasado, alterado por la imprevista irrupción del deseo, que transformará la vida de los protagonistas para siempre.

*«Hecheres Beltrán se adentra en la vida, ilusiones y trampas de las búsquedas de afectos. La sordidez de algunos momentos, la urgencia carnal, todo lo mantiene el narrador con esa cuidada naturalidad del que cuenta no desde la simulación literaria sino desde el documento íntimo de su desengaño».*

J. Ernesto Ayala (Babelia/ El País)

**Lectulandia**

Hecheres Beltrán

# **Billete de ira y vuelta**

ePub r1.0

Polifemo7 10.03.14

Título original: *Billete de ira y vuelta*

Hecheres Beltrán, 2008

Editor digital: Polifemo7

Colaborador: Fil0gelos

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi madre, por todo su apoyo a lo largo de los años.

A David, Rodrigo, Mariela, Cecilia, Raquel y Estherova, por creer en mí,  
animarme a contar mis historias y leer los borradores. Gracias.

## **NOTA DEL AUTOR**

Aunque esta historia es fruto de la imaginación literaria, quisiera denunciar con ella el acoso que sufren los homosexuales en particular, y los «diferentes» en general, dentro y fuera de las aulas por parte de algunos compañeros. Eduquemos en la tolerancia hacia la diferencia y el respeto a los demás para que estos actos violentos no se den entre los jóvenes. También me gustaría recalcar que no se trata de algo reciente, sino que lleva pasando muchos años.

Por otro lado, debo dejar claro que si la novela se desarrolla en Tenerife es por razones de cercanía. En absoluto quiero hacer pensar a los lectores que Canarias es el único lugar en el que suceden este tipo de cosas. Trabajemos todos para que los niños disfruten de su infancia y su adolescencia, y recordemos que la violencia sólo genera violencia.

# 1

Oscuridad. Las luces se habían apagado. A su alrededor, Javier veía la silueta de las personas que le acompañaban en el viaje. Sentados frente a él, dos señores mayores, probablemente amigos, que habían dejado de hablar cuando todo se volvió negro. De pie, cerca de la puerta, una mujer sostenía a su hijo en brazos. O tal vez no era su propio retoño, pues la mujer era muy joven. A lo mejor se trataba de una canguro. Al otro lado, apoyado en el extremo del vagón, un joven levantó la vista de su libro cuando la oscuridad no le permitió seguir leyendo. No había nadie más. Cerró los ojos. Se preguntó cuánto tiempo llevaban parados en mitad del túnel. Los segundos se le hacían eternos. Javier acababa de salir del trabajo y estaba deseando entrar en su casa, quitarse los zapatos y tumbarse en el sofá. No había sido un buen día. Su jefe había llegado con ganas de liberar sus demonios personales y le tocó a la plantilla pagar los platos rotos de su vida privada. Javier odiaba que aprovechara su rango para abusar de su poder y amargarle la existencia a todos. Sentado en el vagón, Javier abrió de nuevo los ojos. Seguían a oscuras. A pesar de que no hacía calor, notó que una pequeña gota de sudor le caía por la frente. Se la secó con el dorso de la mano. Apareció otra, y otra, y otra. De repente, su frente estaba completamente mojada por el líquido corporal. Se pasó nuevamente la mano, esta vez la palma y, lentamente, fue retirando el sudor. Miró al frente. A través de las ventanillas del vagón sólo pudo ver el frío muro de cemento que se curvaba en la parte superior y regresaba a su estado original detrás de él, rodeándolo. Parecían las gigantescas fauces de un animal de piedra que estuviera a punto de comérselos a todos de un solo bocado. El corazón de Javier se aceleró. Las palpitations eran tan fuertes que creyó que su pecho estaba a punto de desgarrarse. El sonido de sus latidos era tan estridente que no era capaz de oír nada más. Dejó de respirar por la nariz y abrió la boca para coger más aire, pues tenía la sensación de que se ahogaba. Le recordaba a cuando buceaba a pulmón y, cuando no resistía más, necesitaba subir a la superficie. Pero desde donde se encontraba ahora no podía salir a la superficie. Bajo tierra, encerrado en un vagón de metro, en mitad de un túnel, ni sus sentidos ni su cerebro lograban vislumbrar qué podía hacer ante la falta de oxígeno. Lo que sí podía hacer su mente era imaginar. Y vaya si lo hizo. Pensó en qué pasaría si al conductor del metro le hubiera dado un infarto. O si habían puesto una bomba, como en Londres, y estaban allí atrapados. Le dieron ganas de gritar. Quería salir de allí. Necesitaba salir de allí. Antes de ponerse a dar voces decidió levantarse y pasear, visiblemente nervioso, por el vagón. Pero aquella actitud sólo consiguió que la ansiedad aumentara. Abrió la boca para chillar cuando, de pronto, se encendieron las luces. Al momento, el vagón comenzó a moverse. Javier se quedó cerca de la puerta, detrás de la mujer, y se bajó en la siguiente parada a pesar de que aún quedaban cinco para llegar a la suya. Salió a la

calle como alma que lleva el diablo, sorteando a la gente. Cuando por fin notó la brisa de la tarde en su rostro, se puso a llorar. Se dio cuenta de que jamás volvería a usar el metro. Hacía años le pasó lo mismo con los ascensores. Poco a poco fue desarrollando una incontrolable aversión hacia esas máquinas. El solo hecho de pensar que se podía quedar atrapado en aquellas cajas metálicas le ponía enfermo. No recordaba la última vez que se montó en uno. Lo que sí tenía claro era el miedo que se apoderaba de él cuando se quedaba encerrado en un sitio. Por esa razón, siempre subía por las escaleras, a pesar de vivir en un tercero o de trabajar en la séptima planta del edificio de una televisión local. Notaba cómo la gente que esperaba el ascensor en el quinto le miraba extrañada cuando subía andando a la siguiente planta. En su casa, era incapaz de cerrar la puerta de su habitación. Cuando estaba en un bar y tenía que ir al servicio, jamás se encerraba dentro. Si iba en un coche y entraba en un túnel, cerraba los ojos esperando, al abrirlos, ver de nuevo la luz del sol. Y siempre tenía que ir en el asiento del copiloto si el vehículo sólo disponía de dos puertas. Hacía más de diez años que no iba a su tierra por dos razones, una de ellas lo mal que lo pasaba al montar en avión. La última vez que voló tuvo que hacer uso de ansiolíticos y, aún así, terminó con las manos doloridas de la fuerza con la que se sujetó al asiento. A todas esas cosas se le añadía ahora el metro. Tendría que buscar una ruta alternativa de autobús que le permitiera desplazarse. Mientras andaba el largo trecho que quedaba todavía para llegar a su casa, se preguntó cuál era el motivo por el que había desarrollado aquel miedo a los espacios cerrados. Pero lo peor, a su juicio, era la incomprensión de la gente. Cuando salía el tema, se daba cuenta de que le observaban como si fuera un bicho raro, como si el negarse a subir en un ascensor fuera una excentricidad en lugar de una fobia. Y como las fobias son irracionales, no podía hacerse entender.



—¿Cuándo te vas? —dijo Dani.

Javier miró a su amigo. Estaba haciendo la maleta, guardando la ropa que iba a utilizar. Quería llevar las prendas más sobrias y formales que tenía. Escogía camisetas y pantalones que iba descolgando de las perchas o sacando de los cajones, y las metía dentro de su Samsonite.

—Mañana —contestó con un suspiro.

Dani notó el tono triste de su amigo. Se acercó a él y le abrazó.

—Sé que no te hace mucha gracia pero haces bien. Hace mucho tiempo que no ves a tus padres.

Aunque sabía que su amigo tenía razón, nada de lo que pudiera decirle le quitaría la sensación de vértigo que le producía hacer aquel viaje. Pero le reconfortaba que Dani entendiera lo que le pasaba. Javier le conoció cuando llegó a Madrid para estudiar en la Universidad Complutense y enseguida congeniaron. Ambos tenían inquietudes similares y comprendían a la perfección todo lo que le sucedía al otro. Su amigo le había influenciado de manera positiva, pues, durante sus primeros meses en la capital, Javier era un jovencito triste, que vestía siempre de negro y que tenía un concepto bastante negativo de sí mismo. Poco a poco Dani fue eliminando aquella actitud y Javier pensaba que jamás podría devolverle todo lo que había hecho por él. En el primer verano que pasaron juntos, Dani le obligó a ir de tiendas para aprovechar las rebajas y renovar su vestuario.

—No puedes seguir vistiendo como si fueras la Muerte —le dijo.

Le arrastró y le hizo probarse muchísimas prendas en muchísimas tiendas. Al principio, Javier se resistía a verse con la ropa que seleccionaba su amigo pero después se dejó llevar y aceptó sus consejos de moda. No tardó en apreciar los resultados. Notaba que la gente le miraba más cuando iba andando por la calle e incluso juraría que algunos hombres flirteaban con él. Eso hizo que su autoestima se viera beneficiada y Javier pasó de ser un joven triste a ser un hombre alegre que hacía reír a los demás con sus ocurrencias. Aunque aún le quedaba mucha negatividad por eliminar, su personalidad sufrió un cambio cualitativo desde que conoció a Dani y, por ello, Javier se sentía en deuda con él. Su amigo siempre le decía que sólo había actuado como catalizador, que todo lo que Javier era siempre había estado ahí, esperando a que alguien lo descubriese y le animara a sacarlo. Pero él seguía pensando que Dani había hecho mucho más que eso.

—Toma —dijo Dani tendiéndole una pequeña caja—. No te olvides las pastillas.

Javier cogió los ansiolíticos que le daba su amigo y los metió en una pequeña bolsa de mano. Cuando terminó de hacer el equipaje se dio cuenta de que al día siguiente iba a volver a su pueblo. El acto de cerrar la maleta le llenó de angustia,

como si coger aquel vuelo fuera una decisión que habían tomado por él y de la que no había vuelta atrás.

—No quiero ir —dijo Javier dejándose caer en la cama.

—Lo sé —dijo Dani—. Pero ya verás cómo el viaje se te hace corto. Además, el avión es el medio de transporte más seguro. Todo irá bien.

Lo que Dani no sabía era que la segunda razón por la que Javier llevaba mucho tiempo sin viajar a Canarias era porque odiaba su pueblo. Le había comentado algo de su aversión pero la palabra «odio» nunca salió de su boca. Sin embargo, era lo que sentía. Javier se preguntó por qué nunca le había contado a Dani lo que había tenido que soportar durante muchos años de su vida, y se encontró con una respuesta inquietante: le daba vergüenza.

### 3

Existían tres estúpidas razones por las que los niños del colegio se burlaban de Javier. Una eran las altas notas que sacaba en casi todas las asignaturas, otra su sobrepeso, y la última y más poderosa de todas su orientación sexual. Javier no entendía por qué sus compañeros le insultaban por algo que él no estaba seguro de ser. Sólo sabía que tenía más afinidad con las niñas de su clase que con los niños, por lo que pasaba más tiempo con ellas, aumentando así el rechazo de ellos. Cuando regresaba a su casa y terminaba los deberes, nunca salía a la calle a jugar sino que se refugiaba en su habitación. Los libros se convirtieron en sus únicos amigos. En muchas ocasiones se sentía solo, así que recurría a la comida para calmar la ansiedad que le embargaba. Pero lo peor estaba por llegar. Cuando cumplió los doce años se dio cuenta de que las chicas no le atraían lo más mínimo. Prefería a los chicos, y se lamentó profundamente cuando fue consciente de que sus compañeros tenían razón. Quiso negarse a sí mismo, rechazar lo que era, pensando que se le pasaría después de un tiempo. Pero el sentimiento era cada vez más fuerte. Mientras los niños del colegio descubrían con asombro y atracción el desarrollo de los cuerpos de las chicas, él sólo tenía ojos para ellos, algo que no pasó inadvertido.

Javier hacía cola en el mostrador de facturación. Sacó una pastilla de su bolsa y se la tomó con la ayuda de un sorbo de agua de un botellín que había comprado minutos antes. Estaba muy nervioso y lo exteriorizaba golpeando impacientemente el suelo con el pie. Miró su billete. Tuvo ganas de hacerlo trizas y salir del aeropuerto corriendo, pero se contuvo. Se obligó a respirar profundamente mientras se repetía mentalmente que no pasaba nada. Pero era inútil. Cuando le venía a la cabeza la idea de que iba a pasar las próximas dos horas y media encerrado en un avión que lo llevaría a su pueblo, le entraban ganas de gritar como un loco. Pero precisamente era eso lo que no quería que la gente pensara. Le asustaba que cualquiera sospechara que había perdido el juicio y que le encerraran en un manicomio de por vida, no tanto porque fuese una decisión injusta sino por tener que pasar el resto de su vida encerrado entre cuatro paredes. Cuando llegó su turno, colocó la maleta en la cinta y le dio el billete a la mujer que atendía el mostrador.

—¿Ventanilla o pasillo? —preguntó la mujer.

Javier sabía que si le colocaban al lado de la ventana podía aprovechar para apoyar la cabeza e intentar dormir, pero se sentiría aprisionado. Si elegía pasillo, tendría más facilidad a la hora de levantarse para ir al servicio, porque él siempre iba al servicio. Cuando estaba sometido a una situación de estrés, la vejiga se le descontrolaba y necesitaba orinar con urgencia. Para cualquier otra persona aquello no sería ningún problema, pero para Javier las cosas eran muy distintas. Cada vez que

iba al servicio en pleno vuelo necesitaba que algún auxiliar sujetara la puerta, pues él era incapaz de cerrarla.

—¿Ventanilla o pasillo? —repitió la mujer.

—Pasillo —dijo Javier.

Con su tarjeta de embarque en la mano paseó por el aeropuerto hasta que señalaron la puerta por la que accedería al avión. Su amigo Dani no había podido acompañarle, tenía que trabajar, y Javier echaba de menos su apoyo en aquel duro momento. Cuando se metió en el túnel de acceso, empezó a sudar. Sacó otra pastilla de su bolso y se la tragó. Deseó que le hicieran efecto antes de que el avión despegara. Sonrió nerviosamente a la azafata que le daba la bienvenida al avión y tuvo ganas de pedirle que le dejara inconsciente. Fue hasta su asiento, colocó su bolsa en el compartimento superior y se sentó a esperar a que empezase la tortura. Después de que se acomodaran a su lado dos pasajeros, se abrochó el cinturón y se aferró a los reposabrazos. El avión comenzó a desplazarse mientras los auxiliares de vuelo daban las indicaciones oportunas según las leyes internacionales, indicaciones que, por supuesto, Javier evitaba a toda costa oír, pues le parecían presagio de algo horrible. Poco después el avión llegó a la pista de despegue y aumentó su velocidad. El ruido de los motores llenó todo el aparato. Cuando el morro se inclinó, Javier cerró los ojos. No los abrió hasta que el avión alcanzó la altitud adecuada y se estabilizó. Estuvo durante todo el vuelo intentando dormir. No lo consiguió. Cuando el avión descendía levemente, Javier apretaba los dientes y miraba hacia los lados buscando algo a lo que asirse en caso de que el avión cayera en picado. Sabía que su búsqueda era inútil pero era un acto reflejo que no podía controlar. Cuando se estabilizaba de nuevo, sonreía nervioso y volvía a mirar alrededor por si alguien había observado su pequeña e histérica reacción. Pero si había algo peor que el despegue, eso era, sin duda, el aterrizaje. No soportaba la sensación de estar cayendo. Durante el vuelo la sensación es mínima, pero a la hora de tomar tierra, el pánico se apoderaba de él.

Odiaba las atracciones de las ferias. Sólo una vez se montó en «El Saltamontes», una atracción que consistía en unos asientos que daban vueltas y subían y bajaban con rapidez. Lloró durante todo el rato y cuando bajó su tez había adquirido un tono amarillento y estuvo a punto de vomitar. Javier consideraba que un avión aterrizando era un horrible viaje en el peor de los «saltamontes». Para su consternación, el descenso estuvo lleno de turbulencias. Aunque los auxiliares calmaron a los pasajeros explicando las causas de aquellos movimientos, no lograron apaciguar el temor de Javier, que empezó a gritar aterrorizado. La gente le miraba entre nerviosa y enfadada pero él sólo se dio cuenta una vez el avión estuvo en la pista. No le importó. Pensaba en lo cerca que había estado de la muerte y no hacía caso de las miradas acusatorias del resto de viajeros. Salió del avión temblando. Se subió al pequeño vehículo que transportaba a los pasajeros desde el avión hasta el aeropuerto. Luego, caminó junto a

los demás hasta la cinta transportadora por la que iban a salir los equipajes. El suyo fue el último y Javier tiró con rabia de su maleta. Su viaje había acabado de la peor manera posible después de una desastrosa llegada a la isla.

Salió del aeropuerto y fue hasta un taxi. Mientras ayudaba al conductor a meter la maleta en la parte trasera del vehículo, notó cómo el aire caliente le quemaba la piel y le reseca la garganta. Miró al cielo. Como esperaba, estaba cubierto de tierra. Que la isla le recibiera con siroco no era buena señal. Recordó que un día, cuando era pequeño, su pueblo despertó con la arena del desierto en el aire y las langostas no tardaron en aparecer. En el colegio, durante el recreo, sus compañeros le cubrieron con aquellos horribles bichos. Javier se subió al taxi.

—A Los Tajinastes —dijo soltando un suspiro.

Durante el trayecto desde el aeropuerto Reina Sofía al pueblo, Javier fue observando cómo había cambiado todo. Recordaba grandes extensiones de piedra volcánica ahora sustituidas por edificios de distinta naturaleza mezclados con enormes invernaderos llenos de plataneras. Giró la cabeza y miró a través del cristal trasero del coche. Observó el majestuoso perfil que le ofrecía la isla y cómo la cadena montañosa arropaba el pico más alto de España. Javier pensó que era una de las cosas más hermosas de Tenerife. Recordaba pasar las horas muertas sentado en una roca observando la singular disposición geográfica de la cordillera e imaginando que volaba y que podía mirarla desde el cielo. Se rió cuando se dio cuenta de la ironía de su situación: cuando por fin pudo ver Tenerife desde el aire, la ansiedad de estar encerrado en un avión no le permitió disfrutar del paisaje.

—Puede dejarme aquí, gracias.

El conductor paró el vehículo y Javier bajó después de pagar el trayecto. Sacó su maleta del coche y se quedó allí plantado observando cómo el taxi se alejaba. Luego miró a los lados repasando de un vistazo el barrio que le vio crecer. De pronto, se sintió mal. Una punzada le oprimía el estómago y le obligó a inclinarse levemente. Se llevó las manos al abdomen preguntándose qué le pasaba. Le vino una arcada. Intentó respirar profundamente pero no pudo evitar vomitar. Sacó un pañuelo de papel de su bolsa de mano y se limpió la boca. Atribuyó su malestar a los nervios pero en el fondo sabía que haber puesto un pie en su pueblo le había creado tal rechazo que su cuerpo había reaccionado con náuseas. Casualmente llevaba un paquete de chicles de menta en la bolsa y se llevó uno a la boca, masticando con rapidez para que el mal sabor desapareciera. Cogió su maleta y empezó a caminar, despacio, hacia la casa de sus padres. Metió la mano en el bolsillo y encendió su teléfono móvil. Lo había apagado cuando entró en el avión. Muchas personas lo hacían cuando las azafatas recordaban que podían interferir en las comunicaciones de la tripulación con la torre de control. Javier se enfadaba cuando descubría que aún había gente que lo llevaba encendido. Marcó el número de su amigo en lugar de buscarlo en la agenda y llamó. Al poco tiempo, Dani contestó.

—¿Ya has llegado?

—Sí, ya estoy aquí. Voy caminando hacia la casa de mis padres.

—¿No era para tanto, no? —dijo Dani.

—Acabo de vomitar en plena calle —confesó Javier.

—¡No jodas! ¿Y eso?

—Supongo que el viaje me ha sentado mal.

—¿Muchas turbulencias?

—No te lo puedes ni imaginar —dijo Javier pensando más en la agitación de su

cuerpo que en los bruscos movimientos del avión.

—Bueno, pero has llegado bien. Dentro de dos semanas estarás aquí de nuevo. Ya verás lo rápido que se te va a pasar.

—¿Tú crees? —preguntó Javier escéptico.

—¡Pues claro! Oye viene mi jefe. Te llamo luego.

Dani colgó. Javier cerró la tapa de su teléfono y lo guardó de nuevo en el bolsillo de su pantalón. Por alguna razón recordó haber leído que las radiaciones del móvil podían afectar a la cantidad y calidad de los espermatozoides.

—¡Para lo que yo los quiero! —se dijo en voz alta.

Minutos después ya estaba frente a la casa de sus padres, un edificio de color blanco de dos pisos construido en un terreno que en los últimos años había quintuplicado su valor. Aunque el telefonillo tenía dos botones, sabía que sólo el de abajo funcionaba. Respiró profundamente antes de pulsarlo. Esperó unos segundos. Nadie contestaba. Tocó de nuevo. Ningún miembro de su familia le abrió la puerta. Javier se extrañó. Sacó su teléfono, buscó el número del móvil de su madre y llamó.

«La llamada no puede realizarse debido a que su saldo está agotado. Por favor...»

—¡Joder! —dijo Javier guardando el teléfono.

En su barrio no existía ningún sitio donde poder recargarlo, ni siquiera un cajero automático. Para poder llamar tenía que caminar hasta el pueblo. Estuvo un rato decidiéndose entre esperar o caminar. Por fin, se sentó en la entrada de la casa. No le apetecía arrastrar la maleta hasta el pueblo.

—¡Vaya recibimiento! —se quejó Javier. Luego, se empezó a reír con tristeza y habló en voz alta para sí mismo—. No es que esperara que todo el pueblo viniera a recibirme con pancartas y una banda de música pero por lo menos alguien que me abriera la puerta...

Javier sacó un cigarrillo de su bolsa. Empezó a fumar a los dieciséis años. Un día, Teresa, su madre, descubrió un paquete de tabaco dentro de una bolsa que utilizaba Javier para ir a la playa. Sacó la toalla mojada para lavarla y el paquete cayó al suelo. Se quedó perpleja. Cuando su hijo volvió a casa, le mostró la prueba del delito. Javier se maldijo interiormente por haber sido tan descuidado.

—¿Qué es esto? —preguntó Teresa extrañamente calmada. Por lo general, cuando Teresa descubría cosas de este tipo, montaba en cólera. Pero aquella vez habló con un tono de voz sosegado y tranquilo.

—Un paquete de tabaco —dijo Javier intentando ganar tiempo para pensar en algo.

—Eso ya lo sé —dijo Teresa esperando a que su hijo se explicara.

Javier se obligó a pensar más rápido. Tenía que encontrar una explicación plausible que le permitiera salir bien parado de la situación.

—¿Qué hacías rebuscando entre mis cosas? —dijo Javier intentando darle la

vuelta a la tortilla. Pero no coló.

—Contéstame —dijo Teresa.

Javier prefirió que su madre estuviera fuera de sí. Verla exigirle una explicación de una manera tan civilizada le ponía los pelos de punta. Por un momento, barajó la posibilidad de contarle que el tabaco no era suyo, sino de alguna amiga a la que había hecho el favor de guardárselo. Pero desechó la idea y se enfrentó a la situación.

—Es mío. Fumo. ¿Y qué?

Su madre dejó caer el paquete de tabaco sobre la mesa y se acercó a Javier.

—Con lo listo que eres para algunas cosas y lo tonto que eres para otras —dijo Teresa antes de irse.

Javier se quedó pensando en lo que acababa de decir su madre, intentando encontrarle sentido a sus palabras. No lo consiguió. Sin embargo, diez años después, sentado frente a la puerta de su antigua casa, se le ocurrieron algunas interpretaciones de lo sucedido. La que más sentido parecía tener era que su madre consideraba que una persona inteligente no podía caer en semejante vicio. No obstante, Javier iría a la Universidad al año siguiente. Toda la familia consideraba que era el listo de la familia sólo porque continuaría con los estudios, cosa que sus dos hermanos, Sebastián y Rosa, no hicieron. Lo que ninguno de ellos se imaginaba era que la razón por la que Javier quería ir a la Universidad era para salir del pueblo, por lo que eligió una carrera asequible que no estuviera en ninguna de las dos universidades canarias. Fue así como llegó a Madrid. Y también fue así como terminó una carrera de cinco años que odiaba. Fue el precio que tuvo que pagar para alcanzar la tan ansiada evasión.

Javier echó la cabeza hacia atrás y exhaló el humo de la última calada antes de tirar la colilla al asfalto. Cerró los ojos y pensó en Pedro, su padre. Si hubiera sido por él, Javier tendría que haberse quedado en Tenerife después del instituto para trabajar. Gracias a la intervención de su madre, sus esperanzas no se desvanecieron como el humo se su cigarro. Aunque estaba agradecido porque nunca le había faltado de nada, Javier sentía que nunca hubo una relación afectiva entre ellos.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de su teléfono. Era su madre.

—¿Dónde estás? —dijo Teresa antes de que su hijo pudiera decir nada.

—¿Que dónde estoy? ¿Dónde estás tú? Llevo media hora esperando en la calle.

—¿Estás allá abajo? Chacho, no te oí. Estaba tendiendo —dijo su madre con un fuerte acento canario, acento que Javier había perdido por completo—. Espera, te abro.

Dos segundos más tarde, de la puerta emanó un zumbido metálico. Javier se levantó de un salto y empujó. Cogió su maleta y entró en la casa.



Javier subió las escaleras que llevaban a la primera planta de la casa, en la que estaban la cocina, los dormitorios, los baños... En el segundo piso estaba la azotea y el cuarto de la lavadora. Allí no había telefonillo, por eso su madre no lo había oído. La casa disponía también de un garaje al que se accedía por una puerta de madera, justo al lado de la entrada de la calle. Y, en la parte de atrás, había una pequeña huerta, insistencia de su padre cuando le dio por cultivar sus propias hortalizas. Su padre había tenido mil aficiones en la vida. Cuando se cansaba de una, la olvidaba y pasaba a otra con una facilidad pasmosa. Así, Pedro fue desde la jardinería casera hasta la fiebre por los Scalextric, que desarrolló a finales de los años ochenta. En una gran mesa de madera que había en el garaje, construyó un circuito de considerable tamaño que fue la envidia del barrio. Javier recordaba cómo niños y mayores, todos varones, pasaban por su casa para darle a la tecla del primitivo mando de control. Él no entendía por qué les entretenía tanto ver pasar los minúsculos coches una y otra vez por el mismo sitio, ni comprendía que un juguete, cuyo máximo reto era aplicar la presión correcta al gatillo del control remoto, atrajera a casi todos los adultos del pueblo.

—Ven —le decía su padre tendiéndole el mando que controlaba un coche de color azul.

Javier intentaba agradar a Pedro pero el juego no le interesaba lo más mínimo y, después de dos vueltas, le devolvía el control a su padre.

—¡No! Sigue. Aún te quedan ocho vueltas.

—Es que... no me gusta.

La expresión de Pedro se ensombreció y le arrebató el mando a Javier de un manotazo.

—¡Qué raro eres! —le dijo su padre enfadado—. Pareces una niña. Anda, vete a jugar a las muñecas, mariquita.

Lo cierto es que a Javier le llamaban más la atención las muñecas Barbie de su hermana que los coches con los que disfrutaban su padre y su hermano. Lo que Pedro aún no sabía, aunque sí intuía, era que Javier disfrutaba con la Barbie porque podía salir con Ken, el eterno novio de la muñeca de Mattel. La fiebre del Scalextric llegó a su fin y su padre desmontó el circuito. Lo guardó todo en una caja y nunca más quiso saber nada de él. Después, Pedro se hizo miembro de una asociación colombófila. Construyó en la azotea de la casa un enorme palomar con la ayuda de sus hijos y lo llenó de aquellas aves. Aunque a Teresa se la veía disgustada con la idea, nunca dijo nada, salvo que esperaba que ninguna paloma se cagara en la ropa que lavaba y tendía con tanto esfuerzo. Pedro compitió durante algún tiempo. Soltaban a las palomas en algún lugar y medían el tiempo que tardaban en llegar a las casas. Para

ello, el padre de Javier esperaba sentado en la azotea a que llegara una. Cuando lo hacía, le retiraba la anilla que llevaba en una de las patas y la colocaba en el interior de un extraño reloj que registraba la fecha y la hora. Siempre intentaba que alguno de sus hijos le acompañara. A Rosa nunca se lo pedía pues era la mayor y, además, la niña de la casa. Sebastián acudía cuando no tenía nada mejor que hacer, por lo que casi nunca lo hacía. El hermano de Javier tenía muchos amigos en el pueblo y estaba muy solicitado. Como Javier no tenía amigos, la mayoría de las veces le tocaba a él apechugar con la soporífera tarde colombófila con la que su padre le obsequiaba. Después de un par de veces, aprendió que si se llevaba un libro podía esquivar el aburrimiento que suponía quedarse allí esperando a que las palomas regresaran, ya que su padre no hablaba con él.

Tenía que concentrarse en observar el cielo, tarea que descuidaba si iniciaba una conversación. Cuando una de las aves sobrevolaba la casa, Pedro se levantaba de la silla y la invitaba a posarse con un extraño silbido. Más de una vez quiso Pedro que su hijo fuera el que cogiera la paloma y le quitase la anilla, pero Javier se negaba en rotundo. Odiaba las palomas, un sentimiento que había aumentado con la edad.

Como era de esperar, su padre se cansó de las palomas y las sustituyó por un equipo de radioaficionado. Pedro colocó con sus propias manos una antena en la parte superior del antiguo palomar y decidió que el resto del equipo iría en el pequeño descansillo que había en la escalera, justo al lado de la puerta de acceso a la azotea. Estuvo meses intentando contactar con alguien. Cuando se cansaba de hablar, esperaba pacientemente a que alguien emitiera en su frecuencia. Jamás ocurrió. Pero volvió a arrastrar a su hijo Javier, el único sin excusa con la que librarse, a acompañarle en su nueva afición. Pedro, emocionado, le explicaba a su hijo cómo funcionaba aquel aparato. Al principio, Javier mostró interés, pero se cansó enseguida cuando vio que su padre no obtenía respuesta alguna. Después de algún tiempo, el equipo se quedó allí acumulando polvo y Pedro se buscó alguna otra cosa que hacer. Descubrió el placer de la pesca y se compró todo lo necesario para ir con sus hijos a tratar de capturar algún pez. Sebastián estaba encantado con la nueva idea de su padre. Pedro no le veía disfrutar tanto desde que había montado el Scalextric, pero a Javier la idea de tener un pez moribundo cerca le revolvía el estómago. Estaba muy lejos de comprender cómo el orgullo masculino se henchía en proporción directa al tamaño del pez capturado. Aquel juego primitivo del hombre y la naturaleza no le interesaba en absoluto. Sebastián se llevó una decepción cuando su padre abandonó la pesca para dedicarse a otra cosa, pero su desilusión le duró poco. Pedro llegó un día a la casa con un enorme arco negro de competición y un buen surtido de flechas. Cuando Teresa vio aquel armatoste, puso el grito en el cielo.

—Eso es muy peligroso para tenerlo en casa, cerca de los niños —replicó.

—No te preocupes, tendré cuidado.

—Más te vale que no tengamos que lamentar nada, Pedro.

Su padre construyó una diana que colgó en la pared sur del garaje y les explicó a sus hijos cómo funcionaba un arco. Les indicó cómo tenían que colocar la flecha y cómo debían tensar la cuerda. Sebastián tenía la suficiente fuerza para clavar con éxito las flechas en la diana al desarrollar sus músculos en los diversos deportes que practicaba con sus amigos. Pero Javier, encerrado siempre en casa con un libro en la mano, no podía tirar lo suficiente para que las poleas de los extremos tensaran la cuerda que impulsaría la flecha. El proyectil siempre caía a sus pies. Además, su padre se había empeñado de nuevo en atraer su atención con otro entretenimiento que le inspiraba más terror que interés. Se dio por vencido cuando Javier desarrolló una inesperada pasión por el baile. A pesar de sus ruegos, Pedro nunca le inscribió en ninguna clase.

—No voy a pagar a nadie para que enseñe a mi hijo a dar saltitos. Eso es para maricones —dijo.

Pero Javier no se dio por vencido. Cada vez que podía, cogía el radiocasete de su hermana, bajaba al garaje y repetía las coreografías que había visto en la televisión. Como era muy buen estudiante, su memoria estaba muy desarrollada, y no le costaba nada retener los pasos en su mente. Por fin había algo que le permitía hacer ejercicio sin necesidad de contar con unos amigos que no tenía.

Al llegar a la puerta de la primera planta, tocó el timbre. Su madre abrió enseguida. Los dos se quedaron muy quietos sin saber qué hacer.

—¿No le vas a dar un beso a tu madre? —dijo Teresa sin moverse ni un ápice.

Javier se acercó y la besó en la mejilla izquierda. Luego, y después de decírselo a Teresa, arrastró la maleta hasta su antigua habitación. Allí seguía la vieja litera que habían compartido Sebastián y él hasta que Javier se fue a la Universidad. También estaba su antigua mesa de estudio. Él era el único que tenía una y la compraron después de años dando la lata a sus padres. Javier nunca entendió por qué un arco o un equipo de radioaficionado eran necesidades más importantes que una mesa de estudio. Abrió su ropero, un armario empotrado con puertas de madera donde aún seguían guardadas algunas prendas que llevó durante su adolescencia. Metió la maleta dentro, ya la desharía más tarde, y fue a hablar con su madre cara a cara por primera vez después de diez años.

—Cuéntame, ¿qué tal todo? —dijo Teresa sentándose en uno de los sillones floreados, de dudoso gusto, que adornaban el salón.

—Bien —dijo Javier.

—¿Qué tal el trabajo? —insistió Teresa.

—Bien —repitió Javier.

—¡Cuéntame algo!

—Pero si hablamos todas las semanas, no tengo nada nuevo que decir.

—¿Sales con alguna chica? ¿Tienes novia?

Ahí estaba. Casi todas las veces que hablaban su madre intentaba que Javier le dijera si por fin salía con alguna mujer. Javier nunca le había dicho a sus padres que era homosexual, aunque tenía la certeza de que lo sabían. Él consideraba que su orientación era algo personal y no tenía que justificarse ante nadie. Jamás vio que sus hermanos les dijeran a sus padres que eran heterosexuales y, como estaba a favor de la igualdad, nunca tuvo la necesidad de decirlo. Jugó a favor de su decisión un factor tan importante como el irse de casa de sus progenitores con tan sólo diecisiete años. Sin embargo, en ese momento tuvo ganas de gritarle a su madre que era maricón, tal y como su padre le había dicho tantas veces. No entendía por qué su madre negaba la realidad con aquella ingenuidad ficticia. Porque Teresa podía ser muchas cosas, pero no tenía un pelo de tonta.

—No hay ninguna chica.

—Bueno, ya aparecerá. Tú tranquilo.

«Espero que no aparezca nunca» pensó Javier. Luego, habló en voz alta:

—Estoy tranquilo.

—¿Tienes hambre? ¿Qué quieres para comer? —dijo Teresa levantándose y yendo a la cocina.

Y ya está. Después de diez años sin verse, ésa era toda la conversación que iban a tener. A Javier le dolía no poder profundizar en su relación con su madre. Ella era la única que se había preocupado por él. Pero la confianza y la sinceridad eran dos rasgos que no se habían cultivado en las relaciones de la familia. Romper con veintisiete años de incomunicación y de secretos no era fácil, así que Javier suspiró fuertemente y fue hasta la cocina dispuesto a comerse lo que su madre le pusiera delante.

## 6

Javier no vio a su padre hasta el día siguiente. Hacía muchos años que Pedro trabajaba de guardia de seguridad. Cuando su hijo era muy joven, le despidieron del restaurante donde trabajaba de camarero y estuvo dos años en el paro. Luego aprovechó la oportunidad de trabajar cuidando de los barcos de un muelle donde sólo había navíos de gente con mucho dinero. El sueldo no estaba nada mal. El único inconveniente era que el turno a cubrir era el de la noche, desde las once hasta las siete de la mañana. Trabajar de noche agría el carácter a cualquiera y Pedro no fue una excepción. Su actitud con respecto a su hijo empeoró a medida que éste se hacía mayor. Aunque Javier había llegado a mediodía, su padre había estado fuera todo el día, echando su partida diaria a las cartas en un bar del pueblo donde se reunía con sus amigos y bebía algunas cervezas. Javier recordaba que su padre tenía la costumbre de ir a jugar unas partidas al envite desde que él se interesó por el baile. Se pasaba allí sus buenas horas, hasta que él y sus amigos se cansaban o hasta que sus mujeres les reprochaban su constante ausencia, incluida Teresa. Aquella era una estampa que se repetía por toda la geografía española. La costumbre estaba desapareciendo con las nuevas generaciones y Javier supuso que los jóvenes padres habrían cambiado las partidas de cartas por psicólogos y la evasión por la depresión. Sin embargo, nunca supo de qué hablaban aquellos hombres reunidos alrededor de una mesa. Dudaba mucho que se contaran los problemas que tenían o los miedos que les acechaban. Todo lo contrario. Estaba seguro de que aquellas reuniones eran una manera de reafirmar su obsoleta concepción de la masculinidad, aparentando sentir lo que no sentían y aparentando ser lo que no eran. En ese sentido, Javier se parecía a ellos. Durante mucho tiempo tuvo que aparentar que sentía una atracción hacia las mujeres que lo llenaba de contradicciones. Si aquellos hombres se hubieran parado a pensar que podían tener más en común con aquel joven homosexual de lo que creían, las cosas hubieran sido muy distintas para Javier. Pero la homosexualidad es uno de los lastres que arrastra el machismo, y Los Tajinastes era un pueblo dominado por él. Así, aquellos orgullosos machitos de pueblo inculcaron sus equivocadas ideas a sus hijos, que a su vez le hicieron la vida imposible a Javier.

Regresó de la partida con el tiempo justo para cambiarse, colocarse el uniforme e irse a trabajar, y coincidió con el momento en que su hijo y Teresa habían salido a comprar dulces para el postre de la cena.

Por la mañana, cuando Pedro se levantó, se duchó y se cepilló los dientes. Se vistió con una de sus viejas camisetas de verano, hecha de lino, y unos pantalones cortos de color azul. Se colocó sus nuevas cholas en los pies y se cercioró de que se ajustaban a la perfección. Salió de la habitación para ir a la cocina con la idea de comer algo. Otro de los inconvenientes del trabajo, en el que no se le había ocurrido

pensar, era que, al estar tanto tiempo solo y aburrido, le daba por echarse cualquier cosa a la boca, más por entretenerse que por sensación alguna de hambre. Ese picoteo incesante derivó en un enorme aumento de las grasas acumuladas en el abdomen, lo que llevó a Teresa a renovar por completo el vestuario de su marido. Javier recordaba que su padre había engordado bastante con su nuevo trabajo, pero cuando le vio entrar en la cocina se quedó boquiabierto. Después de diez años de no verse, había engordado más de treinta kilos. Antes de que Pedro se diera cuenta de que su hijo estaba allí, Javier sacudió la cabeza para quitar la expresión de espanto que se había adueñado de su cara. Cuando Pedro le vio, levantó la cabeza suavemente.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Pedro.

—Eso es —dijo Javier antes de meterse un trozo de lechuga en la boca.

Su madre había hecho unos filetes de pollo empanados con una ensalada de acompañamiento. Javier se alegró de que la comida fuera hipocalórica, porque le había costado mucho quitarse todos aquellos kilos que le sobran, fruto de la ansiedad que le consumía de niño. Pero ahora entendía por qué el menú parecía más de una dieta equilibrada que una comida de familia. Seguramente habían obligado a su padre a bajar radicalmente de peso.

—¿Cuándo llegaste? —dijo Pedro.

—Ayer.

En lugar de sentirse avergonzado por no haber estado presente cuando su hijo llegó, se limitó a asentir con la cabeza, confirmando que sabía cuándo llegaba Javier. Se metió el dedo en la oreja derecha y sacudió fuertemente hasta que se dio por satisfecho.

—¿Qué hay de comer? —le preguntó a Teresa, que estaba de pie frente a ellos.

Javier miró su plato con tristeza. Después de tanto tiempo su padre no había sido capaz ni siquiera de abrazarle. No había mostrado emoción alguna por el hecho de que su hijo pequeño estuviera allí. Incluso después de tantos años, la indiferencia de Pedro lograba que Javier tuviera ganas de llorar. Cerró los ojos con fuerza, intentando desesperadamente controlar las lágrimas. No quería que su padre le viera llorar.

Le vino a la memoria el recuerdo de un almuerzo en la cocina. Su madre había preparado hígado. Javier lo detestaba. Su sabor sólo conseguía que tuviera ganas de vomitar. A sus hermanos tampoco les hacía mucha gracia. Todos hicieron el esfuerzo de comérselo, incapaces de protestar, hasta que su hermano se levantó y dijo que no podía comer más. Rosa secundó la protesta. Su padre les miró y les dio su beneplácito. Javier vio el cielo abierto. Tenía tan pocas ganas de comerse aquel horrible filete como de sacarse un ojo. Se unió a sus rebeldes hermanos.

—Tú no —dijo Pedro—, quédate ahí. No te levantas hasta que no te lo termines todo.

Javier frunció el ceño. Aquella situación escapaba a su joven comprensión.

¿Cómo era posible que sus hermanos se librasen de semejante tortura y él tuviera que comerse aquella bazofia sin rechistar?

—Pero papá... —imploró Javier.

—¡Ni papá ni niño muerto! —gritó Pedro.

Javier miró a su madre en busca de una aliada en aquel extraño complot. Pero no la encontró.

—Ya has oído a tu padre —dijo Teresa sin mirarle siquiera.

Pedro obligó a su hijo a quedarse sentado a la mesa hasta que hubiera terminado con todo lo que había en el plato. Le dejaron solo. Javier cogió el tenedor y se metió un trozo de hígado en la boca. Le vino una arcada. Escupió la carne en el plato y tomó un sorbo de agua para aliviar su aprensión. Era imposible que se comiera el filete sin vomitarlo después, así que decidió que, cuando volviera su padre, le explicaría que no podía comérselo. Era mejor que lo guardase para alguien que apreciara su sabor. Tres horas más tarde, su padre regresó de su famosa partida de cartas. Desde la entrada, vio que su hijo seguía allí sentado sin probar bocado. Fue hacia él hecho una furia y con su gigantesca mano le dió una bofetada. Javier estuvo a punto de caerse al suelo. Comenzó a llorar de dolor. Un zumbido le inundó el pabellón auditivo. Pedro cogió el tenedor y metió bruscamente un trozo de hígado en la boca de su hijo. Javier no pudo evitar que el desagradable sabor le hiciera vomitar. Se manchó toda la ropa. Su padre se enfureció aún más y comenzó a pegarle en la cabeza y en la cara. Entre los golpes, el vómito y el llanto, Javier apenas podía respirar. Su padre seguía metiéndole trozos del filete a la fuerza. Javier se resistía, más por inspirar oxígeno que por desafiar a Pedro. Al final, su padre se cansó y se fue de allí después de tirar el tenedor con fuerza sobre el plato. Javier lloraba desconsolado mientras miraba su ropa manchada y se preguntaba por qué su padre le había pegado.

Controló sus imperiosas ganas de llorar y miró a su padre, que engullía la comida sin levantar la mirada del plato. Luego miró a su madre. La pilló observando con tristeza la escena pero en cuanto notó que su hijo la observaba, se dio media vuelta y se puso a fregar los platos. Durante varios minutos, los tres estuvieron en silencio.

—¿Qué tal los estudios? —dijo Pedro.

—Hace cinco años que no estudio —dijo Javier. No le sorprendía que su padre le hubiera hecho semejante pregunta. Nunca le había importado nada de lo que hacía ni de lo que le pasaba.

—¿Los dejaste? —Pedro miró fijamente a su hijo—. ¿Después de todo el dinero que nos costó? Sabía que sería una pérdida de tiempo.

—Me licencié, papá. Y, para que no haya malentendidos, eso quiere decir que los terminé —dijo Javier visiblemente irritado. Sabía que apelar a la ignorancia de su

padre era un golpe bajo, pero sentía que debía devolverle el ataque. No hacía ni cinco minutos que estaban juntos y ya había intentado crear un conflicto.

Estuvo a punto de levantarse y salir de aquella casa pero decidió darle otra oportunidad. Al fin y al cabo, era su padre. Aunque no podía evitar pensar por qué había tanto rencor en su trato, se quedó clavado al asiento, obligándose a mostrar un poco de compasión. No quería ser igual que él.

—¿Qué estudiaste?

—Ciencias de la información —respondió Javier.

—¿Y eso para qué sirve? —dijo Pedro.

—Es... largo de explicar —dijo Javier.

—¿Te crees que soy tonto? ¿Crees que no lo voy a entender? —dijo su padre sin mirarle.

—Me voy a dar una vuelta. Gracias por la comida mamá.

Javier se levantó y salió de la casa con la sensación de que la relación con su padre había naufragado hacía mucho tiempo, y las labores de rescate eran inútiles. Era como intentar reflotar el Titanic.



Javier se dio una vuelta por el barrio. Aunque había más casas, seguía igual de feo que siempre. El barrio no tenía más de nueve calles. Cuando era pequeño, las calles no tenían nombre, estaban sin asfaltar y ni siquiera había alumbrado público. Todo eso fue cambiando paulatinamente conforme Javier crecía. Primero asfaltaron las calles, fue la novedad del momento. La gente estaba entusiasmada: las madres, porque sus hijos llegaban con la ropa un poco más limpia, sin tanta tierra incrustada en los tejidos: los padres porque notaban que sus coches aguantaban limpios más de un día. No se podía presumir de coche si estaba cubierto de polvo. Los niños observaban entusiasmados cómo sus balones o pelotas rodaban y botaban mejor que nunca. Y las niñas se daban cuenta de lo fácil que era saltar a la comba o jugar a la goma elástica. Nada de eso le importaba a Javier. Pocas veces en su niñez había jugado con un balón. No veía el atractivo que tenía sacar el coche reluciente del garaje y casi nunca estropeaba la ropa por sus actividades infantiles. Lo que sí le llamaba la atención era jugar a la comba o enredar y desenredar sus pies en una goma sujeta a los tobillos de dos niñas. Pero si se rodeaba de chiquillas era duramente avasallado por los rudos niños de su barrio. Luego, el ayuntamiento obsequió al pueblo con el ansiado alumbrado público. Los tiempos habían cambiado y las calles se hacían cada vez más inseguras. Las madres aprovecharon el encendido nocturno para establecerlo como toque de queda para sus hijos. La idea funcionaba muy bien en invierno, pero en verano, con el cambio horario, los niños protestaban porque aún era de día. Los incompetentes encargados del alumbrado no habían cambiado la hora. Nunca lo hicieron. Por último, se debatió largo y tendido sobre el nombre que debían colocarle a cada una de las calles. Como no se ponían de acuerdo, salió elegida una propuesta que creían que no favorecería a nadie. Así, las calles del barrio se llamaron con letras. Javier vivía con sus padres en la calle «A». La paralela por debajo se llamó «B». Y a la última se le llamó «C». Las perpendiculares a estas tres calles, por orden de izquierda a derecha, se les asignaron desde la «D» en adelante. Recordaba haber oído a su madre que le parecía una idea de lo más original. A Javier le parecía una estupidez. A su corta edad, fue el único que se dio cuenta de que nombrar las calles por orden alfabético significaba que, cuando el barrio creciese, las letras empezarían a descolocarse, y la magnífica idea se iría a la mierda. Años más tarde, eso fue lo que pasó, por lo que tuvieron que renombrar las calles. Esta vez eligieron la astrología y Javier pudo observar que a la calle de sus padres la habían bautizado como «calle de Aries». Meneó la cabeza y sonrió al ver las placas. Se preguntó qué harían cuando hubieran acabado con los doce signos del zodiaco.

Torció por la antigua calle E y caminó hacia abajo hasta llegar al final. Allí se encontró con una sorpresa. Habían construido un instituto enorme donde, hacía años,

se cultivaban tomates y plátanos. El crecimiento de la población en edad escolar, debido a la inmigración, provocó la ampliación de los centros educativos. Y por lo visto su barrio había sido elegido para colocar el moderno centro. Aprovechando el nuevo sistema educativo, donde séptimo y octavo de la antigua EGB. pasaron a convertirse en primero y segundo de la ESO., decidieron aglutinar a niños de todas las edades en un mismo sitio.

Javier siguió andando y torció de nuevo para subir por otra calle. No había mucho más que ver en su barrio. Lo más asombroso había sido el descubrimiento de aquel gigantesco colegio. No tenía ganas de volver a casa de sus padres así que se sentó en la acera y sacó su paquete de tabaco. Encendió un cigarro. Recordaba que en aquella calle vivía un niño llamado Rayco, típico nombre canario. Tenía dos años menos que Javier, pero creció y se desarrolló antes que los demás niños. Cuando los chavales aún hablaban con voz de pito, él tenía una gravedad inusual para un niño de su edad. No sabía si seguía viviendo allí pero tampoco le importaba. Aquel joven precoz era uno de los que le habían amargado la vida. El solo hecho de pensar en él le llenaba de odio. El pequeño sádico que disfrutaba insultando a Javier había lanzado el rumor de que le había pillado siendo sodomizado por el loco del pueblo. Ya de adulto, Javier sospechaba que el loco del pueblo, Adolfo, jamás había perdido el juicio, sino que era una persona especial que no encajaba en la arcaica estructura de aquel pueblo. Lo estigmatizaron como a Javier y el rumor fue la gota que colmó el vaso. La diferencia es que Adolfo pudo huir de aquellos indeseables, pero Javier no. La mentira le persiguió hasta que se fue sin que nadie pusiera en tela de juicio las palabras de Rayco. Sus padres nunca mencionaron el tema pero notaba que estaban dolidos. Jamás le pidieron a Javier que contara su versión de los hechos. Su hijo se había convertido, de la noche a la mañana, en la vergüenza de los padres y en el hazmerreír del pueblo. Como se recluía en casa para evitar las constantes injurias hacia su persona, los niños aprovechaban cualquier momento de despiste para sus gamberradas. Un día, después del colegio, Javier regresaba a su casa, caminando desde el pueblo, apretando el paso para no ser blanco del aburrimiento de los niños. Pero le alcanzaron. Un grupo de siete jóvenes, capitaneados por Rayco, le cerraron el paso.

—Quiero pasar —dijo Javier atemorizado sin levantar la vista del suelo.

—Contraseña —gritó Rayco.

Javier no entendió a qué se refería, así que no dijo nada. Sabía que cualquier palabra de más podía desencadenar en algún tipo de abuso físico.

—¡Contraseña! —repitió Rayco.

Como veía que Javier no contestaba, Rayco dio la orden a sus improvisados secuaces para que le arrebataran la mochila. La abrieron y desperdigaron todo su contenido por el suelo.

—Más te vale que digas la contraseña —dijo Rayco.

—Dejadme en paz. No sé cuál es.

Javier empezó a llorar. Todos los niños se rieron de él.

—El mariquita de Javier ya está llorando otra vez —dijo Rayco acercándose a él—. No te preocupes, yo sé lo que te gusta.

Rayco cogió a Javier por la camiseta y lo tiró con fuerza al suelo. Javier se apoyó con las manos para no darse en la cara. La rugosidad del asfalto le hizo daño en la piel. Luego, Rayco se colocó tras él y puso su entrepierna pegada al trasero de Javier. Empezó a imitar el vaivén de la penetración bajo la divertida mirada de los otros chicos.

—¿Te gusta? ¿Así te lo hizo el loco? —le gritó Rayco.

Cuando se cansó, se separó y le dio un puntapié en los genitales. Javier se desplomó quejándose de dolor. Los salvajes niños se fueron y dejaron a Javier encogido deseando que se le pasara cuanto antes aquella punzada en los testículos. Poco a poco, el dolor fue remitiendo y, con una mezcla de rabia y humillación, recogió lentamente sus cosas y las fue guardando en su mochila. Aunque había tenido tiempo para calmarse, no podía evitar seguir llorando. Su pena le oprimía el cuerpo y la única forma que tenía de expulsarla era en forma de lágrimas. Cuando llegó a su casa, su padre estaba en la puerta a punto de salir. Vio a su hijo llorando y le preguntó qué había pasado.

—Unos... Unos niños... me han pegado —dijo Javier con la voz entrecortada por el llanto.

—¿Y tú qué has hecho? —dijo Pedro.

Javier no entendió la pregunta. Se quedó callado igual que hizo con los niños, porque también sabía que si la respuesta no era la esperada, podía salir aún más malparado.

—¿Que tú qué has hecho? —dijo Pedro de nuevo.

Javier se encogió de hombros. Entendió que su padre no le iba a consolar, así que le esquivó y se fue en dirección a su cuarto. Pero su padre fue tras él y le tiró de la camisa, obligándole a mirarle a la cara.

—Tenías que haberte defendido. Si fueras un hombre les habrías dado bien. Pero no eres más que un maricón —dijo Pedro enfadado.

Luego empujó a su hijo, que tropezó y cayó al suelo. Pedro salió de la casa y Javier se fue a la habitación donde se encerró durante todo el día. Con tan solo once años, le vino a la cabeza la idea de suicidarse. Podía subir a la azotea y tirarse al vacío. Lo que evitó que se quitara la vida en aquel preciso instante y en otras ocasiones fue su deseo de venganza. El rencor que acumuló durante todos aquellos años y el deseo de volver a verse las caras con sus enemigos cuando estuvieran en igualdad de condiciones fue el bote salvavidas de Javier. Durante los años que pasó

en Madrid, el sentimiento de venganza había ido desapareciendo, pero ahora, sentado en la acera con el cigarro en la mano, Javier notaba cómo la ira empezaba a surgir de nuevo. Tiró la colilla con rabia.

—Hijos de puta —dijo pensando en Rayco y sus amigos.

Se levantó de la acera y se sacudió los pantalones por si se habían ensuciado de polvo. Cuando se giró, vio que una mujer le miraba fijamente. Era un poco más baja que Javier. Tenía el pelo teñido de rojo y llevaba unos vaqueros desgastados y una vieja camiseta. En la mano sostenía una bolsa de plástico con comida.

—¿Javier? —dijo la mujer.

La mujer miraba a Javier con sus incrédulos ojos marrones. Abrió la boca para mostrar sorpresa pero su gesto se quedó a medias. Javier la escudriñó buscando algo que le permitiera identificarla sin ser descubierto. No lo consiguió.

—¿No te acordás de mí? —dijo—. Soy Muriel.

Una avalancha de recuerdos se concentró en la mente de Javier, aturdiéndole un poco. Muriel fue la primera inmigrante que pisó el barrio a principio de los noventa. Después de tanto tiempo, su acento argentino delataba su procedencia.

—¡Muriel! —se alegró Javier.

Se abrazaron. Muriel le cogió el brazo como cerciorándose de que realmente su joven amigo estaba allí.

—¿Cuándo llegaste? —dijo Muriel.

—Ayer —contestó Javier.

—¿Y no viniste a verme? —le reprochó.

—No sabía que siguieras aquí. Pensé que habías vuelto a Argentina.

Javier recordaba cómo Muriel despotricaba del pueblo. Él entendía muy bien, a pesar de la diferencia de edad, todo lo que su amiga argentina le contaba. Cuando Muriel llegó a Tenerife con su marido y sus tres hijos, entró en una pequeña depresión al encontrarse viviendo en un pueblo tan pequeño y desolador como aquel. Apenas tenía amigas con las que tomar un café o charlar un rato, pues la mayoría de las vecinas no veían con buenos ojos su alegría y su amplitud de miras. Ambos se conocieron cuando Javier ya iba al instituto, a los quince años, y se cayeron bien desde un principio. Era evidente que la diferencia de edad no permitía que su relación se estrechase todo lo que les hubiera gustado. Había cosas que Javier no entendía y viceversa. Pero eso no impedía que se vieran de vez en cuando para conversar tranquilamente. Desde que se vieron por primera vez, Muriel sabía que Javier era homosexual. Ella tenía amigos en Argentina que lo eran y sabía reconocerlos al instante. No tardó en enterarse de los rumores que corrían por el pueblo cuando las vecinas la pusieron al corriente de con quién estaba haciendo migas. Muriel puso el grito en el cielo.

—Esas viejas chusmas —le dijo enfadada a Javier—. Como si ellas no tuvieran nada que ocultar. ¿Pero cómo se puede ser tan pelotuda?

Estaban en su casa, bebiendo un refresco en el balcón, aprovechando la brisa marina que corría aquella calurosa noche. Javier dejó el refresco y se levantó.

—Che, ¿dónde vas? —dijo Muriel.

—No quiero causarte problemas. Es mejor que no nos vean juntos.

Muriel se levantó de un salto y fue hasta Javier. Le cogió de los hombros y le zarandéó suavemente.

—Escúchame. ¿No querés ser mi amigo? Está bien. Pero no lo hagas por esas boludas. No tenés nada de qué avergonzarte. ¿Entendés?

Javier asintió con la cabeza y Muriel se lo llevó de nuevo al balcón. Se sentaron y bebieron un trago de sus vasos. Javier tenía la mirada perdida y Muriel observó en sus jóvenes ojos todo el daño que le habían hecho.

«Demasiado dolor para ser tan joven» pensó Muriel.

—¿Sabés qué? Vos y yo salimos hoy. Te voy a llevar a un sitio que creo te va a gustar.

Nada le hubiera gustado más a Javier que salir con su nueva amiga. Tenía quince años y jamás había salido más que para acompañar a su madre a las fiestas del pueblo. Pero no era posible. Sus padres no le dejaban.

—No puedo. Mis padres no me dejan salir.

—¿Cómo? ¿Y a tus hermanos tampoco? —dijo Muriel.

—Sí, a ellos sí, hasta las tres.

—Pero eso es injusto. Vamos a solucionarlo.

Ni corta ni perezosa, Muriel arrastró a Javier hasta la casa de sus padres, a pesar de su negativa, y tocó en el telefonillo. Su madre contestó al momento.

—¿Sí? —dijo Teresa.

—Buenas noches, disculpe que le moleste. Me llamo Muriel. Su hijo Javier me ayudó mucho estos días con... la mudanza y todo eso. Fue tan generoso que me preguntaba si me dejaría invitarle a una gaseosa. Prometo traerlo de vuelta antes de las tres.

Teresa se quedó tan impresionada por las palabras de Muriel que no supo qué contestar. Se quedó un buen rato en silencio mientras asimilaba la información que aquella desconocida le acababa de dar.

—Disculpe, ¿sigue ahí? —dijo Muriel.

—Sí, sí —dijo Teresa reaccionando.

—¿Sí? Bárbaro. No se preocupe por su hijo, está en buenas manos —dijo Muriel aprovechando el desconcierto de Teresa. Se giró y arrastró de nuevo a Javier calle abajo. Javier no entendía muy bien qué había sucedido.

—No estoy muy seguro de que me haya dado permiso —dijo.

—¿No lo oíste? Dijo que sí —contestó Muriel guiñándole un ojo.

Javier sonrió y se preparó mentalmente para su primera salida nocturna oficial. Estaba tan emocionado que no sabía ni qué decir. Muriel le llevó hasta su coche y ambos se montaron. Arrancó y salieron a la carretera.

—¿Dónde vamos?

—A Playa de Las Américas —dijo Muriel.

Playa de Las Américas era un pueblo mayoritariamente turístico donde se concentraba la mayor parte del ocio nocturno destinado a los europeos que visitaban

el sur de la isla. Casi el ochenta por ciento provenían de Inglaterra o Alemania. Javier no entendía por qué Muriel había elegido aquel lugar. Aparcaron en batería cerca de la zona de marcha y fueron caminando por el paseo marítimo hasta que llegaron a una especie de centro comercial lleno de bares. Bajaron por unas escaleras y entraron en un bar llamado Olympus. Nada más abrir la puerta de entrada, todos los clientes se volvieron hacia ellos. Javier se dio cuenta de que la única mujer que había en aquel sitio era su amiga.

—¡Sorpresa! —le dijo—. Te traje por dos razones. Una, para que te diviertas, y dos, para que sepas que no sos el único.

Muriel caminó hacia la barra antes de que Javier pudiera decir nada. Notó cómo todos los hombres le miraban entre sorprendidos y divertidos, por lo que Javier fue tras Muriel, que ya le había pedido una coca-cola.

—Javier, te presento a Marcos —dijo Muriel señalando al camarero—. Marcos, éste es mi nuevo amigo Javier —luego se giró de nuevo hacia Javier—, Marcos es el hermano de mi marido. Y también es gay, como vos.

—¿Cómo sabes...? —dijo Javier sin poder terminar la frase.

—Eso no importa. A nadie le importa. Debés procurar ser feliz.

Aquella noche fue la mejor de toda su juventud. Sabía que no estaba sólo en el mundo, que había más gente con sus mismos sentimientos. También era la primera noche que salía. Pero, sobre todo, era la primera vez que encontraba a alguien con quien hablar del tema. Doce años más tarde, Muriel y él se volvían a encontrar.

—¿Comiste? —dijo Muriel.

—Sí.

—Entonces te invito a un café y así me contás. No sabés la alegría que me da verte.

Javier sonrió y le cogió la bolsa a Muriel. Anduvieron unos metros y la argentina abrió un portal de hierro pintado de color verde. Subieron al primer piso y entraron en la casa. Quince minutos más tarde, ambos tenían una taza en la mano y estaban sentados en los dos sillones del salón.

—Contáme —dijo Muriel—. ¿Cómo te va?

—No me quejo. Terminé la carrera, que me decepcionó bastante, y ahora trabajo en una televisión local de Madrid. Mi jefe es un capullo pero el trabajo me gusta y el sueldo es bueno.

—¡Oh! Recuerdo cuando viví en Madrid —dijo ella.

—¿Vivías en Madrid?

—Sí, fue antes de llegar acá. Me encantaba la ciudad pero no podíamos permitirnos comprar una casa. Y para pagar alquiler nos hubiéramos quedado en Argentina. Queríamos ser propietarios. Este pueblucho nos permitió serlo, pero creo que el precio que pagamos al final fue más alto.

—Bueno, no te puedes ni imaginar lo imposible que se ha vuelto comprar una casa en Madrid. Es de locos.

—Debe serlo. ¿Tenés novio? —preguntó Muriel con interés.

—No.

—¿Por?

Javier se encogió de hombros. Sabía que la posible causa de su soledad amorosa podría deberse a la dificultad que tenía para relacionarse con otros. Había derribado su incapacidad para hacerlo con posibles amistades, pero cuando se trataba de intimar un poco más, Javier se cerraba en banda. No le apetecía contarle todo aquello a Muriel. Sin embargo, ella le sorprendió con sus siguientes palabras.

—El pasado pesa ¿eh?

Parecía que aquella mujer le conocía mejor que él mismo. Javier se limitó a asentir con la cabeza para después beber un poco de café.

—Está a punto de caer, no te preocupes. Lo presiento. Ya sabés que soy un poco bruja. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta el domingo de la semana que viene.

—Buenísimo porque necesito ir de compras y mi marido no quiere acompañarme.

—Espero que sepas que sólo te podré servir como mulo de carga porque lo que es gusto para la ropa, no es que tenga mucho.

—Pues ya es raro para ser puto —replicó ella.

Ambos se rieron. Javier estaba contento de ver a Muriel de nuevo. Habían pasado años sin verla y el tiempo había hecho mella en ella. Pero seguía conservando el espíritu juvenil que le caracterizaba.

—Muriel, ¿te acuerdas de la noche que me llevaste a aquel bar gay? —dijo Javier.

—Como si fuera ayer —dijo ella.

—Hay una cosa que nunca te dije. Cuando me dejaste en casa, mi madre me estaba esperando.

Javier le contó a su antigua amiga que Teresa se levantó cuando le oyó entrar y, sin mediar palabra, le abofeteó:

—Que sea la última vez que traes a una extraña para convencerme de nada —dijo su madre enfadada.

Y le prohibió verla de nuevo. Nunca se lo contó a ella. Simplemente, borró de su vida a su recién estrenada amiga por miedo a las represalias. La vida de Javier se reducía al miedo.



Al día siguiente sus hermanos iban a comer a casa de sus padres en una especie de reunión familiar. Su hermana Rosa, casada desde hacía algunos años con su marido Carlos, aún no había contemplado la posibilidad de tener hijos. Y Sebastián, su hermano mayor, hacía también bastante tiempo que vivía con su novia Yurena en una casa que se habían comprado muy cerca de allí. Mientras esperaban a que llegaran, Teresa y Javier terminaban de poner la mesa. Su madre dejó que Pedro durmiera hasta que llegasen sus otros dos hijos. Javier preguntó a Teresa por sus hermanos.

—Pues los dos están más gorditos —fue lo primero que dijo.

La vida es de una ironía apabullante. Se podía ver en cualquier cosa que existiera en la faz de la tierra. La mantis religiosa mata al macho después de copular con él. El gobierno americano instruyó a los terroristas que luego atacaron el país. Los hombres mean fuera a pesar de contar con un conducto dirigible. Para Javier, esa ironía se manifestaba ahora después de sufrir años de burlas por parte de sus hermanos. Mientras Rosa y Sebastián se mofaban del sobrepeso de Javier llamándole, entre otras cosas, gordo Alberto, en referencia a los dibujos animados cuyo protagonista era un afroamericano metido en carnes, ahora era él el que estaba delgado y ellos los que habían cogido kilos de más. Javier no tenía relación con sus hermanos. No sabía nada de sus vidas y ellos no tenían ni idea de lo que hacía o dejaba de hacer. Nunca se llevó bien con ellos. Ambos hacían piña en contra suya, dando crédito a los rumores que corrían por el pueblo y metiéndose con él. Su hermana mayor era la que más le insultaba. Siempre tenía una palabra horrible para él. Y Sebastián le pegaba aprovechando su superioridad física. Curiosamente, a ellos dos era a los únicos a los que Javier hacía frente. Si su hermana le insultaba llamándole maricón, él le respondía llamándola puta. Si su hermano le pegaba, Javier cogía lo primero que veía y lo lanzaba contra él. Sebastián y Javier habían protagonizado unas batallas campales muy violentas. Javier recordaba cómo se hacían daño y el odio que envolvía sus trifulcas. Además, se peleaban por tonterías. Una vez, Sebastián estaba ocupando todo el sofá. Javier quería ver también la televisión, y se llevó su vaso de coca-cola y su bocadillo donde estaba su hermano. Esperó a que Sebastián se apartara un poco para poder sentarse, pero no movió ni un músculo.

—Déjame sitio —dijo Javier.

—¡Lárgate! Y deja de comer, foca —dijo Sebastián alzando la voz.

Lo más coherente hubiera sido largarse y terminar con el conflicto. Pero Javier estaba harto de ceder ante sus compañeros y ante sus padres. No podía dejarse humillar más.

—¡Quita! —dijo apartando con el codo los pies de Sebastián.

Su hermano le dio una patada en el estómago. Javier tuvo que hacer acopio de

toda su resistencia para no dejar caer nada al suelo. Mientras recuperaba el aliento, la ira se fue apoderando de su cuerpo. Cuando un sentimiento tan poderoso te atrapa, es muy difícil controlarlo. Y Javier no era una excepción, y más cuando aquello era su pan de cada día. Un chispazo atravesó su mente, como un rayo que le cortocircuitó la razón. Levantó su vaso de coca-cola, acompañando el gesto con un grito, y lo estrelló contra la cabeza de Sebastián, rompiéndolo en mil pedazos y derramando el líquido sobre su pelo. Su hermano, al parecer inmune al golpe, le propinó un puñetazo en la cara con tanta fuerza que su hermano cayó al suelo de espaldas. El bocadillo salió disparado. Teresa, que estaba fregando el suelo de la cocina, cuando oyó el sonido de los cristales fue hasta el salón, pensando que sus hijos habían roto algo. Lo que no se imaginaba era ver a Sebastián, con la cara ensangrentada, dándole patadas a su hermano pequeño, tirado en el suelo con el ojo contusionado.

—¡Por Dios! —gritó alterada.

Como su hijo no dejaba de darle puntapiés a Javier, agarró la fregona por un extremo y empezó a darle a Sebastián con él. Cuando Javier se vio libre de la paliza, fue a contraatacar, así que Teresa no tuvo más remedio que cambiar el objetivo de sus golpes.

—¡Basta! ¡Ya está bien! —gritó Teresa.

Sus hijos le hicieron caso y se quedaron quietos mirándose con rabia a los ojos mientras respiraban pesadamente, moviendo los hombros al compás de cada inhalación.

—¡Me vais a matar a disgustos! —dijo su madre.

Mientras terminaba de colocar los cubiertos, Javier pensaba en cómo era posible que los dos hubieran sobrevivido a aquellas reyertas tan sangrientas. Pero lo que más le dolía era que sus hermanos le odiaran tanto y se reprochaba que él actuara de igual manera. Debido a su brutal relación, cuando Javier se fue a Madrid cortó el poco contacto que tenían. Al igual que con su padre, tampoco había hablado con ellos en diez años. Había conocido mucha gente en Madrid, personas que no sabían nada de su pasado y a las que les daba igual su orientación sexual. Muchas de ellas tenían hermanos y se llevaban a las mil maravillas con ellos. Javier les envidiaba. Se preguntaba si el hecho de no juzgar a nadie tendría algo que ver con la facilidad con la que aquellos hermanos se comunicaban y entendían. Si Rosa y Sebastián hubieran crecido en una familia más abierta, ¿hubieran tenido una mejor relación? Javier sospechaba que sí, pero lo que más miedo le causaba, algo en lo que nunca había pensado hasta aquel momento en el que terminaba de colocar los últimos cubiertos en la mesa, era si él había juzgado a sus hermanos de la misma manera. Al fin y al cabo, Javier también era parte de la misma familia y había nacido en el mismo ambiente que sus dos hermanos. Se quedó un buen rato mirando los cuadraditos del mantel,

recordando su infancia, y halló la respuesta. Su defensa, y ataque en varias ocasiones, era el fracaso escolar de sus hermanos, que Javier llevaba al extremo haciéndoles creer que eran unos idiotas. Nunca se había parado a reflexionar sobre aquello y ahora se daba cuenta de por qué Rosa y Sebastián se unían en su contra. Javier miró a su madre con la misma intensidad de alguien que ha visto a la Virgen María. Que hubiera tenido que regresar a casa de sus padres para darse cuenta de un hecho tan simple le hizo plantearse quién era el más idiota de los tres. Lo peor es que el daño ya estaba hecho y la herida, aunque abierta en lo más profundo, estaba tan endurecida por el paso del tiempo que era casi imposible penetrarla.

—¿Pasa algo? —dijo Teresa al ver a su hijo con la boca abierta.

—¿Qué?... No, nada. Estaba pensando —dijo Javier.

—¿En qué? Parece que has visto un fantasma.

Javier tuvo ganas de confirmar las sospechas de su madre y decirle que, efectivamente, había visto un fantasma. Un fantasma que le recordaba su comportamiento del pasado y que planeaba por su mente como una oscura neblina que no le dejaba ver nada más.

—Asuntos de trabajo. Luego llamaré... —dijo Javier quitándole importancia.

Sonó el timbre de la puerta de la calle. Teresa contestó y luego abrió. Se giró hacia Javier.

—Es tu hermano. Ten fundamento —le dijo muy seria.

Su madre siempre le decía que tuviera fundamento cuando quería decir que se comportara correctamente. Javier constató una vez más la predilección que sentía su madre hacia Sebastián, pero pensó que tal vez le hubiera dicho lo mismo a su hermano. En cualquier caso, Javier esperaba que ambos hubieran madurado lo suficiente como para actuar con cordialidad. Sebastián entró en la cocina y le dio un beso a su madre. Luego miró a Javier y se quedó unos segundos observándole. Parecía como si no le reconociera. Era lógico. No se veían desde su adolescencia y ya estaban los dos muy cerca de la treintena. Javier supo ver en aquella mirada que Sebastián le consideraba un auténtico desconocido.

—Hola —dijo Sebastián.

—Hola —respondió Javier.

Una incómoda tensión se adueñó de la cocina. Como si Teresa acabara de decirle a Sebastián que tenía un hermano secreto. Ninguno de los dos supo reaccionar. Antes de que su madre pudiera pensar en algo para aliviar la situación, la novia de Sebastián entró.

—Hola Teresa, ¿cómo está? —dijo la mujer con una sonrisa.

—Como siempre, hija, como siempre —respondió Teresa con fingida afectación.

—Yurena, él es mi hermano Javier. Javier, mi novia Yurena —les presentó Sebastián.

Javier se acercó y le dio un beso a su cuñada.

—Encantada. Me han dicho que trabajas en televisión. ¿Algún cotilleo que debamos conocer?

—Muchos. Después te doy un buen repaso si quieres.

—De acuerdo —dijo Yurena entusiasmada.

El timbre de la puerta sonó de nuevo. Sebastián, que estaba más cerca del telefonillo, descolgó y abrió sin preguntar. Teresa le regañó. No le gustaba que hiciera eso. A saber quién podía estar en la puerta esperando para entrar libremente en la casa. Rosa entró en la cocina seguida de su marido. Miró a su hermano recién llegado con desdén y saludó a Yurena y a Sebastián. Luego le dio un beso a su madre.

—¿No vas a decirle nada a tu hermano? —dijo Teresa.

—No —respondió Rosa.

Tal vez su madre se había preocupado del fundamento de la persona equivocada.

La reacción de Rosa sorprendió a Javier. Esperaba que fuera su hermano y no ella quien actuara de aquella manera. Por alguna razón pensó que, por el hecho de ser mujer, entendería, ahora que todos habían crecido, que había que luchar contra la discriminación. No esperaba que se autoproclamara defensora de la causa gay, pero sí imaginó que Rosa sería más comprensiva. Había olvidado que estaba totalmente contaminada por el pensamiento machista que inundaba su pueblo. Muchas veces, las mujeres eran peor que los hombres. Recordaba cómo una vecina soportaba las constantes infidelidades de su marido porque era el pilar fundamental de su hogar. También sabía de otra que desaparecía durante varios días para que nadie viera las marcas que su esposo le dejaba en el cuerpo de vez en cuando. Y otra que seguía manteniendo a su cónyuge a pesar de que gastaba todo su dinero en el juego. Y nadie hacía nada. Todos lo sabían, no había secretos en el pueblo, pero nunca nadie se puso de parte de aquellas mujeres. Los hombres porque entendían que aquellos comportamientos eran signos de virilidad, y las mujeres porque creían que eso les pasaba por no saber cuidar de sus maridos.

Cuando su padre se levantó, todos se sentaron alrededor de la mesa. Empezaron a comer sin decir una palabra. Javier no entendía qué necesidad tenía su hermana de provocar aquella situación. Miró a los comensales. Pedro sólo se preocupaba de comer. A Teresa se la notaba nerviosa, intentando sacar un tema de conversación que no crispara a nadie. Carlos y Yurena estaban incómodos por el silencio sepulcral que se había adueñado del almuerzo. Sebastián había decidido comportarse como si no pasara nada. Y Rosa le miraba sin pestañear mientras probaba la comida que su madre había preparado. Javier pensó que debía hacer algo para mejorar la situación.

—¿Qué tal vuestra casa? —le dijo a Sebastián.

—Muy bien —contestó Yurena echándole una mano—, estamos muy contentos con cómo ha quedado.

—¿Cómo la habéis decorado? —dijo Javier.

—¡Oh! Pues... —empezó a decir Yurena.

Pero Rosa le cortó con el tono de voz más frío que Javier había oído nunca.

—No hagas como que te importa —dijo—. Todos sabemos que pasas de nosotros.

—Intento ser amable —replicó Javier—. No veo qué hay de malo en ello.

—¿A qué has venido? —dijo Rosa—. ¿Por qué no te has quedado en Madrid?

Javier estaba completamente descolocado. Él no tenía ganas de ir al pueblo pero fue con intención de enterrar el hacha de guerra. Y su padre, y ahora su hermana, no tenían la intención de darle tregua alguna. Javier decidió que era mejor quedarse callado. La mayoría de las veces la táctica le había funcionado en su niñez y era hora de volver a ponerla en práctica.

—¿No vas a contestar? —dijo Rosa subiendo el tono de voz.

Javier siguió comiendo como si la cosa no fuera con él. Su actitud irritó a su hermana. Si había algo que Rosa no soportaba era la indiferencia que mostraban algunos hacia ella. Pero Javier no conocía esa faceta, no se veían desde hacía mucho tiempo, por lo que no previó lo que iba a suceder a continuación. Su hermana se levantó de la mesa y le señaló con el dedo índice de su mano derecha.

—¡Te he hecho una pregunta! —gritó.

—Haz el favor de calmarte —dijo Teresa.

—¡No le defiendas! —chilló—. ¡Él se largó y no se preocupó por ninguno de nosotros, y ahora viene después de diez años y tú pierdes el culo!

—No le hables así a tu madre —dijo Pedro.

—Rosa, siéntate —dijo Sebastián.

Rosa no podía creer que su familia apoyara a Javier en lugar de ponerse de su lado. Lo que su ofuscación no le permitía ver era que no estaban de su parte sino que estaban intentando no incomodar más a las personas ajenas a los conflictos de la familia.

—No me lo puedo creer —dijo.

Y se fue. Salió de la cocina y fue hasta la puerta de entrada, que cruzó cerrando tras sí con un portazo. Carlos se disculpó y se fue tras su mujer. Teresa suspiró de pena cuando se dio cuenta de que no había podido tener reunida a su familia ni diez minutos. Sebastián cerró los ojos avergonzado. Su novia le consoló acariciándole suavemente el muslo por debajo de la mesa. Pedro miró a Javier.

—Está claro que después de tanto tiempo sigues siendo el cáncer de esta familia.

Aquellas palabras se clavaron en el pecho de Javier como si su padre le hubiera asestado un golpe mortal con el cuchillo que sostenía en la mano. No entendía qué delito tan grande había cometido para que Pedro le tratara con tanta crueldad. Pensó durante un momento si debía contestar a la provocación pero no quiso empeorar más las cosas, así que intentó seguir comiendo como si no pasara nada. Pero se sentía herido y notaba cómo los ojos se le humedecían. Antes de que las lágrimas se hicieran evidentes, se levantó mientras se disculpaba y fue al baño. Allí, bajó la tapa del inodoro y se sentó a dar rienda suelta a su tristeza. La puerta del servicio no cerraba bien, así que la sostuvo con una mano mientras se secaba las lágrimas con la otra.

Recordó que un día, mientras orinaba, su padre entró en el servicio. Javier se asustó tanto, tenía la mente en otro sitio, que cerró con fuerza para que Pedro no entrara. Sus padres no le habían educado en la naturalidad sino todo lo contrario, por eso sintió vergüenza cuando su padre estuvo a punto de pillarlo en aquel momento tan íntimo. Tan fuerte cerró la puerta que su cerebro no tardó nada en imaginarse las consecuencias de aquel inocente acto. Aunque todo sucedió en milésimas de segundo,

Javier supo que su padre iba a entrar hecho una furia por haberle cerrado la puerta en las narices. Efectivamente, Pedro empujó con todas sus fuerzas, empotrando la puerta en la pared, y empezó a pegar a Javier con rabia. Su hijo intentaba cubrirse como podía pero no pudo evitar mearse encima, ya que no podía controlar su vejiga y defenderse al mismo tiempo.

El doloroso recuerdo de otra de las palizas que su padre le había dado sin justificación alguna hizo que su llanto aumentara en intensidad. Javier supo que su viaje había sido un error tremendo y que pagaría caro haber vuelto a Tenerife. Alguien tocó en la puerta del baño.

—Javier ¿estás bien? —dijo Sebastián.

Javier abrió la puerta y observó sorprendido a su hermano. No podía creer que se preocupara por él.

—Sí. Sólo ha sido un mal momento —dijo esbozando una sonrisa para hacerle saber a Sebastián que agradecía su gesto.

—¿Quieres venir a ver la casa? —dijo.

—Me encantaría.

Aunque la distancia que separaba la casa de sus padres de la de Sebastián era poca, su hermano insistió en que fueran en coche. A los tres minutos ya habían llegado. La casa de Sebastián era un piso grande en un bloque construido hacía escasamente un año. Tenía tres habitaciones, una amplia cocina, dos baños y un salón con terraza. Como sabía que su hermano tenía un gusto pésimo, supo que el piso lo había decorado Yurena.

—Tiene mucho gusto tu novia —dijo Javier.

—¿Por? —preguntó Sebastián.

—No me irás a decir que lo has decorado tú ¿verdad?

—No, no —dijo Sebastián—. Pero Yurena tampoco. Todo esto es obra del hermano de mi novia.

Resultaba que el hermano de Yurena, un tal Gabriel, era un decorador de interiores que trabajaba en Santa Cruz, la capital de Tenerife, pero que había hecho una excepción por su hermana. Por supuesto, no les cobró nada, y le dijo a Yurena que lo considerara su regalo de bodas por si algún día pensaban casarse. Sebastián le contó que cuando conoció a Gabriel le echó para atrás el hecho de que fuera gay. Su novia se dio cuenta y le dijo que si no aceptaba a su hermano podía olvidarse de ella también. Entonces se dio cuenta de lo unidos que estaban y se lamentó de no haber sido más comprensivo con su propio hermano. Pasado un tiempo, acabó por ver a Gabriel como una persona normal y corriente, muy divertido, cuyo único objetivo era ser feliz en la vida.

—Como todos —añadió.

Javier asintió. Sabía que su hermano estaba tratando de disculparse pero no lo

lograba. No sabía qué podía hacer para tratar el tema con naturalidad. Después de tanto tiempo, ninguno sabía cómo enfrentarse a la situación. Sebastián se armó de valor y le preguntó abiertamente.

—¿Eres gay? —dijo.

Javier no esperaba que le lanzara la pregunta a bocajarro. Pero no quiso desperdiciar la oportunidad de sincerarse.

—Sí. Pero supongo que ya lo sabías. Todos lo sabíais.

Sebastián asintió.

—Y yo supongo que no te lo pusimos nada fácil ¿verdad? —dijo su hermano.

Esta vez fue Javier quién movió la cabeza para confirmar las sospechas de su hermano. Para su sorpresa, Sebastián se echó a llorar. Se tapó la cara con las manos. Javier nunca le había visto llorar. Estaba tan acostumbrado a que fuera al revés que no sabía cómo actuar.

—No sabes cuánto siento todo lo que te hice —dijo Sebastián con el rostro cubierto de lágrimas.

Javier se acercó y apoyó una mano sobre su hombro. El tiempo, las rencillas y la distancia habían creado un muro entre los dos hermanos que tardaría algún tiempo en derrumbarse. Pero Javier estaba seguro de que aquello era un buen comienzo.

—Yo tampoco era un santo —dijo Javier—. Te rompí un vaso en la cabeza.

Sebastián se echó a reír. Su hermano le acompañó. Después de todo, tal vez el viaje no había sido en vano.



Javier llamó a Dani por teléfono. Por fin había podido recargar la tarjeta. Como no se lo cogía le dejó un mensaje en su buzón de voz.

«Dani, soy yo. Hay novedades interesantes. Llámame».

Nada más colgar sonó de nuevo su teléfono. Pensó que a lo mejor su amigo le había leído el pensamiento y le llamaba, pero no era él. Al otro lado Javier oyó la voz de Muriel.

—Boludo ¿qué hacés?

A Javier le encantaba la palabra «boludo». Le hacía gracia. Cuando oía a un argentino colocarla en una frase, parecía que lo que decía adquiría más intensidad. No conocía una palabra en castellano que hiciera semejante cosa.

—Nada —contestó Javier.

—Acompáñame entonces de compras —dijo Muriel—. Te paso a buscar en diez minutos.

La puntualidad de Muriel era asombrosa. En diez minutos exactos estaba en la puerta de su casa tocando el timbre. Javier advirtió a su madre que era para él y que se iba a dar una vuelta. Bajó corriendo las escaleras y salió a la calle donde estaba Muriel esperándole con una sonrisa. Se montaron en el coche. Mientras Muriel conducía, Javier le contó lo que había pasado con su hermano y sus impresiones respecto a su repentino cambio.

—¿Por qué crees que se arrepiente? —dijo Javier.

—Bueno, por ahí se ha dado cuenta de que lo hizo mal. Deberías alegrarte.

—Y me alegro, no me malinterpretes. Supongo que la vida me ha hecho muy suspicaz —dijo Javier dándose cuenta de que la frase había sonado como si sospechara de la actitud de su hermano.

Javier miró a la carretera. Se dio cuenta de que iban en dirección a la autopista por la misma carretera por la que había llegado en taxi.

—¿Adónde vamos?

—A Santa Cruz.

Acostumbrado ya a las distancias de Madrid, le pareció que recorrer los ochenta kilómetros que les separaban de la capital no era mucho. El trayecto duraba una hora en coche. Pero no esperaba que la argentina le llevara tan lejos para comprarse ropa. Claro que, si lo pensaba detenidamente, no había muchas opciones de compra en el sur de Tenerife. Se dio cuenta de lo importante que era tener un coche en la isla. Si tuvieran que depender de la guagua para subir a Santa Cruz de compras, se hubieran muerto de asco. El transporte público dejaba mucho que desear. Más de una vez, cuando vivía con sus padres, cogía el autobús para ir a la playa en Los Cristianos, un pueblo contiguo a Playa de las Américas. Para poder cogerlo, tenía que bajar casi

hasta el pueblo porque en su barrio no tenía parada. Las primeras paradas de la guagua estaban dentro de un complejo turístico, por lo que la mayoría de las veces el vehículo llegaba lleno de extranjeros. Pero si iba demasiado lleno, la guagua pasaba de largo y tenías que esperar más de media hora hasta que llegara otra. Muchas veces se le quitaban las ganas de ir a Los Cristianos. Pero entonces no iba a la playa, porque no pisaba nunca la de Los Tajinastes. Sólo había ido con su madre cuando eran pequeños. Si iba a esa playa, estaba seguro de que no regresaría a su casa sin haber sido humillado. Estuvo casi todo el viaje hablando con Muriel mientras observaba el árido paisaje. La tierra volcánica y seca se extendía hasta donde llegaba la mirada, por un lado; y el océano Atlántico, azul como el zafiro más puro, se extendía por el otro. Llegaron por fin a la ciudad y fueron recorriendo las tiendas de un gran centro comercial. A pesar de la advertencia de Javier, Muriel le pedía consejo. Él no sabía qué decir.

—Te dije que no era bueno en esto —dijo riendo.

Cuando Muriel decidió que ya no podía gastar más, fueron a un restaurante del centro comercial a comer. Antes de entrar, la argentina quiso sacarle una foto a su amigo para recordar aquel día.

—Ponete en la puerta —dijo Muriel.

A Javier no le gustaba salir en las fotografías, de hecho apenas tenía recuerdos impresos de sus vivencias, pero se colocó para que su amiga le tomara una. Cuando el flash se disparó, Javier salió del encuadre. Muriel disparó de nuevo.

—¿Por qué te corriste? Quería sacar otra —dijo Muriel.

—Déjalo. Vamos a comer.

Muriel guardó la cámara y ambos entraron en el restaurante. En una de las mesas, Javier vio a Alejandro besando a una chica. Alejandro era a la época del instituto de Javier lo que Rayco fue en su etapa escolar. Hizo que sus cuatro años fueran un auténtico infierno. Javier recordó el momento en el que entró en primero de BUP. Estaba contento. Por fin habían acabado los maltratos que sus compañeros de colegio le regalaban todos los días. Pero aquello prometía ser diferente. Nada más lejos de la realidad. Aunque el instituto no estaba en el mismo municipio, el rumor sobre el supuesto idilio de Javier con un loco de su pueblo se extendió como la gripe. De nuevo, la pesadilla se repetía, y pocos fueron capaces de hacer caso omiso de aquellas habladurías y descubrir quién era el auténtico Javier. En su clase, 1º A, coincidió con Alejandro, un adolescente problemático que se erigió como dueño del centro. Le robaba el material escolar, le escondía los libros, le insultaba, le ridiculizaba frente a otros compañeros. En el autobús que llevaba a los estudiantes de vuelta a sus hogares, siempre se metía con él, no le dejaba sentarse, le tiraba cosas y le daba collejas cuando estaba distraído. El sólo hecho de pensar que tendría que aguantar otros cuatro años de aquella manera le daban ganas de suicidarse. De nuevo, quitarse la

vida se perfiló como la mejor opción. Pero su sed de venganza fue más fuerte y juró que, cuando tuviera la oportunidad, se lo haría pagar. Al final lo dejó correr cuando vio la libertad que le ofrecía Madrid.

—Muriel, ¿te importa que vayamos a otro sitio? —dijo Javier dando media vuelta y arrastrando a su amiga antes de que aquel desalmado les viera.

La argentina no rechistó. Supo al instante que si habían salido de allí tan rápido era porque Javier había visto a alguien al que no le apetecía encontrarse. Mientras buscaban otro sitio para almorzar, la mente de Javier no dejaba de atormentarle con los recuerdos del instituto. Visualizó cómo en segundo de BUP, después de la clase de gimnasia, los chicos se duchaban en el vestuario. Él siempre se escabullía para ser el último en entrar. Cuando salió de la ducha, Alejandro y otros dos chicos, Raúl y Enrique, estaban esperándole. Tenían su ropa. Antes de que pudiera reaccionar, los muchachos se acercaron a él y le arrebataron la toalla, dejándole completamente desnudo. Aunque intentó evitarlo aferrándose a ella, los dos amigos de Alejandro le sujetaron y éste le dio un puñetazo en el estómago. Y se fueron corriendo con ella. Javier se puso a llorar. No podía salir a la zona de las aulas sin ropa. Así que se quedó encerrado en las duchas durante siete horas hasta que pasó un profesor que daba una clase extraescolar de voleibol. Le contó la historia entre lágrimas y el docente se compadeció de él. Le dio su chaqueta de chándal y lo llevó en brazos hasta su coche. A pesar de la insistencia del profesor para que delatara a los autores de aquella gamberrada, Javier tenía tanto miedo a las posibles represalias que no dijo nada. En el centro comercial, después de tanto tiempo, la ira brotó de nuevo.

—Hijos de puta —dijo en voz alta.

—¿Cómo? —dijo Muriel.

Javier miró a su amiga con los ojos vidriosos.

—Como tú bien dijiste, el pasado pesa.

En ese momento, sonó el móvil de Javier. Lo sacó del bolsillo de su pantalón y descolgó. Pudo oír la voz de Dani.

—¡Maricón! ¿Qué novedades son esas? —dijo Dani riendo.

Javier explotó en un mar de lágrimas. Con el teléfono aún en el oído, su llanto llegó hasta su amigo, y éste se puso inmediatamente en guardia. Muriel se acercó y le pasó un brazo por los hombros. Le obligó a caminar hasta un banco del centro comercial y se sentaron. Como Javier era incapaz de pronunciar una palabra, Muriel cogió el teléfono y habló.

—¿Quién sos? —dijo Muriel.

—¿Quién eres tú? ¿Javi está bien? —dijo Dani incrédulo ante la extraña situación.

—Sí, discúlpame, soy una amiga de Javier. Creo que lo que le pasa es que se está desahogando. ¿Y vos quién sos?

—Su mejor amigo.

Javier le había hablado de Dani mientras iban en el coche rumbo a Santa Cruz. Muriel se había alegrado de que Javier por fin tuviera un amigo homosexual.

—Entonces vos sos Dani. Yo soy Muriel. Encantada.

Javier fue recuperando la compostura poco a poco y le pidió el teléfono a la argentina. Se lo colocó en el oído de nuevo y empezó a hablar.

—Dani, hay una cosa que nunca te he contado. Muriel, tú también deberías escuchar. Me apetece compartirlo contigo también aunque ya tengas tus sospechas — dijo Javier.

Y les contó el acoso que había sufrido durante siete largos años de su vida. Muriel le sujetaba la mano con fuerza mientras Javier se sinceraba. Dani no pudo evitar que una lágrima le resbalara por la mejilla.

Al día siguiente, Javier se decidió a bajar al pueblo. Fue caminando por la acera que tantas veces había recorrido para, sobre todo, ir al colegio. Andaba despacio y, a cada paso que daba, un recuerdo de su niñez aparecía en su cabeza. Vio una lagartija suicida cruzando la carretera y se acordó de cómo los niños se divertían observando la cola del animal retorcerse después de haberla seccionado del cuerpo. Había algo diabólico en los singulares estertores del apéndice del lagarto. Sus hipnotizadores movimientos parecían maldecir a aquellos que habían osado maltratar a su dueño. A Javier le pasaba lo mismo cuando sufría el acoso de sus compañeros. Siempre tuvo la esperanza de que, si no era él, la vida les devolvería el daño causado, y les maldecía secretamente esperando que sus ruegos fueran escuchados. Pero nunca pasó nada. La historia se repetía una y otra vez. Observó que habían construido una pequeña avenida para que los coches pudieran cruzar al otro lado sin tener que atravesar el pueblo. Pero al otro lado de la nueva calzada, seguía habiendo un campo virgen donde se celebraban campeonatos y exhibiciones de motocross. La zona, denominada comúnmente por todos como «campo de barro», debido a que las lluvias convertían la tierra en fango, era el lugar favorito de su antiguo profesor de gimnasia para mandar a los niños a correr. Javier odiaba la gimnasia. Era la única asignatura que suspendía, lo que se convertía en otro motivo de burla de sus compañeros. Daban vueltas al campo hasta completar un kilómetro y la mayoría del tiempo Javier iba caminando mientras pensaba en lo absurda que era aquella asignatura. No sólo le parecía injusto que puntuara en la media de su paso por EGB, lo que hacía descender su nota, sino que aquellos niños que superaban las pruebas con una atractiva calificación, estaban mejor considerados dentro de su grupo social que aquellos que sobresalían en lengua o matemáticas. Mientras observaba el «campo de barro», o campo de concentración, como le gustaba definirlo a él, recordaba las innumerables veces que le habían puesto la zancadilla, manchándole de barro, o le habían bajado los pantalones para disfrute del resto de la clase. Le vino a la mente la imagen de su profesor de gimnasia. Era un hombre que superaba la treintena del que todas las niñas estaban enamoradas. No era para menos, Ricardo destacaba por su incuestionable atractivo. Pero parecía que se la tenía jurada a Javier. Le machacaba más que a los otros niños, posiblemente porque era el peor de la clase, pero la psicología que utilizaba estaba lejos de las nociones de pedagogía que hoy se han erigido como importantísimas en la educación escolar. A sus veintisiete años, Javier estaba seguro de que Ricardo era más homófobo que sus jóvenes compañeros.

Torció a la izquierda para pasar por delante del colegio. Nada más verlo, una oleada de rabia, tristeza y dolor se le concentró en el estómago. Observó el edificio principal, una construcción de dos plantas en las que apenas había espacio para ocho

aulas. Los Tajinastes tenía un problema con las instalaciones dedicadas a la enseñanza, y es que las clases estaban repartidas por el pueblo y se trataba de garajes sin ventilación y con una iluminación pobre. Después de años de protesta, el proyecto del nuevo colegio parecía satisfacer las necesidades de los habitantes. Nada más lejos de la realidad. Todo nuevo, sí, pero insuficiente. Fue hasta la puerta de entrada para ver si estaba abierta. Empujó suavemente y cedió con facilidad. Entró en el recinto y vio las canchas de baloncesto y fútbol que se encontraban a la izquierda y detrás del edificio, respectivamente. Pero no quiso ir porque no le apetecía recordar más malos ratos derivados de las horas de gimnasia. La puerta doble de la entrada del edificio principal estaba abierta, y Javier fue hacia ella con la esperanza de que no hubiera nadie por los pasillos y así poder entrar. Tuvo suerte. Lo primero que se veía era la secretaría que, como siempre, estaba vacía. A la derecha estaban los servicios y a la izquierda las cuatro primeras aulas. A su lado se elevaban las escaleras que llevaban al piso superior. Javier las subió acariciando con su mano los azulejos verdes, que recordaban más a un hospital que a un centro escolar. Sabía que a la izquierda estaba la biblioteca, una pequeña habitación con no más de doscientos libros cuyo mejor usuario fue él. Se acordó del certamen de relatos en torno al día del libro que ganó, y su premio fue un lote de novelas. Frente a él estaban los servicios de aquella planta y a la derecha estaban las otras cuatro aulas. La última de la izquierda era la suya. Fue hasta allí. Cuando llegó, oyó a una profesora dando las oportunas explicaciones del temario aprobado de su asignatura. Javier creyó que se trataba de una clase de matemáticas. Observó por el pequeño cristal que había en la parte superior de la puerta y constató que, a pesar de los decorativos murales hechos con cartulinas de los nuevos alumnos, todo seguía igual. La misma pizarra, los mismos pupitres, las mismas persianas, los mismos muebles. La profesora en cuestión sostenía una escuadra de madera y trazaba una línea en la pizarra con la ayuda de una tiza blanca. Entonces, Javier se acordó del episodio más humillante y devastador de toda su infancia. Un caluroso día de mayo, Javier lo recordaba bien porque era la primera ola de calor que experimentaba en su vida, su profesor de lengua enfermó y no pudo asistir a clase. La que entonces fuera profesora de historia, la señorita Begoña, como la llamaban los alumnos, se acercó a la clase y les dio la noticia a los niños. Explicó que su maestro no podía asistir por encontrarse mal e instó a los alumnos a que aprovecharan aquella hora libre para hacer algunos deberes o estudiar lecciones para los inminentes exámenes de la tercera evaluación. Les dijo que estaría en la planta de abajo, de guardia, por si alguno necesitaba algo. Después de que se fuera, los niños empezaron a hacer corrillos y a chismorrear sobre cualquier tema que les llamara la atención. Las niñas empezaron a hablar sobre el cantante de moda, Glenn Medeiros y su éxito Nada cambiará mi amor por ti. Los niños preferían comentar las últimas andanzas de Michael Knight y su «coche fantástico». Javier sacó un libro de su

mochila y se sentó tranquilamente a leer en su pupitre. Cuando los niños se aburrieron de los temas de conversación, todos, influenciados por Rayco, decidieron que tenían que hacer algo para divertirse. Y qué mejor manera de encontrar algo de entretenimiento que hacer sufrir a Javier. Un grupo de cinco fueron hacia él y se colocaron frente a su mesa. Javier no levantó la mirada. Deseó poder esfumarse pero sabía que era imposible. Además, sólo lograría darles más razones para justificar lo que fueran a hacer. Así que optó por ignorarlos. Pero no podía. Sabía que estaban tramando algo. Intentó concentrarse en la lectura pero no entendía nada, por lo que leía una y otra vez el mismo párrafo. El corazón empezó a latirle más deprisa y las manos comenzaron a temblarle. Su nerviosismo se trasladó al libro que sostenía, haciendo más visible su estado. Varias gotas de sudor empezaron a caerle por la frente y tuvo unas ganas tremendas de mear.

—¿Qué lees marica? —dijo Rayco.

Sin mirarlos, Javier les mostró la cubierta del libro.

—¿Es que no sabes hablar? —dijo Rayco—. ¿No eres el empollón de la clase?

Javier no contestó. Puso el libro de nuevo ante sus ojos aunque no pudo seguir leyendo. El miedo se lo impedía.

—¡Levántate! —ordenó Rayco.

El resto de la clase se giró hacia el rincón donde estaba el pupitre de Javier. No se habían dado cuenta de que algo se estaba tramando allí. Javier negó con la cabeza.

—He dicho que te levantes —dijo Rayco acercándose a la cara de Javier.

Javier se levantó con dificultad pues el pánico se había apoderado de su cuerpo y le agarrotaba los músculos. Su mesa estaba cerca de la puerta. Contempló la idea de salir corriendo, pero en su estado y con tantos niños en su contra, sabía que no tardarían en darle alcance. Ellos corrían mucho más rápido. Rayco le cogió las manos y tiró con fuerza de ellas. Javier se dobló hacia delante y su cara chocó con brusquedad contra la dura mesa de madera. Notó cómo dos alumnos le agarraban de cada brazo y alguien le presionaba la cabeza contra el pupitre. Javier se echó a llorar. No sabía qué se disponían a hacer pero sí tenía la certeza de que no iba a ser agradable. Tenía la mejilla hundida y el pecho aprisionado contra el borde de la mesa que, unido a su llanto, le impedía respirar con normalidad.

—No llores, sabemos que esto te va a gustar.

Oyó un ruido cerca de la pizarra. Alguien había cogido algo de allí. Dos manos le bajaron los pantalones y los calzoncillos, dejándole desnudo de cintura para abajo. Luego otros dos alumnos le agarraron por las piernas, de la misma forma en que le habían cogido de los brazos, y se las separaron.

—Ábrete maricón —dijo Rayco.

Javier vio cómo un niño le tendía a Rayco una de las enormes reglas de madera que usaban los profesores para dibujar en la pizarra. Al instante, notó la dura madera

entre sus nalgas. Una de las partes puntiagudas del enorme cartabón se introdujo bruscamente en su ano, causándole un dolor espantoso. Javier gritó, lo que motivó a Rayco a profundizar más en su ataque. Sacó el cartabón lleno de sangre e introdujo la escuadra. Repitió la operación varias veces. Javier le rezó a Dios para que se lo llevara con él y dejar así de sufrir aquel dolor infernal. Por más que gritaba, ninguno de sus compañeros hizo nada por evitar aquella barbarie. Alguien oyó ruido por el pasillo y alertó a sus compañeros de la posibilidad de que algún profesor se estuviera acercando. Rápidamente, soltaron a Javier, que cayó al suelo como sin fuerza, y tiraron las reglas a la calle por la ventana. Javier se levantó apoyándose en la mesa y se subió los pantalones lentamente. Con el miedo como único motor, salió corriendo del aula justo cuando una de sus compañeras entraba. La falsa alarma que había provocado aquella niña le proporcionó a Javier la oportunidad para escapar. Con las piernas abiertas, avanzó como pudo por el pasillo y bajó las escaleras. A punto estuvo de tropezar y caerse, pero se agarró al pasamanos con fuerza y siguió bajando. Llegó a la sala de profesores y buscó a la señorita Begoña, que encontró sentada en una silla disfrutando de un café. Se acercó a ella y empezó a gritar como un loco. Estaba fuera de sí.

—¿Qué ocurre? —dijo Begoña.

—Yo... Los niños... me han... —intentó explicarse Javier. El llanto y la vergüenza no le dejaban explicarse.

La profesora hizo que Javier se sentara e intentó que se calmara para que le contara qué había pasado. Javier no podía sentarse. Cuando le dijo lo que había ocurrido, Begoña se limitó a tranquilizarle diciéndole que aquello eran cosas de críos. Lo único que hizo aquella maestra fue castigar a los responsables a quedarse una hora después de las clases. No avisó a ninguno de los padres ni comentó lo sucedido con el resto de profesores. En definitiva, nadie hizo nada y aquel trágico suceso quedó como otra de las chiquilladas de los niños del colegio.

Javier se separó de la puerta. Se dio cuenta de que estaba llorando. Bajó las escaleras y salió del colegio pensando en la terrible experiencia y en la actitud de la maestra. Aquella mujer no se merecía dar clase. Tenía que haber denunciado los hechos. La impotencia que sentía le quemaba las entrañas y tuvo ganas de ver arder aquel edificio en el que tanto daño había sufrido.



A pesar de estar ya en la calle, Javier siguió corriendo, como queriendo alejarse de aquellos malos recuerdos. Se preguntaba por qué había entrado en el colegio, sabiendo lo mal que lo había pasado. Supuso que creía haber superado todo aquello pero los sentimientos que le invadían le decían todo lo contrario. Cuando creyó estar lejos, aminoró la marcha y anduvo más despacio, reflexionando sobre cómo afectaban todas aquellas experiencias a su vida después de tantos años. Y encontró respuestas, evidencias que le atenazaban el pecho, porque supo de inmediato que algunos de sus problemas psicológicos hundían sus raíces en aquella época. Tuvo la certeza de que su baja autoestima era consecuencia de los malos tratos que sufrió durante su etapa escolar y del trato humillante de su padre. Supo que sus problemas nerviosos, que se caracterizaban porque nunca podía estarse quieto, aunque estuviera dormido, eran debidos a aquella etapa. Le costaba conciliar el sueño y durante mucho tiempo se meó en la cama, síntoma inequívoco de que algo malo le ocurría, y sólo dejó de hacerlo cuando cumplió los dieciséis años y estaba cerca de largarse de la isla. Pero su mayor problema, la claustrofobia, era la peor consecuencia de todas. Ahora se daba cuenta de que su miedo a los espacios cerrados provenía de todas aquellas veces en que se sintió rodeado y sometido. Aquel pueblo de mierda le había condenado de por vida a tener miedo y todos, absolutamente todos, eran culpables. Los niños por sus desquiciadas artimañas, y sus padres por no haber hecho nada para evitarlo.

Llegó hasta el pequeño paseo marítimo que había al final del pueblo. Se sentó en el muro de piedra y se quedó mirando la quietud de las aguas del océano. Deseó sentirse como ellas, así que dejó que el suave ruido del oleaje calmara su nervioso estado. Cerró los ojos para aumentar la sensación de paz y sintió el calor del sol en su piel como un manto que le arropaba y le hacía sentirse seguro. Más tranquilo, observó a la gente que disfrutaba de un buen baño en las frías aguas de Atlántico. Luego se fijó en el muelle que había allí cerca y vio a los aficionados pescadores que intentaban sin éxito conseguir alguna pieza. Lo que minutos antes le había parecido un infierno, ahora se le antojaba relajante. Javier pensó que no había mejor terapia que pararse a sentir la vida de la costa. Si había algo que echaba de menos en Madrid era la playa. Oyó un pequeño griterío. Se giró y vio cómo algunos surfistas salían del agua decepcionados por la ausencia de olas aquel día. Javier lo sintió por ellos pero aquella tranquilidad le había venido muy bien. Sacó un cigarro y lo encendió mientras observaba a los surfistas recogiendo sus cosas. Luego, subieron por la arena hasta el paseo, con la tabla bajo el brazo, muy cerca de donde Javier se encontraba. Los surfistas siempre le habían parecido unos chulos que trataban de impresionar con sus cabriolas sobre el agua. Además, encontraba ridículo todo el lenguaje que

utilizaban: por ejemplo, cuando alguien que no era del pueblo usaba la playa para coger olas, se acercaban al incauto, extendían sus brazos, con los dedos pulgar y meñique abiertos y el resto recogidos sobre la palma, y soltaban por su boca la expresión «only local», haciendo referencia a su ficticio derecho de usar la playa en exclusiva. Giró de nuevo la cabeza para plantar su mirada sobre la espuma que se formaba en la orilla. Le dio una calada al cigarro imaginando que de la espuma salía una moderna Venus y le llevaba al reino de los dioses. Sonrió. Nada le hubiera gustado más que vivir en un Olimpo contemporáneo lleno de atenciones y abundancias de todo tipo sin preocuparse por los males que le atormentaban. Tiró la colilla al suelo y la aplastó con su pie derecho antes de levantarse. Se estiró suavemente para desentumecer los músculos y echó a andar, pasando al lado de los surfistas. Sus cuerpos morenos y tonificados y el pelo quemado por el sol hicieron que Javier se plantease la posibilidad de dar una oportunidad a aquellos acróbatas del agua. Se rió para sus adentros y pasó de largo.

—¿Javier? —gritó alguien.

Javier se detuvo. No reconocía la voz que le llamaba. Dudó entre darse la vuelta o seguir andando como si no hubiera oído nada, pero esto último no hubiera sido una opción creíble porque se había detenido. Se giró y vio que uno de los surfistas caminaba hacia él. Javier nunca tuvo amigos, a excepción de la breve pero intensa relación con Muriel, pero mucho menos había contado con las simpatías de algún surfista. Como el sol le daba de frente, no pudo ver bien de quién se trataba hasta que no lo tuvo delante y su cuerpo le hizo de pantalla. No le reconoció.

—¿Javier? ¿Eres tú? —dijo el surfista.

En milésimas de segundo, Javier hizo memoria e intentó colocar la imagen de aquel hombre en su vida, pero no lo consiguió.

—¿Te conozco? —preguntó Javier.

—¡Claro! ¡Vamos juntos al colegio.

Una voz de alarma se disparó en la cabeza de Javier. De su colegio sólo guardaba malos recuerdos y no tenía ningún amigo.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy yo, Manuel.

Javier estuvo a punto de caerse de espaldas. Ahora sí que le ubicaba. Había cambiado mucho, era cierto, pero aún conservaba su peculiar nariz y los ojos más bonitos de todos los alumnos. Pero donde mejor le recordaba era tendiéndole las reglas a Rayco para que se las introdujera en el ano.

—¿Qué tal estás? —dijo Manuel.

Javier tuvo ganas de echarse a reír. Estaba claro que no le bastaba todo lo que había hecho en el colegio, también tenía que volverle loco años después.

—¿Qué coño te pasa? —dijo Javier. Manuel no esperaba esa respuesta y su cara

le delató. Su contrariedad hizo que Javier se afanzara en su bordería y continuara hablándole con desprecio—. ¿Qué quieres? ¿Vas a meterme más reglas por el culo, es eso? —continuó Javier alzando cada vez más la voz.

Manuel levantó las manos para tranquilizar a Javier, pero él lo confundió con un gesto agresivo. Se puso a la defensiva, dando un paso hacia atrás y colocando las manos delante de él para esquivar cualquier golpe que pudiera asestarle.

—¡No se te ocurra tocarme, hijo de puta! —gritó Javier.

—No quiero pegarte —dijo Manuel sorprendido—. Sólo quería saludarte.

—¡Vete a la mierda! —chilló Javier.

Se dio media vuelta y salió corriendo por el paseo. Cuando tuvo la oportunidad, dobló la primera esquina y desapareció de la vista de Manuel.

—¿Javier? ¿Te apetece ir a la playa?

Era la primera vez que su hermano le llamaba por teléfono. Y era también la primera vez que Sebastián quería hacer algo con él. Por supuesto, dijo que sí, y quedaron en que le recogería con el coche en media hora. Javier metió en su bolsa de mano una toalla, crema solar, las gafas de sol, dinero y tabaco. Luego, se cambió de ropa y se puso el bañador, unos pantalones cortos, una camiseta y unas cholas. Como aún quedaban diez minutos para que su hermano le recogiera, fue a la azotea, donde estaba su madre tendiendo la ropa, y le preguntó si quería algo de la calle.

—¿Dónde vas? —dijo.

—Voy a la playa con Sebastián, ¿por...?

Su madre esbozó una sonrisa. Uno de los mayores miedos de Teresa era que sus hijos no se hablaran cuando ella ya no estuviera, por eso había insistido tanto para que Javier les visitara. Y se alegraba porque, por lo menos, los dos hermanos estaban tratando de recomponer una relación abandonada mucho tiempo atrás.

—No, nada. Pásalo bien.

—Gracias.

Javier bajó las escaleras y decidió esperar a su hermano en la calle mientras se fumaba un cigarrillo. Sabía que tenía que dejar el vicio, hacía tiempo que notaba el pecho cogido, pero su ansiedad era más fuerte que su voluntad. No creía a nadie que le dijera que podía dejarlo cuando quisiera. El tabaco era muy adictivo y Javier era consciente de que necesitaría ayuda especializada cuando decidiera dejarlo definitivamente. Sólo esperaba que le diera por erradicarlo de su vida antes de tener que lamentar alguna desgracia.

Qué ganas tenía de ir a la playa. Le encantaba meterse en el agua y nadar. En Madrid había ido a la piscina cuando el calor era tan sofocante que, o metía la cabeza bajo el agua o se volvería completamente loco. Pero no era lo mismo. El agua del mar tenía algo especial. Le llenaba de vitalidad y de paz. Oyó el ruido de un motor y vio el coche de su hermano acercándose. En el asiento del copiloto iba Yurena y detrás había un hombre que Javier no reconocía. Abrió la puerta trasera y se sentó al lado del desconocido.

—Javier, él es Gabriel, el hermano de Yurena. Gabriel, él es mi hermano Javier —les presentó Sebastián.

—Encantado —dijo Javier.

—Y yo —dijo Gabriel mirándolo de arriba abajo.

Javier se sintió incómodo durante todo el trayecto. Gabriel le hacía todo tipo de preguntas pero lo que más le molestaba era su incesante coqueteo, delante de su hermano, y su mirada lasciva. Cuando se bajaron del automóvil y llegaron a la playa,

Javier esperó a que todos colocaran sus toallas para evitar ponerse al lado de Gabriel. Se colocó cerca de Yurena, que había puesto su toalla al lado de Sebastián y éste a continuación de Gabriel. Ni corto ni perezoso, Gabriel se levantó, sacudió su toalla y la extendió al lado de la de Javier.

«¡Mierda!» pensó.

—¡Vamos al agua! —dijo antes de que Gabriel le acribillara de nuevo a preguntas.

—¡Síiii! —dijo Gabriel con un gritito y se fue corriendo hacia el mar.

Como no quería crear tensión, suspiró y caminó hasta la orilla. Cuando sintió el agua helada en los pies, se olvidó de todo el mundo. Parecía que en toda la playa sólo estuviera él. Cerró los ojos y aspiró el salado aroma del océano. Se sintió tan relajado que casi se duerme de pie. Cuando abrió los ojos, se encontró de cara con Gabriel.

—¡Ah! —gritó Javier asustado. Luego, intentó disimular—. ¿Ahí hay medusas? —dijo señalando el agua.

—No cari, no te preocupes —dijo Gabriel cogiéndole el brazo y arrastrándolo al interior del agua.

«¿Pero qué he hecho yo para merecer esto?» pensó mientras se dejaba llevar por Gabriel.

Ya dentro del agua, cuando se hubo acostumbrado a la temperatura, Javier se alejó a nado. Nadaba muy bien. Le gustaba mucho y en Madrid, siempre que podía, lo practicaba en alguna piscina, pero le gustaba más la sensación de libertad que daba el mar. Dio la vuelta y regresó al sitio donde le esperaba Gabriel.

—Nadas muy bien. No me extraña que tengas ese cuerpazo —dijo—. ¿Te has dado cuenta de lo bien que suenan nuestros nombres?

Gabriel y Javier. Javier y Gabriel. Parecía el título de una horrible novela rosa. Sin embargo, a juzgar por su cara, Gabriel estaba encantado.

—Oye, voy a hacer otro largo —dijo Javier.

—Te espero —contestó Gabriel.

Javier salió nadando de nuevo. Ahora entendía la decoración de la casa de su hermano. Era de un gusto impecable, eso sí, pero conociendo al decorador, entendía muchas de las cosas que había visto allí. Cuando regresó de nuevo, allí seguía Gabriel tiritando de frío. Javier se apiadó de él y le invitó a que salieran del agua. Fueron hasta las toallas y se tumbaron, Javier, boca arriba; Gabriel, boca abajo. Cuando Javier abrió los ojos vio que Gabriel le miraba descaradamente el paquete. Se dio media vuelta. La descarada actitud del hermano de Yurena le ponía nervioso. No estaba acostumbrado a que fueran tan directos con él, pero tampoco le hacía ninguna gracia que Gabriel le tirara los tejos. Existían dos razones fundamentales: la primera, Gabriel no era del gusto de Javier; y la segunda y más importante, si le decía algo fuera de tono para detener su comportamiento, lo más probable era que se lo dijera a

su hermana, ésta se lo diría a Sebastián y éste se enfadaría con él. Así que aguantó estoicamente todos los intentos y el flirteo de Gabriel. Cuando a Sebastián se le antojó un helado y preguntó si alguien más quería, Javier se levantó de un salto y se ofreció a ir con él.

—Yo también voy —dijo Gabriel.

—¡No...!, te molestes —dijo Javier disimulando de nuevo su brusca reacción.

Javier cogió a su hermano y lo empujó para que se fueran de allí antes de que Gabriel pasara por alto su recomendación. Sin poder evitarlo, Javier suspiró.

—¿Estás bien? —dijo Sebastián.

Javier se dio cuenta de que su suspiro había dicho más de lo que él creía.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estar bien? —dijo atropelladamente.

—¿Te cae mal Gabriel? —dijo Sebastián muy serio.

—No, qué va —se apresuró a decir Javier.

Sebastián se echó a reír. Javier le miró intrigado.

—No pasa nada. Gabriel es... intenso —dijo su hermano—. Pero gracias a él soy más tolerante. Además, el cabrón monta unas fiestas de puta madre.

Ambos se echaron a reír. Sebastián le pasó una mano por los hombros a Javier y le apretó con fuerza.

—Me alegro de que estés aquí —dijo.

Javier no podía creer que su hermano, con el que había tenido tantas discusiones y peleas, se mostrara ahora tan cariñoso con él. Javier sintió que debía sincerarse.

—La verdad Sebastián, estoy sorprendido. Jamás hubiera pensado que actuarías así conmigo.

—No me extraña. Pero he cambiado. Hace algunos años fui al psicólogo. Me sentía deprimido y no tenía ganas de hacer nada. Fue Yurena quién me aconsejó que fuera.

—No lo sabía. Mamá no me dijo nada.

—Le pedí que no lo hiciera. Después de muchas sesiones, descubrí que no haberte defendido cuando me necesitabas me estaba consumiendo por dentro. Quise llamarte pero tenía miedo de tu reacción. Ahora que estás aquí y veo cómo has aceptado mis disculpas sin objeciones, me doy cuenta de que tú eres mejor persona de lo que yo seré jamás.

—No digas eso. Me alegro de tener por fin un hermano.

Javier y Sebastián se abrazaron. La dicha de ambos era tan grande que no importaba lo demás. Javier supo entonces que se había quitado un peso de encima y que aquella parte de su vida había desaparecido como las nubes arrastradas por el viento. Pero la felicidad sólo duró un momento porque Javier necesitaba sacar otro tema peliagudo.

—¿Sabes qué le pasa a Rosa? —dijo.

Sebastián suspiró. Él prefería que su hermano hablara con ella, pero sabía que Rosa no lo iba a permitir.

—Carlos es el segundo esposo de Rosa.

—¿Se ha casado dos veces? ¿Y el primero? —dijo Javier imaginándose que había muerto en algún accidente o de alguna enfermedad horrible. Pero no veía qué relación podía tener aquella desgracia con él.

—Pilló a Eduardo, su primer marido, acostado en la cama con otro.

—Perdona, ¿has dicho con otro? —dijo Javier.

Sebastián asintió.

—Por eso ahora no puede ver a ningún homosexual cerca. No conoce a Gabriel. Y tú le recuerdas la infidelidad de su marido.

—Pero eso es injusto. Yo no tengo nada que ver.

—Lo sé Javier —dijo su hermano—. Se lo hemos dicho millones de veces. Pero sigue en sus trece. Y se niega a buscar ayuda profesional.

—¿Por qué no supe nunca nada de todo esto? —se quejó Javier—. ¿Por qué me mantuvisteis al margen?

—Sólo te puedo dar las razones por las que yo quise mantenerte al margen. No quería que te compadecieras de mí. Quería recuperar nuestra relación y que se basara en sentimientos reales. Y eso sólo era posible si volvíamos a vernos.

—Hablas como un psicólogo —dijo Javier sonriendo.

—Bueno, es que estoy estudiando psicología —contestó Sebastián—. Hace años que terminé la secundaria y ahora estudio a distancia.

—¡Eso es genial! —dijo Javier con sinceridad.

—Después de visitar al psicólogo, supe qué era lo que quería hacer con mi vida.

—Me alegro por ti. Ya notaba yo que no hablabas como antes. Pareces más...

—¿Culto?

—Sí. No te enfades por favor.

—Ven aquí, cabroncete —dijo Sebastián cogiendo a su hermano por el cuello y frotándole la cabeza con el puño.

Se fueron riendo hasta la tienda de helados y celebraron con dulce el comienzo de una auténtica relación de hermanos.

Después de pasar el día entero en la playa, Javier durmió como nunca. Siempre le había costado conciliar el sueño, pero esa noche se quedó dormido en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. Cuando despertó, no se acordó de lo que había soñado, pero tenía la sensación de que había sido un sueño muy agradable. Se levantó de la cama con un ánimo inusual y se metió en la ducha. Había llegado tan cansado por la noche que no se preocupó de quitarse la sal del cuerpo. Lejos de molestarle, Javier durmió con el intenso olor como quien duerme con sábanas de raso fundidas con la piel. Después de asearse, fue a la cocina. Allí estaba su madre.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—Estupendamente —contestó Javier con una sonrisa.

—¿Qué hiciste ayer? Llegaste tarde.

—Te lo dije, me fui a la playa con Sebastián. Y ya soy mayorcito para que controles a qué hora llego —le reprochó su hijo de broma.

—La costumbre, hijo, la costumbre —rió Teresa.

Javier desayunó con su madre, que también se acababa de levantar, y conversaron sobre lo que habían hablado Sebastián y él.

—Yo te lo quería contar, pero me lo prohibieron terminantemente —dijo Teresa—. Cuando tus hijos te prohíben algo es que ya eres una vieja.

—Pero qué dices. Si estás estupenda. Ahora hablemos de nosotros —dijo Javier cogiendo a su madre por sorpresa.

Después de su charla con Sebastián, Javier había tomado la determinación de hablar seriamente con cada uno de los miembros de la familia, empezando por su madre. La había elegido a ella porque sabía que iba a ser más difícil acceder a Rosa y porque su padre le daba pánico.

—Dejémoslo claro de una vez por todas. Soy gay. ¿Qué sientes? —dijo Javier con una inusitada valentía.

Teresa no sabía qué decir. Tenía la esperanza de que su hijo entrara en razón algún día pero estaba claro que no era así. Sin embargo, lo intentó una vez más.

—Eso es una etapa. Ya verás cómo se te pasa.

—Mamá, tengo veintisiete años, no es ninguna etapa. Soy así. No te pido que lo entiendas o que lo comprendas, sólo quiero que me aceptes como soy.

—No puedo hacerlo —dijo Teresa.

—No lo entiendo. Es algo que me incumbe sólo a mí, ¿por qué os molesta tanto? —dijo Javier alzando la voz.

—¡Porque no es normal! —gritó Teresa.

Se hizo un silencio. Ambos se quedaron callados. Teresa miraba la taza que tenía en frente con el café y Javier la miraba a ella.



—Lo que no es normal es que un hijo reciba un maltrato semejante —dijo Javier.

Se levantó y salió de la cocina. Cogió las llaves y bajó la escalera para salir a la calle. No lo comprendía. Él nunca se metería en la vida sexual de nadie y menos en la de sus padres. ¿Por qué tenía tanta importancia para todo el mundo? Hasta las madres de los asesinos amaban incondicionalmente a sus hijos porque, aunque sabían que habían obrado mal, su amor estaba por encima de las convenciones sociales. Era algo que no se podía explicar. Javier supo que jamás entendería la actitud de sus padres ni por qué se lo habían hecho pasar tan mal por una cosa tan insignificante. La homosexualidad es sólo una parte de la personalidad de alguien, no es algo que le defina completamente.

Javier sacó su teléfono y llamó a Dani. Al tercer tono, su amigo descolgó.

—Hola, ¿qué tal? ¿Mejor? —dijo Dani.

—Sí, gracias. Siento no haberte llamado antes. Has debido estar muy preocupado.

—No tanto. A ver si te crees que sólo pienso en ti. Yo también tengo mi vida ¿sabes? —dijo Dani irónicamente.

Pero era sólo una fachada. Desde que Javier le había contado todo el acoso que había sufrido, Dani no había podido pensar en otra cosa. Ahora comprendía por qué era tan triste cuando le conoció. Una infancia difícil se arrastra durante toda la vida y si Dani hubiera sabido qué le había pasado, no habría frivolidado con su forma de ser.

—Te agradezco que me hayas escuchado —dijo Javier.

—¡Hey! ¿Para qué están los amigos? —dijo Dani.

Javier le contó todo lo que había hablado con su hermano los dos días que se habían visto. Dani se alegró mucho de que las cosas se estuvieran arreglando tan fácilmente. Aunque cambió de opinión cuando supo cuál había sido la reacción de Rosa al ver a su hermano y el porqué había actuado de aquella manera. Luego le contó la charla que había mantenido hacía pocos minutos con su madre.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Javier.

—Con tu hermana no tengo ni puta idea —empezó a decir Dani—, y con tu madre no puedes hacer nada más. Has querido hablar claro y no ha entrado en razones. Lo único que te puedo decir es que a lo mejor tu hermano puede interceder por ti.

—No lo había pensado —dijo Javier—. Pero no sé si me apetece meter a mi hermano en esto. No quiero que piense que me estoy aprovechando de la nueva coyuntura.

—¡Qué tontería! —dijo Dani—. Es tu hermano y te ha dejado claro que quiere ayudarte. ¡Déjate de tonterías, maricón!

—Bueno, lo pensaré. ¿Tú cómo estás? —dijo Javier.

—Como siempre. Trabajando, sin sexo a la vista y con unas incontrolables ganas de fumar. Poca cosa.

Dani había dejado de fumar antes de que Javier se fuera a Tenerife. Su amigo estaba seguro de que no lo conseguiría, estaba mucho más enganchado que él, pero le sorprendió que aún no hubiera caído en la tentación.

—¿Seguro que no has fumado nada?

—Ni una triste colilla. ¿Acaso no te fías de mi palabra? —dijo Dani con fingida afectación.

—La verdad, no mucho —rió Javier.

—¡Putá! Te dejo que tengo que hacer como que trabajo. Un beso.

—Un beso. Adiós.

Javier colgó mientras sonreía. No sabía qué haría si no contara con el apoyo de su amigo del alma. Pensó durante un momento en qué ocupar su tiempo. Decidió bajar al pueblo a comprar algún libro e irse a la playa a leerlo bajo la luz del sol. Tardó diez escasos minutos en llegar a una librería que había en el centro del pueblo. En realidad, era una papelería que tenía algún que otro libro. Se dio cuenta de que habían convertido la calle central del pueblo en peatonal. Entró en la tienda y comenzó a ojear los ejemplares que tenían. Cogió algunos y leyó las contracubiertas para ver si le atraían. Al final se decidió por uno que sabía que le iba a gustar, la última novela de una serie protagonizada por un detective de homicidios americano. Lo llevó hasta el mostrador y lo colocó encima para poder sacar la cartera.

—Son ocho con noventa y cinco —dijo la dependienta.

Cuando Javier levantó la vista, reconoció a la mujer que estaba detrás del mostrador. Era Begoña, la profesora. Javier se quedó un rato observándola sin saber qué decir. Begoña le miró extrañada.

—Ocho noventa y cinco —repitió.

—Sí, perdone —dijo Javier reaccionando.

Le dio un billete de diez euros y salió de la librería sin esperar el cambio. La dependienta le gritó para que cogiera su vuelta pero él le dijo que se la quedara. Caminó deprisa por si a aquella mujer se le ocurría salir a la calle e ir en su busca. No sabía muy bien por qué había reaccionado de aquella manera. Tal vez no quería que le reconociera porque, en ese caso, tendría que conversar con ella. Y si Begoña hablaba con él como si no hubiera pasado nada, entonces sería capaz de saltar por encima del mostrador y estrangularla. Tampoco sabía qué hacía esa mujer tras un mostrador cuando se suponía que era maestra. Javier se limitó a sacudir la cabeza para olvidar el tema. Pero una cosa sí sabía. No iba a entrar nunca más en aquella papelería. Fue caminando hasta la playa y se sentó en la arena con la espalda apoyada en el muro del paseo. Abrió el libro y se dispuso a disfrutar de las nuevas aventuras de su detective favorito. Le gustaba mucho la novela negra. Sus personajes se asemejaban a él, se sentía muy identificado con ellos. Llevaba ya media hora leyendo cuando una sombra le oscureció las páginas del libro. Miró hacia arriba y descubrió a

Manuel. Su cuerpo de surfista mojado por el agua salada y su piel morena hacían que pareciera un dios canario. Sus ojos verdes le miraban con súplica. Antes de que Javier dijera nada, Manuel se le adelantó.

—Escucha, no quiero hacerte daño —dijo.

Que Manuel contemplara la posibilidad de hacerle daño enfadó a Javier.

—No creo que pudieras —dijo.

Y era verdad. Cuando era joven, su sobrepeso era un lastre a la hora de defenderse contra sus agresores. Pero las clases de baile y la natación habían hecho de él un joven fuerte. Ya no tenía miedo a una paliza. Lo que no quería era que le volvieran a humillar.

—Me estás quitando la luz —dijo Javier.

—Perdona.

Manuel se sentó a su lado.

—No era una invitación —dijo Javier—. ¿Por qué no te vas con tus amigos a coger olas y me dejas en paz? Y de paso, si te ahogas me alegrarías la tarde. Siempre es un placer ver un buen espectáculo.

—¡Vaya! La capital te ha cambiado. Hace años no hubieras dicho nada de eso.

—¿Crees que te tengo miedo, gilipollas? —gritó Javier levantándose.

—No, no. Quería decir que me gusta tu nueva personalidad —dijo Manuel levantándose también.

—Oye, no sé a qué clase de retorcido juego estás jugando pero no voy a picar.

Javier saltó el muro y se fue caminando por el paseo. No dio crédito a lo que veían sus ojos cuando Manuel se puso frente a él.

—¿No he hablado claro? —dijo.

—Escucha, sé que estás enfadado y tienes todo el derecho. Fuimos unos cabrones contigo y estoy seguro de que algunos lo seguirán siendo. Pero yo he cambiado. Sólo quiero pedirte que me perdones.

Javier se empezó a reír. Tuvo la sensación de que aquello era una especie de cámara oculta. No sabía si pasar de Manuel o darle una merecida bofetada.

—¿De qué te ríes? —dijo Manuel.

—¿Que de qué me río? —repitió Javier, y siguió hablando en un tono más serio—. ¿Cómo te atreves a pedirme perdón después de todo lo que hicisteis?

—Déjame que te explique...

—Sólo te voy a hacer una pregunta y me gustaría que contestaras con sinceridad. Si hubiera sido al revés, ¿me perdonarías tú?

Manuel se quedó callado. Bajó la mirada al suelo porque era consciente de que todo lo que le había hecho a Javier era difícil de perdonar.

—Lo suponía —dijo Javier.

Apartó a Manuel con la mano y siguió andando por el paseo. Como no quiso

encontrárselo nunca más, decidió que no volvería a la playa del pueblo.

Por la noche, Muriel y Javier quedaron para tomarse unas cervezas en alguna terraza del pueblo. Bajaron caminando, a los dos les apetecía andar, mientras charlaban animadamente bajo un estupendo cielo lleno de estrellas. Se sentaron en la primera mesa del primer bar que vieron y ambos pidieron un botellín.

—¿Sabes qué? —dijo Javier—. Nunca me he emborrachado en Tenerife.

—¿En serio? —dijo Muriel.

—¡Claro! Me fui de aquí a los diecisiete. Aún no podía beber. O no debía.

—Es verdad. Cómo pasa el tiempo.

Los dos se pusieron a divagar sobre el paso del tiempo y sobre cómo afectaba a las personas. Dado que Muriel era mayor, tenía más cosas que decir sobre el tema. Pero Javier también dio su punto de vista y le recordó a Muriel cómo el tiempo había hecho entrar en razón a su hermano.

—Y no te vas a creer lo que me ha pasado hoy —dijo Javier—. ¿Recuerdas la horrible experiencia que te conté sobre las reglas...?

—¡Uy, sí! No digas más, que me pongo mal sólo de pensarlo —dijo Muriel cogiéndole la mano—, pobrecito.

Javier cogió la cerveza y la levantó para que Muriel brindara con él.

—Por que no se repitan más estas cosas —dijo Javier.

—Eso.

Ambos bebieron de sus botellines y los dejaron encima de la mesa después de soltar un refrescante suspiro.

—¿Qué me ibas a contar?

—Eso. Uno de los cabrones me ha pedido perdón por todo. ¿Qué te parece?

—Pero ¿qué hizo? ¿Te vio y te lo soltó sin más? —preguntó Muriel.

Javier le contó toda la historia, desde la primera vez que le llamó en la playa hasta lo que había pasado por la mañana, sin dejarse ni una coma. Cuando terminó, había bebido tanta cerveza que su botellín estaba vacío. Pidieron otra ronda.

—No sé, por lo que me contás parece bastante sincero.

—Me da igual lo sincero que parezca. No quiero saber nada de él ni de ninguno de los otros.

—No quiero que te enojas, pero igual es hora de que dejes ir tu dolor.

—¿A qué te refieres? —preguntó Javier.

—No creo que sea bueno para vos seguir aferrándote a lo que ocurrió. Es una cagada, lo sé, horrible todo, muy mal, pero nunca lo vas a superar si no dejás que se vaya.

—No es fácil.

—Ya sé —dijo Muriel— pero podés empezar perdonando a ese chico. Vas a ver

cómo después te sentís mejor.

—Lo pensaré ¿vale?

—Ok —brindaron de nuevo y bebieron. Cuando se acabaron los botellines, pidieron otra. Y luego otra—. Creo que estoy empezando a emborracharme por primera vez en la isla que me vio nacer.

—Pará, pará —dijo Muriel cogiendo el móvil y haciendo una llamada—. Gordo, soy yo. Me voy con Javier por ahí, no me esperes levantado. Muchas gracias amor. Te quiero.

—¿Que nos vamos dónde?

—Por ahí. Esta noche te vamos a sacar la virginidad de marcha tinerfeña —dijo Muriel señalándole.

—Vale, pero primero terminemos con esta cerveza —dijo Javier.

Mientras bebía, vio a Alejandro cruzar la calle. Casi se atraganta al verle, pero por fortuna, Alejandro no le vio a él. Iba abrazado a una mujer, pero Javier juraría que no era la misma con la que le vio en el centro comercial de la capital.

—Muriel, ¿has revelado las fotos?

—¡Ah, sí! Salís relindo en el restaurante. Qué pena que te cruzaras con aquel pelotudo.

—Mañana me paso por tu casa para verlas, ¿vale?

Y se fueron de fiesta. Cogieron un taxi y se plantaron en el bar donde doce años antes Muriel le había llevado. Ya no se llamaba Olympus, sino Dante, y lo habían reformado. Habían cambiado la austera decoración de antaño por una más acorde con los tiempos que corrían. Había hasta un pequeño escenario. Pero seguía siendo un bar gay. Nada más entrar vieron a una drag haciendo un playback de la Pantoja. Fueron a la barra y pidieron unas cervezas.

—Vamos a tomarnos un chupito —dijo Muriel de repente.

Dicho y hecho. El camarero sirvió dos chupitos de tequila con sus correspondientes rodajas de limón y sal. Ambos se colocaron la sal en la mano y la chuparon. Luego se bebieron de un trago el tequila del vaso para chupar, inmediatamente después, el limón.

—No mirés ahora —dijo Muriel—, pero desde que entramos hay un chico que no te saca ojo.

Javier no era muy bueno para ligar. Le podían mirar descaradamente que él no se daba cuenta. A no ser que fuera tan exagerado como Gabriel, claro.

—¿Cómo es?

—Está muy bueno —dijo Muriel.

—¿Estás seguro de que me mira a mí?

—Bueno, está mirando hacia acá y seguro que a mí no es.

Javier se puso nervioso. Las pocas veces que había ligado en un bar era porque el

otro había llevado la iniciativa y le había plantado un beso en los morros cuando notaba que Javier era muy tímido.

—Pero, dime, ¿cómo es?

—Alto, morocho... ¿Qué más quieres que te diga? —dijo Muriel—. Ahora, mirá ahora. Está hablando.

Javier se giró y vio, unos metros más allá, al chico. Como si supiera que le estaba observando, se volvió de nuevo a la barra y pilló a Javier mirándole descaradamente. Javier quitó la mirada.

—¡Mierda! —dijo.

—¿Qué pasó? ¿No te gustó? —dijo Muriel extrañada. Interiormente pensaba que si se intercambiaran los papeles durante un rato, no le iba a hacer ascos al muchacho.

—Es el tío que se disculpó esta tarde. El de las reglas —dijo Javier incrédulo.

Javier no sabía dónde meterse. No le apetecía nada que Manuel se acercase a donde ellos estaban. Supuso que el estar allí le convertía en homosexual. O tal vez era un hetero liberado. No, estaba claro que Manuel era gay. Entonces sus maltratos tenían el doble de delito. Le había pegado y humillado por sentir lo mismo que él. Era el colmo. Estaba descubriendo muchas cosas en el poco tiempo que llevaba en la isla, pero aquello superaba con creces al resto. Sin embargo, Javier sentía curiosidad. Le invadieron unas ganas terribles de escuchar la justificación de Manuel a todo lo que le había hecho. Pero sospechaba que cualquier cosa que dijera sólo despertaría la ira que acumulaba en su interior. Recordó entonces las palabras que Muriel le había dicho tan sólo una hora antes. Debía dejar que el dolor y la rabia desaparecieran, no podía estancarse en sus recuerdos.

—¿En serio? —dijo Muriel—. ¿Ese tipo tan bueno te hizo aquello?

—Entonces sólo era un niño, Muriel —dijo Javier—. Y lo peor es que encima es gay.

—Como buena argentina analizaré la situación desde un punto de vista psicológico. Hay tres posibilidades. La primera, puede que lo sintiera de verdad cuando se dio cuenta de lo que era; la segunda, puede que no lo sienta y sólo quiera coger contigo; y la tercera, puede que las dos anteriores sean ciertas. No soy experta en el tema pero creo que la última es la más lógica.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Javier antes de darse cuenta de que lo que había dicho Muriel no tenía sentido.

—Porque te desnuda con la mirada —dijo Muriel como si fuera lo más obvio del mundo.

Pero Javier no lo veía tan claro. Aunque confiaba en el criterio de su amiga, se resistía a pensar que un chico que le había maltratado en su infancia ahora sintiera una atracción por él.

—Joder —dijo Javier—, cuanto más lo pienso, más irreal me parece. Necesito más alcohol.

—¡Marchando! —dijo Muriel llamando la atención del camarero.

Enseguida tuvieron un par de copas. Javier se aferró a la suya como si el hecho de sostenerla le hiciera invisible.

—¿Por qué no hablás con él? —dijo Muriel.

—¿Qué te hace pensar que quiero hablar con él? —dijo Javier.

—Porque si no quisieras ya nos habríamos ido de acá.

Javier lo meditó durante un momento y pensó que tal vez la argentina tuviera razón. No podía creer que se sintiera atraído por Manuel. Pero era cierto. A pesar del pasado, su atractivo moreno de playa y su cuerpo fibrado de surfista bastaban para



girarse cuando pasaba por su lado.

—¡No, no, no! —dijo Javier en voz alta—. No puede ser.

—¡Relájate boludo! —dijo Muriel dándole un suave golpe en el hombro—. Todavía queda noche. Puede que después quieras hablar con él. Vamos a tomarnos otra.

Después de varias cervezas, dos copas y un chupito, Javier estaba oficialmente borracho. Por primera vez en su vida estaba ebrio en su tierra.

—Misión cumplida —dijo Muriel que también estaba un poco piripi.

—¿Sabes qué? Voy a hablar con él.

—¡Así se hace! —dijo Muriel dándole un empujón en la espalda.

Javier perdió un poco el equilibrio y fue trastabillando hasta donde estaba Manuel. Iba acompañado por dos hombres más. Cuando le vio llegar, Manuel bajó la mirada.

—No te hagas el tímido ahora. Llevas mirándome toda la noche —dijo Javier con dificultad. Le costaba pronunciar correctamente.

—Llevo aquí sólo media hora —dijo.

—¿Eh? —dijo Javier sin comprender.

—Que mis amigos y yo llevamos aquí sólo media hora —repitió Manuel.

Javier miró su reloj. Tenían razón, ellos habían entrado hacía veinte minutos. En muy poco tiempo había bebido demasiado alcohol. De pronto se sintió desorientado, como si no supiera dónde estaba ni con quién. Miró de nuevo a Manuel y entonces recordó. Aquel cabrón había hecho que su infancia fuera peor que una película de terror.

—Hola —le dijo a los amigos de Manuel.

—Este es Miguel y él es Víctor. Los conocí en la Facultad.

—¡En la Facultad! ¿Qué estudiaste?

—Bellas Artes —dijo Manuel.

Javier se echó a reír. Se rió tanto que tuvo un pequeño ataque de tos.

—¿Bellas Artes? Es una carrera que requiere mucha sensibilidad. ¿Desde cuándo eres tú tan sensible? ¿O es que se la robaste a alguien a la fuerza? Dime una cosa ¿les metiste también las reglas en el culo a tus compañeros?

Los amigos de Manuel le miraron extrañados, interrogándole con la mirada. Hacía un momento, su amigo le había señalado a aquel tío como uno que le gustaba y ahora ese tío decía unas cosas rarísimas de su colega. Javier se dio cuenta de que los amigos le miraban como si estuviera loco.

—¡Oh! ¿No os lo ha contado?

—Javier, no creo que sea el momento... —dijo Manuel.

—Vuestro amigo aquí presente —le interrumpió Javier— se divertía junto a sus amigos del colegio a mi costa, y una vez tuvieron la genial idea de meterme las reglas

que usan los profesores en el culo. ¿A que es divertidísimo? No entiendo cómo en su momento no le vi la gracia...

Víctor y Miguel miraron a Manuel con el ceño fruncido. Javier observó que Manuel estaba realmente avergonzado y era incapaz de mirar a ninguno de los tres.

—Lo siento, no pretendía... —Javier se llevó las manos a la cara—. Es que no lo entiendo —dijo subiendo el tono de voz—. ¿Por qué lo hiciste?

Manuel no contestó.

—¿Sabes qué? No importa. Mi buena amiga que está ahí —dijo señalando a Muriel— me ha dicho que debo soltar mi dolor. Así que voy a seguir su sabio consejo. Te perdono. Acepto tus disculpas. Es más, venid y tomaros algo con nosotros.

Javier cogió a Víctor de la mano y lo arrastró hasta donde estaba Muriel. Cuando los demás llegaron, hizo las oportunas presentaciones. Todos pidieron otra ronda excepto Javier, que consideró que había bebido suficiente y estaba deseando que se le bajara un poco la borrachera. Hablaron de muchas cosas, de todo menos del colegio. Javier fue al servicio y vomitó. No es que tuviera ganas pero supo que era lo mejor. Se metió los dedos en la boca y se provocó las arcadas. Después, se enjuagó bien la boca y salió de nuevo. Se encontraba mucho mejor. Cuando se puso a charlar con Miguel, notó que estaba más despejado. Después de un rato, Manuel se acercó a Javier.

—Me gustaría hablar contigo.

Javier abrió la boca para contestar cuando un foco se posó sobre él.

—Y aquí tenemos al primer concursante de la noche. Sube al escenario por favor.

En el pub, todos los viernes hacían un concurso de baile. El ganador se llevaba un lote de regalos, cortesía del bar, que incluía una camiseta, unas gafas de sol, un CD, una toalla, una mochila y un MP3. Los concursantes eran elegidos al azar por los empleados del bar y debían participar a riesgo de que los echaran si se negaban. Tenían derecho a elegir la canción que quisieran bailar. Y el primer elegido había sido Javier. El grupo con el que estaba le animó a subir, sobre todo Muriel, que estaba como fuera de sí de la emoción. Al principio se negó pero ante la posibilidad de que los echaran a todos por su culpa, suspiró y fue a la cabina del dj. Preguntó si tenían algo de R&B. Javier había olvidado que en Canarias la música negra se escuchaba mucho. De ahí su pasión por ella. Le pidió al dj que pusiera una canción de Usher. Aunque se moría de la vergüenza, subió al escenario. Cuando se dio cuenta de que no veía a nadie gracias a los focos, se quitó la timidez y se decidió a dar un buen espectáculo. Sonaron los primeros compases de la canción Yeah. Javier se limitó a repetir los movimientos que hacían en clase con aquella canción. Después de diez años bailando en distintos cursos a los que se apuntó, tenía un ritmo y una técnica que dejó a todo el bar boquiabierto. Muriel le miraba extasiada. No sabía que su amigo

tuviera esa pasión cuando bailaba. Pero quien más se sorprendió fue Manuel, que miraba impresionado los movimientos y las piruetas que hacía Javier sobre la tarima. Cuando terminó la canción, todo el bar estalló en aplausos. Javier nunca se había sentido tan admirado, ni siquiera cuando sus profesores le decían el talento que tenía. La drag que presentaba el concurso subió al escenario abanicándose con una mano.

—Cariño, pero ¿de dónde has salido?

La drag le colocó el micrófono para que pudiera contestar.

—Soy de aquí —dijo Javier respirando pesadamente, aliviado porque el alcohol consumido no le había jugado una mala pasada.

—Bueno, a menos que alguien crea que puede superar esto, creo que tenemos ganador —dijo la presentadora.

La gente volvió a aplaudir y alguien subió con el lote de regalos y se los dio a Javier, que dio las gracias y bajó del escenario.

—Bueno, hasta aquí nuestro cortísimo concurso de hoy. A bailar todo el mundo, si no os da vergüenza después de lo que hemos visto.

Javier regresó con su grupo y todos le felicitaron.

—Pero ¿desde cuándo bailás? —dijo Muriel dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Siempre me gustó. Cuando me fui me apunté a varios cursos y ahora estoy en una escuela de danza.

—Ha sido impresionante —dijo Manuel—, me has dejado sin palabras, de verdad.

—Gracias.

Javier observó que Manuel le miró con deseo. Y lo tuvo claro porque había sido muy descarado.

Los amigos de Manuel prometieron acompañar a Muriel a su casa. Javier decidió darle los regalos del concurso a su amiga por haberle obsequiado con su mejor noche en la isla. Cuando se fueron, Javier y él fueron al coche de éste y se quedaron allí para hablar. Manuel le había pedido que se quedara con él porque quería comentarle algo. Javier accedió, pero, cuando se montó en el vehículo, lo pensó mejor.

—Espero que no te ofendas, pero no sé lo que me vas a decir. Y si es algo que pueda enfadarme...

Por toda respuesta, Javier recibió un beso de Manuel. Le correspondió pero las imágenes de su infancia se cruzaron en su mente. Se separó de Manuel.

—Espera... —dijo—. Es que... esto es muy raro. Me está besando un chico que me hacía putadas en el colegio.

—Te he dicho que lo sentía.

—Lo sé, lo sé, y te he perdonado. Pero de ahí a liarme contigo... Ojalá pudieras entrar en mi cabeza y saber lo que siento. ¿No te das cuenta de lo absurdamente paradójico que es todo esto?

—Sé que te hicimos mucho daño. Y no me puedo imaginar cómo te sentiste entonces. Tuvo que ser horrible. Pero te juro que no ha habido un solo día en estos más de quince años en el que no me haya arrepentido.

—Me consuela mucho lo que me dices. Pero no es una cosa que pasó y ya está. Sigue aquí —dijo señalándose la cabeza—. Tengo algunas secuelas.

Manuel entrecerró los ojos y le preguntó a Javier a qué se refería. Él le contó todo lo que había descubierto el día en que entró en el colegio y se acordó de aquel suceso fatídico.

—Pero no es sólo por el hecho aislado. Fue todo.

Siguió contándole cómo se sintió la vez en la que se dio cuenta de que no volvería a subir en el metro o el pánico que le entraba cada vez que pensaba que se iba a quedar encerrado en un sitio. También le contó las veces en las que quiso suicidarse.

—Me siento fatal. No tenía ni idea.

—Por eso me resulta tan raro esto, ¿lo comprendes?

—¿Hay algo que pueda hacer?

—Ya lo has hecho. El hecho de que sientas haberme hecho todo aquello es suficiente. Hace unas horas, lo que más deseaba era saber por qué lo hiciste. Pero ahora no quiero saberlo. Porque si me dices que no lo sabes, me voy a cabrear. Y si me dices que me utilizaste como cabeza de turco para que no se metieran contigo, también me voy a cabrear. Y llevo mucho tiempo cabreado. Me basta con saber que lo sientes.

—Cuando te vi el otro día en la playa, no podía creer que fueras tú. Habías

cambiado tanto... No sólo físicamente, tu mirada era distinta. Te has vuelto una persona muy atractiva. Y has desarrollado mucho carácter. No sé, creo que de todos los del colegio te has convertido en el más interesante. Y cuando te he visto bailar esta noche... No quiero dejarte escapar, no puedo. Dime que por lo menos nos tomaremos un café.

—De acuerdo —dijo Javier no muy convencido.

Se intercambiaron los números de teléfono y Manuel le llevó a la casa de sus padres. En el camino, Javier le agradeció todo lo que le había dicho pero también le dijo que pensaba que iba demasiado rápido y que, además, él vivía en Madrid.

—¿Cuándo te vas? —dijo Manuel.

—La semana que viene. El domingo.

—Entonces me quedan ocho días para conocer al nuevo Javier. ¿Te parece bien que te llame mañana?

Javier asintió y se despidió de Manuel con un beso en la mejilla. Entró en la casa mientras oía cómo se alejaba su coche. Se echó en la cama después de quitarse la ropa y se puso a pensar en la extraña noche que había vivido. Su carácter desconfiado le hacía sospechar de la sinceridad de Manuel. ¿Realmente sentía todo lo que había dicho? ¿Y si sólo estaba jugando con él? Le costaba creer que, de repente, aquel guapo surfista quisiera algo con él. ¿Pero no eran los sentimientos imprevisibles? ¿Existía alguien que pudiera controlarlos? Con aquellas preguntas en la cabeza, se quedó dormido. Lo que no sospechaba era que alguien les había visto despedirse en el coche.

Al día siguiente, Javier se levantó con un ligero dolor de cabeza, pero no sabía si era debido al alcohol o a los increíbles acontecimientos. Aún no se creía que Manuel se sintiera atraído por él. Fue hasta la ducha y dejó que el agua despejara tanto el entumecimiento de su cuerpo como las ideas de su cabeza. Aunque no sentía que estuviera borracho cuando habían hablado, los provocados vómitos y el concurso de baile se habían encargado de eso, tal vez el alcohol consumido sí que había tenido algo que ver en su reacción. A pesar de todo lo que le estaba diciendo su antiguo acosador, Javier se lo estaba tomando con mucha filosofía. En otras circunstancias, hubiera creído que se burlaba de él. Javier tomó la determinación de no pensarlo más. Si los sentimientos de Manuel eran sinceros o no lo averiguaría en el transcurso de los días siguientes. Se vistió y comió algo en la cocina. Cuando iba a salir por la puerta, su madre le detuvo con la voz.

—¿Saliste anoche? —dijo Teresa.

Javier se dio la vuelta. Su madre estaba mirándole desde el pasillo con un paño en la mano.

—Pues sí. ¿Por?

Teresa estaba deseando preguntarle si había ido a un bar de esos llenos de hombres, pero se dio cuenta de que, si frecuentaba esos sitios, Madrid estaba plagado de ellos.

—No, lo preguntaba sólo porque pensé que preferías reservarte para las fiestas.

—¿Qué fiestas? —preguntó Javier.

Nada más terminar la frase supo a qué fiestas se refería su madre. En julio, su pueblo celebraba una verbena donde se comían las típicas papas canarias, se celebraban bailes por la noche y había una extraña tradición que Javier nunca supo de dónde provenía. Cualquiera que anduviera por el pueblo era susceptible de ser arrojado al mar. Su madre le obligaba, cuando era pequeño, a acompañarle a dar una vuelta. Entonces le contaba, todos los años, la tradición de mojar a la gente sin importar edad o sexo. También le contaba que antes era más divertido porque la gente no iba preparada con sus bañadores por si les tiraban, sino que salían con sus mejores galas que acababan empapadas por el agua del océano. Recordó un año en el que su padre se unió a ellos, y bajaron los tres al pueblo. Sus hermanos iban por libre. Entonces, pasaron frente a algunos ventorrillos y Javier le pidió a su padre que le comprara la típica pistola de juguete que dispara flechas de plástico con ventosas en la punta. Pedro le miró como si no le reconociera.

—¿En serio? ¿Quieres una pistola?

Javier asintió. Su padre sonrió como nunca y abrazó a Javier. Fue la primera y la última vez que lo hizo. Y todo porque su hijo mariquita le había pedido una pistola de

juguete, algo que indicaba que no estaba todo perdido. Lo que no se imaginaba Pedro era que, al día siguiente, Javier cogió su pistola nueva y se la fue colocando en distintas partes del cuerpo, en el corazón, en la boca, en la cabeza, preguntándose cuál sería la forma más rápida e indolora de morir.

—Mamá, sabes que detesto las fiestas del pueblo, ¿por qué iba a ir?

—Podrías acompañarme un día.

«Mierda» pensó. Después de tanto tiempo no se iba a librar de aquella tradición. Intentó buscar alguna excusa pero no lo consiguió. Además su madre le miraba como si ir a las estúpidas fiestas del pueblo fuera lo más importante para ella.

—De acuerdo. ¿Qué día quieres ir?

—El viernes. Como te vas el domingo te dejo el sábado para que te despidas de tus amigos.

¿Cómo era posible que su madre le conociera tan poco? Después de pasarse la infancia y la adolescencia encerrado en la casa de sus padres y después de quitarle a la única amiga que tenía ¿cómo era capaz de decirle que le dejaba el sábado para despedirse de sus amigos?

—De acuerdo, el viernes entonces.

Javier salió de la casa y fue hasta el piso de Muriel. Tocó el timbre. Al poco tiempo, una voz ronca le contestó. Javier se identificó y Muriel le abrió para que subiera. La puerta del piso estaba abierta y Javier se encontró a su amiga tumbada en el sofá.

—¿Mucha resaca? —dijo Javier entrando y cerrando la puerta.

—¡Ah! ¡No sabés! Olvidé que estoy demasiado vieja para esto.

—Pero ¡qué dices! Si estás hecha una chiquilla.

—Dejá de decir pavadas y contáme —dijo Muriel.

Javier le explicó todo lo que Manuel le había dicho y lo que él le había contestado. Mientras narraba la historia, Muriel no podía evitar poner su mejor cara de ternura.

—¡Qué lindo! Sos un boludo. ¡Dale una oportunidad al chico! —dijo Muriel alzando la voz. Inmediatamente se arrepintió de su pequeño arrebató, que se tradujo en un dolor de cabeza—. ¡Ay! Haceme un favor. Andá a la cocina y traéme el frasco de aspirinas.

Javier se levantó y buscó con la mirada el bote de aspirinas. Estaba encima de la mesa, al lado de un sobre de revelado.

—¿Éstas son las fotos del otro día? —preguntó Javier mientras le enseñaba el sobre y le tendía las aspirinas.

—Sí —dijo Muriel tragándose una pastilla sin la ayuda de ningún líquido.

A Javier le recordó cuando se tomó su segundo ansiolítico antes de subir al avión que lo llevaría a la isla. Cuando se puso a pensar que tenía que coger otro avión a la

vuelta, le dio un escalofrío. Sacó las fotografías del sobre y se las dio a Muriel para que buscara las suyas. Ella le permitió ver el resto así que Javier fue pasando foto a foto hasta que dio con la que salía él frente a la puerta del restaurante. Pero no se fijó en él, sino en la pareja que había detrás. Era Alejandro. Y no parecía que estuviera acompañado por la misma chica que había visto anoche. Cuando pasó la foto, vio que Muriel había sacado una de la pareja.

—¿Y esto? —dijo Javier.

—¿No te acordás? Te quise sacar otra pero te corraste. Tírala —dijo Muriel.

—Si no te importa, me la quedo —dijo Javier.

—Como quieras —dijo Muriel encogiéndose de hombros, incapaz de pensar para qué quería Javier aquella fotografía.

Javier fue a la cocina y preparó café después de que Muriel le rogara que lo hiciera. Tomaron una buena taza que les despejara y hablaron de algunos temas, entre ellos, Manuel. Muriel era partidaria de que quedase con él y fuera viendo cómo iba la cosa. Javier le prometió que le haría caso porque después de aceptar su dolor y dejarlo ir, se sentía mejor. En ese momento, sonó el móvil de Javier. Miró la pantalla y vio el nombre de Manuel.

—Es él —dijo Javier.

—¡Pelotudo, descolgá! —dijo Muriel excitada para después llevarse una mano a la cabeza.

—¿Sí? —dijo Javier como si no supiera quién le llamaba.

—Javier, soy Manuel. ¿Qué tal te has levantado?

—Bastante bien ¿y tú?

—Bien también. Te llamaba para saber si te apetecía quedar.

—De acuerdo. ¿A qué hora quedamos?

—¿Qué te parece ahora? —dijo Manuel apretando los dientes esperando que la respuesta fuera sí.

—¿Ahora? ¿Dónde estás? —preguntó Javier extrañado.

—Debajo de tu casa.

—¡No jod...! Esto... Voy para allá —dijo Javier disimulando.

—¿Que vienes para aquí? ¿Dónde estás? Puedo ir a recogerte.

—No, ya voy yo. Ahora nos vemos.

Javier colgó. Le explicó a Muriel que tenía que irse porque Manuel estaba debajo de la casa de sus padres. La argentina le deseó suerte y Javier salió de su casa corriendo porque, a pesar de lo que pensara, tenía muchas ganas de volver a verle.



Javier fue corriendo hasta la casa de sus padres. Al poco de salir del piso de Muriel, vio el coche de Manuel aparcado frente a la puerta. Aceleró el ritmo de la zancada. No quería que su madre o, peor aún, su padre, vieran a Manuel o a su propio hijo subiendo en el coche. Quería evitar cualquier tipo de pregunta. Abrió la puerta del vehículo y se sentó respirando profundamente.

—Arranca —dijo.

Manuel obedeció y salieron del barrio. Cuando Javier recuperó el resuello, Manuel le preguntó por qué había querido salir a toda prisa.

—No conoces a mis padres —fue toda respuesta que Javier le dio—. ¿Dónde vamos?

—A Los Cristianos.

Javier asintió. Había pocos sitios donde poder ir en el sur de Tenerife. Las opciones se limitaban a Los Cristianos o a Playa de Las Américas. Además de otras muchas cosas, por eso le gustaba vivir en Madrid. Podía elegir un barrio distinto cuando quisiera, con gente distinta, distintos bares, distintos ambientes. Allí no. Javier bajó la ventanilla para que entrase el aire y refrescase el interior del coche. Aunque ya no había siroco, las temperaturas eran bastante altas. Javier nunca había pasado tanto calor en Tenerife. Lo atribuyó al irreversible cambio climático, un hecho que le ponía los pelos de punta. Según él, lo peor era que la gente se había acostumbrado al término y lo usaba alegremente sin conocer las graves consecuencias que sugería. Pero a la mayoría de las personas le daba igual porque sabían que estarían muertas cuando la catástrofe llegase.

—¿En qué piensas? —dijo Manuel.

—¿Eh? No, en nada... Cosas mías.

Javier no se había dado cuenta de que llevaba casi todo el camino pensando en el cambio climático. Se aseguró de que Manuel no pensara que le aburría su compañía y le pidió disculpas. Aparcaron el coche cerca de la playa y fueron a una terraza que había a varios metros. Se sentaron en la mesa y pidieron dos cafés. Javier no había tenido suficiente con el que había tomado en casa de su amiga, por lo que se bebió el suyo rápidamente para que se le despejara la cabeza de una vez por todas.

—Dime —dijo Javier sacando un cigarro—. ¿Cómo es que te dio por estudiar Bellas Artes?

—¿Fumas? —dijo Manuel sorprendido.

—Muy poco. Unos cuatro o cinco cigarros al día. ¿Quieres? —dijo Javier tendiéndole el paquete.

—No, gracias. No fumo. Pues a mí siempre me gustó pintar, así que...

Era verdad. Manuel hacía unos dibujos impresionantes. Tenía un bloc con muchos

bocetos que sólo enseñaba a sus amigos más íntimos. Aunque a Javier nunca se lo mostró, una vez pudo observar algunos cuando pasó por detrás de él. También era muy aficionado a pintar en la pizarra entre los cambios de clase. Y siempre sacaba sobresalientes en dibujo. Todo lo contrario que Javier, que aprobaba siempre por los pelos. A él se le daban bien las asignaturas fuertes. La gimnasia, primero, y el dibujo, después, eran las asignaturas que más odiaba. Suerte para él que el dibujo siempre lo aprobaba aunque fuera con una nota baja.

—Nunca me enseñaste tu bloc —dijo Javier dando una calada a su cigarro.

—¿El qué?

—Recuerdo que de pequeño tenías un pequeño bloc con dibujos. Nunca me lo enseñaste.

—No podía, se suponía que no te hablábamos.

Javier se entristeció. Miró hacia la playa por encima del hombro de Manuel. Recordó cómo amenazaban a la gente que se atrevía a hablar con él. Apenas si dejaban que le mirasen, a no ser que le estuvieran haciendo alguna trastada. Entonces todo el mundo estaba invitado a observar y, desde luego, a insultar también. De vez en cuando había alguno que se animaba a participar pero, generalmente, los que le acosaban eran los mismos. Pensó en aquellos que observaban impertérritos las vejaciones a las que le sometían y se preguntó si les había afectado de alguna manera. Podría ser que, al igual que su hermano, alguno se arrepintiera de no haber hecho nada. Tal vez uno o una se lo dijera a sus padres. Y a lo mejor, alguno de esos padres quiso hacer algo al respecto. Pero Javier nunca obtuvo evidencias claras de que alguien le quisiera ayudar, ni tan siquiera su propia familia.

—Lo siento, no tenía que haber dicho eso —se lamentó Manuel.

—Esto... no tiene sentido —dijo Javier señalando a Manuel y luego a él mismo—. El pasado está ahí, no podemos cambiarlo, y siempre se interpondrá.

—No tiene por qué —dijo Manuel inclinándose hacia delante y cogiendo la mano de Javier—. Hagamos una cosa: prohibámonos hablar del pasado. Disfrutemos del presente y de las personas en las que nos hemos convertido.

—Pero no podemos ignorarlo...

—¡Ah! —le cortó Manuel levantando el dedo índice—. Prohibido.

Javier sonrió. Luego asintió con la cabeza aceptando la propuesta de Manuel. Se levantaron y fueron paseando por la playa. Javier se quitó las zapatillas y dejó que sus pies sintieran el contacto con la arena. Manuel le imitó.

—No me has dicho cómo te ganas la vida —dijo Javier.

—Trabajo en una galería de arte en Santa Cruz. Y en mis ratos libres pinto algunos cuadros que, de vez en cuando, mi jefe accede a poner a la venta en su negocio. No es que sea rico pero me da para vivir. ¿Y tú?

—Trabajo en una cadena de televisión local. Como es una empresa pequeña, hago

un poco de todo, pero lo que más me gusta es el montaje.

—¿Qué estudiaste?

—Ciencias de la Información. Y luego hice un curso de posproducción. También voy a clases de hip-hop y R&B en una escuela de danza.

—Se nota. Te juro que me dejaste francamente impresionado.

—Gracias —dijo Javier sonriendo—. Creo que el baile fue uno de los motivos por el que no me suicidé cuando íbamos al colegio. Perdona, dijimos que no hablaríamos del pasado. Nada, olvida lo que he dicho.

Pero Manuel no podía olvidar semejante cosa. Aquel simpático, inteligente y atractivo hombre estuvo a punto de quitarse la vida por su culpa.

—¿Pensaste en suicidarte? —preguntó Manuel.

—Oye...

—Sí, ya sé que fue idea mía pero... por favor cuéntamelo.

Javier le explicó que su vida era tan dura, que se levantaba cada día pensando en qué le harían, que muchas veces tuvo ganas de acabar con aquello de manera definitiva. Le contó que la razón principal por la que no lo hacía era por sus ganas de vengarse, pero que en ese momento y después de tantos años, todo ese ansia de justicia había quedado atrás. Para su sorpresa, Manuel se echó a llorar. Javier se giró y le abrazó.

—Lo siento tanto... —dijo Manuel.

—Lo sé.

Javier le cogió la cara entre las manos y le besó. Manuel le correspondió. Sí, definitivamente, a Javier le gustaba aquel surfero de piel morena. Sentía que quería abrazarle, besarle, huir con él donde el pasado no pudiera alcanzarles.

Cuando se separaron, Manuel puso sus manos sobre los hombros de Javier mientras le miraba con una mezcla de ternura y deseo.

—Me gustas —dijo—, me da igual que creas que es muy pronto. Es lo que siento y tenía que decírtelo.

—Tú a mí también.

Se abrazaron. Luego bajaron hasta el muelle y se sentaron en la arena detrás de una pila de hamacas que estaban atadas con cadenas. Cogidos de la mano, observaron cómo oscurecía. De vez en cuando, sus manos se acariciaban y sus labios se fundían en un beso. Manuel se levantó de pronto y le tendió la mano a Javier para ayudarlo a levantarse. Caminaron hasta la orilla y sintieron el agua, templada gracias a la arena caliente, entre los dedos de sus pies. Manuel empezó a quitarse la ropa hasta que se quedó en calzoncillos y alentó a Javier para que hiciera lo mismo. Luego, se metieron en el agua. Bucearon un momento hasta que se encontraron, y salieron a la superficie abrazados. Sintieron el contacto de sus húmedos cuerpos y se besaron tiernamente bajo la atenta mirada de la luna llena.

El domingo Javier tuvo una nueva comida familiar. Teresa había hablado con su hija para que se comportara. No le insistió para que se quedara después de comer, pero sí para que, por lo menos, la familia almorzara junta un día. Javier prefería estar con Manuel, pero no quería quedar de nuevo como el díscolo, así que llamó a Manuel para explicarle la situación y decirle que le avisaría cuando pudiera escaparse. Luego, ayudó a su madre a terminar de preparar la comida y a poner la mesa. Esta vez, Rosa fue la primera en llegar. Saludó a Javier con un escueto «hola» y le dio un beso a Teresa en la mejilla. Luego se sentó junto a su marido a esperar al resto. Sebastián y Yurena llegaron diez minutos después. Se saludaron y Javier y él se abrazaron bajo la rabiosa mirada de Rosa.

—¿Desde cuándo sois tan amigos? —dijo Rosa con ironía.

—No somos amigos —dijo Sebastián—, somos hermanos.

Al rato, Pedro llegó a la mesa. Por fin, la familia pudo empezar a comer. Esta vez no se hizo un silencio porque Javier y Sebastián hablaban de varias cosas. Se unieron a la conversación Carlos y Yurena. Teresa estaba encantada de que las cosas fueran sobre ruedas. No así Rosa, que le pegaba patadas a su marido de vez en cuando para que cerrara la boca. Y como siempre, Pedro se preocupaba sólo de la comida.

—¿Y para cuando los niños? —dijo Javier sonriendo.

—¡Calla! Ya habrá tiempo de niños —dijo Sebastián aterrorizado.

Entonces, Pedro levantó la cabeza.

—Pues más te vale que los tengas cuanto antes. Eres el único que va a mantener el apellido —dijo.

Javier miró su plato. Se lamentó de que su padre quisiera arruinar la comida con sus hirientes comentarios.

—Bueno, Javier también. Puede adoptar —replicó Sebastián.

—Y lo convertirá en otro marica que no perpetuará el apellido —dijo Pedro.

—Bueno, ya está bien —dijo Javier tirando su tenedor—. No voy a tolerar que me hables de esa manera. Merezco algo de respeto. Ya no soy un niño y puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana. Creo que me debes una disculpa a mí y otra a los invitados por hacer que se sientan incómodos.

La insolencia de Javier enfureció a Pedro de tal manera que se levantó tirando la silla.

—¿Vas a venir a mi casa a decirme cómo debo comportarme? —gritó Pedro.

Y levantó la mano para abofetear a su hijo. Pero entonces, Javier se levantó y se encaró.

—Atrévete a pegarme otra vez, grandísimo hijo de puta. Lo he intentado pero no hay quien te haga entrar en razón. Yo sólo quería que me quisieses como a mis

hermanos —dijo Javier— pero tú sólo tenías palizas para mí. Te odio. Te odio tanto que me avergüenzo cuando pienso que eres mi padre. Has preferido cargar tus miedos sobre mí en lugar de luchar contra ellos. Dime, ¿quién es el marica aquí?

Javier salió de la cocina. Estaba a punto de llorar, pero no de tristeza, sino de nervios. Era la primera vez que se enfrentaba a su padre y la situación le había puesto tan tenso que la única forma que tenía de descargar la tensión era llorando. Salió de la casa de sus padres y cogió el móvil para llamar a Manuel. Mientras, en la cocina, Pedro cogió la silla y se sentó de nuevo. Inesperadamente, Teresa se puso a aplaudir.

—Enhorabuena. Has sido capaz de arruinar otra comida peleándote con tu hijo.

—¡Yo no tengo un hijo maricón! —gritó Pedro.

—Debes sentirte muy macho cada vez que te enfrentas a Javier. Tal vez seas tú el que tiene algo que esconder —Teresa se levantó—. Disfruta de la comida —dijo señalando su plato.

Javier esperó a que Manuel descolgara. Cuando lo hizo, preguntó si podía recogerle. Manuel quiso ir a la casa de sus padres pero Javier le contó la pelea y le dijo que bajaba al pueblo caminando, que se encontrarían allí en quince minutos. La caminata le ayudó a relajarse. Se iba secando las lágrimas con el dorso de la mano para que le dejaran ver por dónde iba. Cuando llegó al punto de encuentro, ya no lloraba, pero tenía los ojos hinchados y rojizos. Manuel fue hacia él.

—¿Estás bien? —dijo.

—Sí, sólo ha sido otra típica comida familiar.

Manuel llevó a Javier a su casa. Cuando sus padres murieron, le dejaron el piso a su único hijo. Él sólo lo usaba cuando tenía vacaciones y quería salir de la capital. O cuando quería escaparse un fin de semana para practicar su deporte favorito. Vivía en el tercer piso de un bloque situado cerca del paseo marítimo, en un apartamento con dos habitaciones, cocina y baño. En el salón, desde el que se accedía a la mayor parte de las estancias de la casa, había un pequeño balcón por donde entraba el sonido del mar y el delicioso olor del agua salada que tanto gustaba a Javier. Manuel fue enseñándole las habitaciones del piso. La última fue un dormitorio que Manuel usaba como estudio. Allí tenía algunos lienzos que había pintado, pero no se los quería enseñar a Javier, por lo que cerró la puerta rápidamente.

—¡Oye! Déjame ver tus cuadros —pidió Javier.

—Me da vergüenza —dijo Manuel.

—Tú me has visto bailando, te toca a ti mostrarme algo que te apasione.

—Si quieres te puedo enseñar cómo surfeo.

—Tendríamos que bajar a la playa. Además, esto es más personal.

—Lo sé, por eso me cuesta enseñarlo.

—Pues imagina que soy un posible comprador.

Manuel cedió y abrió la puerta permitiendo que Javier entrara. Las pinturas estaban amontonadas, apoyadas en la pared, cubiertas por un plástico transparente. Javier las iba separando a medida que las observaba. Estaba sorprendido. Lo que allí había en nada se parecía a los dibujos del antiguo bloc que Manuel cargaba en el colegio. Se notaba que había madurado. Javier no entendía mucho de arte pero se percató de que Manuel había conseguido adquirir un estilo propio que se reflejaba en todas sus creaciones. Además, allí había unos veinte lienzos y ninguno dejaba indiferente. No eran cuadros que pudiera definir como bonitos. Eran pinturas que removían sentimientos.

—¿Y bien? —dijo Manuel impaciente.

—Es... alucinante —dijo Javier.

Manuel sonrió. Sabía que Javier estaba siendo sincero. Cuando se giró hacia el joven artista, vio que su mirada era una mezcla de sorpresa y admiración.

—Ven —dijo Manuel.

Fueron al salón y sentó a Javier en un sillón que había cerca del balcón. Luego, se fue justo al lado opuesto y cogió un enorme bloc de dibujo y un lápiz.

—Quiero que poses para mí —dijo.

Javier se removió en el asiento. Le incomodaba salir en las fotografías, pero el hecho de que fueran a retratarle le inquietó más.

—No sé si es una buena idea —dijo.

Manuel no le hizo caso. Empezó a trazar líneas que le servirían de guía para realizar el dibujo. Mientras, Javier se concentró en la vista que ofrecía el balcón de la casa. Hizo un pequeño balance de cómo habían ido las cosas durante su primera semana en Tenerife. No se podía quejar, él pensaba que podían haber ido peor. Se había reencontrado con Muriel, había resuelto sus diferencias con su hermano y uno de sus enemigos de la escuela sentía algo por él. Pensó en lo que pasaría cuando regresara a Madrid pero enseguida se quitó la idea de la cabeza. Acababan de reencontrarse y Javier no esperaba que aquello terminara siendo más que un idilio de vacaciones. También se había enfrentado a su padre por primera vez y, después de la tensión inicial, sentía que se había liberado de una carga que llevaba veintisiete años arrastrando. Después de una semana en el pueblo, se alegró de no haber roto el billete en Barajas para huir despavorido a la seguridad de su casa. Media hora más tarde, Manuel le comunicó que había terminado.

—Déjame verlo —dijo Javier.

—No sé, no estoy muy seguro de querer enseñártelo —dijo Manuel apretando el bloc contra su pecho.

—¡Anda ya! Entonces ¿por qué me has tenido aquí media hora?

Javier se levantó y fue hasta donde estaba Manuel. Cogió el bloc con una mano y tiró suavemente, pero el pintor no lo soltaba. Javier tiró con más fuerza. De pronto, empezaron a forcejear y acabaron los dos rodando por el suelo. Javier se colocó encima y miró a Manuel con deseo. Éste acercó su cara y le besó. Comenzaron a quitarse la ropa, primero la camiseta, luego las zapatillas y, por último, los pantalones. Luego, se quitaron los calzoncillos y sintieron la piel del otro por todo el cuerpo. Tumbados en el suelo, hicieron el amor por primera vez. Después, se quedaron uno junto al otro, recuperándose del éxtasis sexual. Javier alargó la mano y cogió el bloc. Vio su cara reflejada en el papel y se sorprendió cuando vio que Manuel le había dibujado con la mirada más brillante que había visto nunca.

—Es precioso pero yo no soy así —dijo Javier mostrándole el dibujo.

—Lo sé. Así es como te veo yo —dijo el pintor.

Manuel invitó a Javier a cenar. Cogieron el coche y se fueron a un restaurante de otro pueblo, lejos de las conocidas miradas de los habitantes de Los Tajinastes y de los extranjeros que poblaban las zonas turísticas. Después de pedir, levantaron las copas.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Javier.

—Por nosotros, claro —dijo Manuel.

Chocaron suavemente las copas de cristal y bebieron un sorbo. Javier sentía que estaba en una película romántica, de esas ñoñas que tanto criticaba. Pero al estar ahí, comprendió por qué gustaban tanto a la gente. Eran momentos que todo el mundo quería experimentar, y aquel era el suyo. Sí que había tenido citas con hombres que le atraían, pero las circunstancias que rodeaban su relación con el artista hacían que pareciera más intensa. Javier supuso que era debido a lo inesperado de la situación. Si alguien le hubiera dicho que se iba a acostar con un alumno de su antiguo colegio para después ir a cenar juntos, con toda probabilidad se hubiera muerto de risa. Literalmente. Llegó la comida y ambos cenaron mientras hablaban de cosas sin importancia.

—¿Qué haces mañana? —dijo Manuel.

—No tengo planes. ¿Por?

—¿Te apetece que nos vayamos de turismo?

—¿Turismo? Creo que olvidas que soy de aquí.

—¡Bah! Seguro que puedo enseñarte muchos sitios que no conoces.

Manuel tenía razón. Aunque era tinerfeño, vivió toda su infancia y adolescencia entre las páginas de los libros que leía. Conocía más la capital y sus alrededores que su propia isla.

—De acuerdo. ¿Dónde vamos? —dijo.

—Es una sorpresa.

Cuando terminaron de cenar, Manuel llevó a Javier a la casa de sus padres.

—Por lo menos dime si tengo que llevar algo.

—Con que vengas tú es suficiente.

Se besaron y quedaron en que le recogería por la mañana. Javier entró en la casa y vio a su madre cenando sola en la cocina.

—¿Has cenado? —preguntó Teresa.

—Sí.

—¿Dónde?

—En un restaurante.

—¿Sólo?

—Con un amigo.

—¿Con un amigo o con un amigo...? —dijo Teresa mirando intensamente a su



hijo.

Javier se sentó frente a ella y cruzó los brazos por encima de la mesa. Era la primera vez que su madre le preguntaba, a su manera, si tenía algo con un hombre en lugar de obsesionarse con que se echara novia.

—¿Quieres saberlo de verdad? —preguntó Javier.

Su madre se quedó en silencio. Se preguntó si realmente estaba preparada para oír lo que su hijo le iba a decir. Decidió que no podía seguir ignorando los sentimientos de Javier y que aguantaría estoicamente lo que fuera. Teresa asintió con su cabeza para darle pie a su hijo a que se sincerara.

—Es un chico del pueblo. Nos estamos conociendo.

Teresa cerró los ojos esperando a que algo grave pasara. No ocurrió nada. Siempre había tenido la sensación de que cuando hablara del tema con Javier el mundo se le vendría encima. Pero no fue así. Abrió los ojos de nuevo y miró a su hijo, que le observaba interrogante.

—¿Has tenido alguna vez la necesidad de evitar una situación porque crees que no vas a poder con ella? —dijo Teresa.

—Sí.

—Acabo de darme cuenta de que tenía más miedo a lo que creía que iba a pasar que a lo que ha pasado realmente.

Javier extendió su mano y cogió la de su madre, apretándola con fuerza. La entendía muy bien. Él había imaginado aquel momento en su etapa adolescente un millón de veces. Y siempre pensó en cosas terribles que no habían sucedido.

—Me parece que para los dos ha sido más fácil de lo que nos habíamos imaginado —dijo Javier.

—No quiero que te hagan daño —dijo su madre.

—Ya no me lo pueden hacer. Lo hicieron, pero ya no.

Teresa no comprendió. Le preguntó a su hijo a qué se refería. Javier suspiró. No sabía si contarle la infancia tan horrible por la que había pasado. Sólo haría que se sintiera culpable. Su madre insistió. Javier cogió aire y comenzó el relato que contaba por segunda vez desde que llegó a la isla. A cada palabra que decía, su madre se mostraba más horrorizada. Cuando terminó, Teresa lloraba desconsolada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dijo.

—Me daba vergüenza. Además, papá me decía que tenía que ser un hombre y enfrentarme a ellos. Pero ya pasó. No vale la pena lamentarse.

—¿Cómo no me di cuenta? —se lamentaba Teresa.

—No podías. Trabajabas por la mañana y trabajabas aquí por la tarde. Lo que sí es cierto es que se os iba mucho la mano —dijo Javier con una sonrisa.

Teresa se rió.

—Es que no sabes la guerra que dabais. Algunas veces perdí los papeles, lo

reconozco.

—Es igual. Lo importante es que estamos aquí y que por fin podemos hablar con sinceridad y respeto.

—Te quiero —dijo Teresa—. Lo sabes ¿no?

Aunque era la primera vez que se lo decía, Javier actuó como si no parase de repetírselo.

—Yo también.

—Bueno —dijo Teresa secándose las lágrimas con la servilleta—. ¿Qué haces aquí? Te vas el domingo, ¿por qué no pasas la noche con ese chico?

A Javier le pareció increíble el cambio de actitud de su madre en tan poco tiempo. O a lo mejor ya venía haciéndose a la idea y por fin había aceptado la realidad. La miró y no supo qué contestarle.

—Vete —dijo.

Javier se levantó de la silla y le dio un beso a su madre. Luego salió a la calle y decidió ir andando hasta su casa para darle una sorpresa. Esperaba que estuviera despierto. Mientras caminaba por la solitaria carretera que llevaba al pueblo, llamó a Dani.

—¿Sí? —contestó una voz soñolienta.

—¿Estabas durmiendo? —dijo Javier—. Pero si sólo son las once.

—Aquí son las doce, maricón.

A Javier se le había olvidado por completo la diferencia horaria.

—Lo siento. Te dejo dormir.

—Ya me has despertado. Ahora desembucha.

Javier le contó todo lo que había ocurrido entre Manuel y él. Dani escuchaba con atención todo lo que su amigo le decía y, al terminar, se alegró mucho por él pero también le dejó claro que tenía mucha envidia. Como Dani no tenía nada que contar y tenía que levantarse temprano al día siguiente, quedaron en llamarse otro día.

—Y así me cuentas como sigue tu reencuentro amoroso —dijo antes de colgar.

Casi había llegado ya al bloque de Manuel, así que se apresuró para llegar antes, como si el tiempo que pasaba sin él lo estuviera malgastando. Fue a tocar el timbre pero se dio cuenta de que la puerta de entrada al edificio estaba abierta. Aprovechó la coyuntura para darle una sorpresa mayor. Conforme iba subiendo las escaleras, oyó voces que, con toda seguridad venían del piso de Manuel. Aunque la puerta estaba cerrada, se escuchaban gritos de una discusión. Javier pegó la oreja para intentar captar algo, pero no entendía nada de lo que decían. Oyó pasos que se acercaban a la puerta, así que subió al cuarto piso y se ocultó. Cuando se abrió la puerta, no pudo evitar asomarse para ver quién salía. Y vio a Rayco cerrando de un portazo y bajar las escaleras con rabia.

Javier no sabía qué hacer. Se preguntó qué haría Rayco en casa de Manuel. Sólo encontraba una respuesta posible: tramaban algo. ¿Su relación con Manuel sería una farsa urdida sólo para hacerle una putada? Si lo pensaba racionalmente, no lo creía posible. Manuel no se iba a acostar con él sólo para hacerle una jugarreta. Pero sus experiencias pasadas pendían sobre su cabeza como una terrible espada de Damocles. Estuvo un rato decidiendo entre irse o pedirle explicaciones a Manuel. Tal vez debía aprovechar que había visto a Rayco para averiguar si escondían algo. Por fin, decidió bajar las escaleras. Tocó en la puerta con los nudillos. Oyó unos pasos que se acercaban con rapidez.

—Ya te he dicho que... —dijo Manuel antes de abrir la puerta y encontrarse a Javier.

Manuel cambió su expresión de enfado por una de sorpresa.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? —dijo.

Se acercó a Javier con una sonrisa y le abrazó. Él le separó con ambas manos y le miró muy serio.

—¿Qué hacía Rayco aquí?

Manuel agachó la cabeza lamentándose interiormente por la desafortunada coincidencia. No quería que Javier sospechara cosas que no eran ciertas y temió que su relación se fuera al traste por aquella confusión.

—No es lo que te imaginas.

—¿Qué es lo que me imagino? —dijo Javier desafiándole.

—¿Por qué no entras y te lo cuento? —dijo Manuel echándose a un lado para que Javier pudiera entrar.

Javier pasó al interior del piso y se sentó en el sillón que había ocupado horas antes. Le preguntó a Manuel si tenía una cerveza. El pintor fue a la cocina y salió con dos botellines en la mano. Le tendió uno a Javier.

—Rayco y yo éramos amigos. Ya sabes que era un gilipollas...

—Lo sé —le interrumpió Javier para confirmárselo.

—Cuando me fui a la facultad, cambié. En Bellas Artes conocí a mucha gente, sobre todo a muchos homosexuales, que lograron que me aceptara. Rayco y yo nos fuimos distanciando hasta que dejamos de ser amigos. Cada vez que vengo, él intenta ponerse en contacto conmigo, viene a mi casa, me busca en la playa. Pero yo no quiero tener ninguna amistad con él, no sólo porque va en contra de lo que soy, sino porque también me recuerda todo lo que te hicimos.

Parecía que Manuel iba a seguir hablando pero se calló.

—¿Y?

—Ya está —dijo.

—Por favor, no me mientas.

—Está bien. Parece ser que el otro día nos vio cuando nos despedimos frente a la casa de tus padres. Él no sabía nada, no sabía que soy gay. Y cuando me vio contigo en una actitud bastante cariñosa, se enfadó. Ha estado aquí para eso.

—¿Para qué?

—Para echármelo en cara. Se siente traicionado y defraudado. Incluso me dijo que estaba dispuesto a perdonarme si dejaba de verte.

—¿Y tú qué le has dicho? —preguntó Javier.

—Que no necesitaba su permiso y que eras lo mejor que me había pasado en la vida.

Javier se emocionó. Se sentía culpable por haber pensado mal de Manuel y conmovido por sus palabras. No pudo evitar que una lágrima rebelde asomara por su ojo izquierdo. Manuel se acercó y le abrazó.

—No pasa nada. No se pueden tomar sus amenazas en serio.

—¿Amenazas? ¿Qué amenazas?

Manuel chasqueó la lengua por su metedura de pata. No quería preocupar innecesariamente a Javier.

—Son tonterías. No se lo tengo en cuenta.

—Escúchame —dijo Javier muy serio—. Yo sé de lo que es capaz ese hijo de puta. Hay que denunciarlo a la policía.

—Estás exagerando. No va a pasar nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le conozco. Es incapaz de hacer algo sin su ejército. Y ya no tiene a nadie. No es más que un capullo.

Javier se dio por vencido. Si Manuel consideraba que no había de qué preocuparse, no tenía por qué pensar lo contrario.

—Ahora dime, ¿qué haces aquí? —preguntó Manuel con media sonrisa dibujada en la cara.

—Mi madre me dijo que viniera —dijo Javier dando un sorbo a la cerveza.

—¿Tu madre? —dijo Manuel abriendo mucho los ojos.

Javier asintió. Luego apuntó a Manuel con el botellín y le acarició la mejilla con él.

—Además, pensé que así podríamos salir antes —dijo Javier.

—¿Y no hay otra razón? —preguntó Manuel con fingida pena.

—Que necesitaba verte.

Manuel sonrió y se besaron. Le quitó la cerveza de la mano y la dejó junto al sillón. Luego le quitó la camiseta y besó su pecho. Javier se la quitó a él a su vez y atrajo a Manuel hacia sí. El pintor se sentó a horcajadas sobre Javier mientras seguían besándose. Estuvieron así durante un buen rato hasta que Manuel se levantó y le dio

la mano a Javier.

—Vamos a estrenar la cama —dijo.

Salieron temprano. Aunque habían dormido poco, ambos estaban llenos de energía. Pararon en una gasolinera y, mientras Manuel llenaba el depósito, Javier entró en la tienda para comprar algo de comer. Luego, subieron por la parte oeste de la isla. Manuel puso la radio para amenizar la conversación y el viaje. De repente, por la emisora empezaron a sonar los primeros compases de Nada cambiará mi amor por ti.

—Quita eso por favor —dijo Javier mirando con intensidad la radio.

—Ya, es un poco hortera —dijo Manuel cambiando el dial.

Javier no dijo que la canción le recordaba momentos muy malos. No quería estropear el día dándole vueltas al mismo tema. Quería olvidarlo de una vez por todas. Miró el paisaje. En realidad, Tenerife no era una isla bonita. Aunque tuviera zonas realmente preciosas, en general era bastante fea. Pero los canarios tenían, por alguna razón, la tierra arraigada en la sangre y se sentían orgullosos de ella aunque no tuviera nada destacable. Javier nunca había visto las islas de semejante manera, pero en ese momento, supo que pertenecía a aquel extraño lugar que tantas emociones encontradas le provocaba. Luego se le ocurrió que a lo mejor todos pensaban lo mismo de sus orígenes. Tal vez era una forma de sentirse anclado a alguna parte, para no ir a la deriva.

—Ya casi hemos llegado.

La voz de Manuel le sacó de sus pensamientos.

—¿Dónde estamos? —dijo Javier, pero luego se lo pensó mejor—. Déjalo, no me lo digas. Prefiero que sea una sorpresa.

Abandonaron la carretera y entraron en un sendero de tierra que bajaba sin descanso. Javier pensó que, si no fuera porque se veía el cielo, parecía que estuviesen acercándose al centro de la Tierra. El hecho de pensar que estuvieran bajo tierra hizo que le corriera un escalofrío por la espalda.

—¿Estás bien? ¿Tienes frío? —dijo Manuel extrañado.

—No, no —rió Javier.

Hacía un calor sofocante y dentro del coche, sin aire acondicionado, la temperatura era superior a la del exterior.

—Menos mal. Pensé que te habías puesto enfermo.

Al final del camino había una gran explanada de tierra donde Manuel aparcó el coche.

—Ahora toca caminar.

Estuvieron andando durante casi veinte minutos. Javier tenía una buena forma física pero bajo aquel sol, pensó que le iba a dar una lipotimia en cualquier momento. Pero cuando llegaron al final, se le quitaron todos los males. Ante ellos se extendía una enorme playa de arena negra, donde el agua era tan cristalina que casi podía ver

el fondo del mar desde donde estaba. La cala estaba rodeada por enormes acantilados que el mar se había encargado de dar forma. Viendo la impresionante vista, se arrepintió de pensar que Tenerife era una isla fea.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de Los Gigantes.

Los Gigantes era una zona de la isla llamada así por sus enormes acantilados.

—Tendrías que saberlo. Debería darte vergüenza.

—No creas que no me la da —dijo Javier—. ¿Por qué no hay nadie aquí?

—Por dos razones fundamentales. Una, porque es lunes; y dos, porque poca gente conoce este sitio.

—Me parece increíble que aún queden sitios en la isla que no estén masificados.

—Te dije que te iba a sorprender. Vamos.

Fueron caminando por la arena hasta que se colocaron cerca de la orilla. Pusieron todos los bártulos y se sentaron en las toallas. Se besaron.

—Cómo me alegro de que estés aquí —dijo Manuel mirándole fijamente.

—Y yo de que me hayas traído —dijo Javier.

—No me refería...

—Lo sé. Era broma. Yo también me alegro de estar aquí contigo. Pero, sin ánimo de romper la magia, me voy el domingo.

—No hablemos de eso. Aún no.

—De acuerdo. Entonces, ¿nos damos un baño?

—Mariquita el último —dijo Manuel levantándose y echando a correr.

—¡Tramposo! —dijo Javier persiguiéndole.

Se tiraron al agua, primero Manuel y después Javier. Éste se acercó al pintor, le cogió la cabeza y le obligó a hundirse en el agua. Luego le soltó para que saliera de nuevo. Manuel emergió y abrió la boca para coger aire.

—¡Te vas a enterar! —dijo yendo hacia él.

—¡No! ¡No! —rió Javier.

Manuel alargó las manos con una actitud agresiva pero sólo cogió la cabeza de Javier para besarle. Después de un rato nadando, jugando y besándose, salieron a la arena que, al ser negra, se había calentado el doble desde que habían ido al agua. Fueron hasta la toalla quejándose y se dejaron caer en ella. Manuel le miró con ternura y Javier le sonrió.

—¿Sabes? Cuando me miras así pienso que no es posible que tenga tanta suerte —dijo Javier.

Manuel se acercó y le atrajo hacia él.

—¿Dónde has estado todos estos años? —dijo el pintor acariciándole la cara.

—Huyendo. Pero ya no voy a huir más.

Manuel le entendió y le besó en los labios con fuerza, como si quisiera transmitirle

su fuerza y su cariño para que Javier rompiera con todos sus miedos.



Estuvieron todo el día en aquella solitaria cala paradisíaca. Cuando el reloj marcó las ocho de la tarde, ellos se estaban subiendo al coche para regresar al pueblo. Aunque estuvieron hablando sin parar, aún les quedaban muchos temas de conversación. Parecía que ambos estaban ansiosos por conocer al otro, saber qué pensaban de cualquier cosa. Llegaron a la casa de Manuel y fueron a la ducha. A pesar de que habían hecho el amor en la orilla de la playa, con el agua mojándoles las piernas, no pudieron evitar excitarse cuando se metieron en la bañera. La llenaron de agua y se sentaron, Manuel primero y Javier entre las piernas de éste. Al poco tiempo Javier se giró buscando algo más que un relajante baño. Cuando terminaron y mientras se secaban, Javier se miró al espejo. Comprobó que gracias a los dos días que había pasado en la playa, con su hermano y con Manuel, había cogido bastante color, y se alegró de no haber perdido en Madrid la melanina que tan moreno le ponía cuando era más joven.

—Mira, estoy moreno —dijo Javier.

Manuel le miró y le sonrió. Le pasó un brazo por la espalda y le besó.

—Estás muy guapo.

Después del día que habían pasado corriendo y nadando, ambos estaban hambrientos. Manuel cogió su teléfono y pidió una pizza a domicilio. A ninguno le apetecía ponerse a cocinar.

—Debería llamar a mi hermano a ver qué hace mañana. Me gustaría pasar algún tiempo con él —dijo Javier cogiendo el móvil de sus pantalones.

Buscó el número de Sebastián en la agenda y pulsó el botón de llamada. Esperó tres tonos hasta que su hermano contestó.

—Dime.

—Hola. Nada, era para ver qué hacías mañana.

—Por la mañana trabajo pero si quieres podemos vernos por la tarde y tomar algo.

—Vale. ¿Me llamas cuando puedas quedar?

Sebastián le propuso que mejor quedaban a las seis en la casa de sus padres. Cuando colgó, observó que le quedaba poca batería. No esperaba ninguna llamada por lo que no se preocupó. Fue hasta donde estaba Manuel y le abrazó por detrás.

—Podría quedarme así durante mucho, mucho tiempo —dijo Javier.

Tocaron en la puerta. Javier se sorprendió de que la pizza hubiera llegado tan pronto, pero Manuel le explicó que la pizzería estaba muy cerca de allí. Cuando él vivía en el pueblo, no había ninguna pizzería que repartiera a domicilio. Supuso que el primero que tuvo la genial aunque plagiada idea se había hecho de oro. Fueron al salón y dieron buena cuenta de las porciones.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Javier cuando terminaron de comer.

—No sé. ¿Qué te apetece?

—¿Sabes lo que me apetece? Fumarme un porro y quedarme relajado a tu lado.

—Eso se puede arreglar.

A pesar de no fumar tabaco, Manuel tenía hachís que usaba en contadas ocasiones, la mayoría relacionadas con la inspiración de su trabajo. Los porros, le explicó a Javier, le ayudaban a abrir su mente y liberarla de las cadenas impuestas por la vida diaria, que son invisibles porque se había acostumbrado a llevarlas. Javier entendió lo que quería decir y supo que el efecto que producían los porros en Manuel, otros los conseguían meditando, con yoga, rezando, con ayuda psicológica, con reiki o desahogándose con un amigo frente a una cerveza. Cada uno tenía su manera de revelarse contra aquellas cadenas que, de vez en cuando, notaban cómo les dificultaba el avance. Javier pensó en la suya. No tenía. Aunque notaba su peso, nunca se reveló contra aquellas ataduras. Hasta ahora. Fumaron despacio, apreciando el característico sabor de la prohibida sustancia. Javier no fumaba nunca, y cuando quiso averiguar por qué le habían entrado ganas de repente, no podía pensar en ello. Se estaba riendo. Ambos lo hacían. Cada vez que alguno decía una tontería que no tenía sentido o cuando querían expresarse pero su boca no estaba por la labor, sus hombros se movían al feliz ritmo de las carcajadas. Manuel dejó de reírse un momento para contemplar la alegría de Javier. Sin duda, había cambiado muchísimo. Ya no era el niño triste y aburrido que él había conocido, aunque no le podía culpar si hubiera seguido por aquel camino. Buena parte de la responsabilidad la hubieran tenido él y sus amigos de la infancia. Pero Javier se había revelado contra eso y había luchado por convertirse en una persona distinta a pesar de arrastrar su pasado. Manuel consideró que Javier era muy valiente y le admiraba.

—Te quiero —le dijo.

Después de decirlo, se arrepintió. No porque no lo sintiera sino porque creía que no era el momento indicado para declararse. Los dos estaban fumados y no quería que pensase que sus palabras eran producto de la droga. Javier dejó de reírse de inmediato y miró a Manuel. Por un momento pensó que no había escuchado bien, que había confundido sus palabras. Pero cuando miró su cara supo que había escuchado correctamente. Se le pasaron mil cosas por la cabeza a una velocidad de vértigo. Javier estaba muy a gusto con él pero hacía muy poco tiempo que se habían reencontrado. También sentía que no quería separarse de él. Se dio cuenta de que llevaba algunos minutos pensando y Manuel debía sentirse bastante mal.

—Lo siento... —dijo Javier—. Supongo que no esperabas esta reacción pero...

—No digas nada —dijo Manuel—, comprendo que necesites más tiempo. Cualquier persona racional lo necesitaría.

Javier se pasó las manos por la cara. Se sentía fatal por hacer que Manuel se

arrepintiera de haberle abierto su corazón. Pero no estaba preparado para decir las dos palabras más poderosas de su idioma.

—De verdad que lo siento... —dijo Javier de nuevo—. Es que... ni siquiera sé si esto tiene algún futuro. El domingo me voy a Madrid.

—Lo sé. He pensado en ello y sé que no quiero perderte. Así que es posible que me traslade yo también.

Javier se quedó paralizado. No sabía qué decir ante semejante propuesta. Una cosa estaba clara, Manuel iba muy en serio con él. Pero no podía permitir que cambiara su vida sólo por él.

—Me sentiría muy mal si las cosas no funcionan después de haber abandonado tu vida —dijo Javier.

—Si piensas así tal vez sea mejor que lo dejemos estar —contestó Manuel.

Se notaba que se había enfadado. Manuel estaba dispuesto a dejarlo todo por él y a Javier sólo se le ocurría pensar en lo que pasaría si decidían dejar de verse. Manuel consideraba que era muy pronto para observar la relación con tanto pesimismo.

—No me malinterpretes. Sólo quiero que seas feliz —dijo Javier. Luego, cerró los ojos—. Perdona, esta conversación no es para tenerla después de haber fumado. ¿Por qué no lo discutimos mañana?

—Como quieras. Buenas noches —dijo Manuel levantándose y yendo hacia el cuarto.

Javier observó cómo se iba mientras pensaba qué podía hacer. No sabía si debía irse a casa de sus padres o intentar arreglar las cosas. Pero no estaba en condiciones de discutir sobre nada. Apoyó la cabeza en el reposabrazos del sofá mientras pensaba en las palabras exactas que le ayudaran a explicar cómo se sentía. Poco a poco el sueño le fue venciendo. Cerró los ojos y se quedó dormido.

Por la mañana, una mano le sacudió suavemente obligándole a despertarse. Cuando pudo enfocar bien observó el rostro preocupado de Manuel. Javier se incorporó de un salto y le preguntó qué pasaba. Manuel le abrazó con fuerza sin decir nada. Él le correspondió y le acarició el pelo.

—Quiero irme contigo —dijo Manuel.

Javier se echó de nuevo sobre el sofá y arrastró a Manuel para que se tumbara a su lado.

—Yo también quiero que vengas —dijo Javier.

Manuel miró a Javier con una sonrisa y se besaron.

Por la tarde, Javier fue hasta casa de sus padres. Aunque Manuel se ofreció a llevarle, él quiso ir dando un paseo, así que el pintor insistió en acompañarle hasta la salida del pueblo. Cuando llegaron a la carretera principal, se encontraron de frente con Alejandro. Javier quiso esquivarle cruzando por el paso de peatones que había a su derecha pero, para su sorpresa, Manuel le saludó, así que se quedó quieto y rezó para que le despachara lo antes posible.

—¡Manuel! ¡Cuánto tiempo! —dijo Alejandro.

Luego se fijó en Javier. Al principio no le reconoció y fue a darle la mano para presentarse. Javier la aceptó de mala gana aunque no dejó que sus sentimientos se exteriorizaran. Se fijó en que tenía un anillo en la mano izquierda. Justo cuando fue a decir su nombre, Alejandro le reconoció y le soltó como si le hubiera dado un calambre.

—¿Qué haces con éste? —dijo Alejandro mirando a Manuel.

El pintor no entendía qué sucedía pero no podía permitir que tratara a Javier con semejante desprecio.

—¿Qué coño te pasa? —dijo enfadado.

Alejandro observó a la pareja y se dio cuenta de que entre ellos dos había algo más que amistad.

—O sea que es cierto —dijo Alejandro—. Rayco me lo dijo pero no le creí. Pensé que estaba alucinando. Eres un puto maricón.

—Ten cuidado con lo que dices —dijo Manuel—, ya no somos unos adolescentes.

—Me das asco —dijo Alejandro—, no puedo creer que estés con el «Army» este.

Javier recordó que aquél era uno de los insultos con el que todos los días le recibía en el instituto. Cuando saltó el escándalo del famoso club andaluz sus compañeros de clase lo utilizaron como otra forma verbal de humillarle.

—No sé cómo lo habrá hecho pero estoy seguro de que te ha liado —siguió hablando Alejandro. En su interior, quería darle una oportunidad a su antiguo amigo—. Deja a ese marica y tomemos una cerveza.

Manuel no pudo soportar que insultara a Javier de nuevo y le dio un puñetazo en la cara. Como no se lo esperaba, Alejandro cayó de espaldas. Miró a Manuel desde el suelo y se tocó la mandíbula con su mano derecha.

—Vámonos —dijo Javier tirando de Manuel—. Venga, vamos.

Mientras se alejaban, Alejandro se levantó del suelo.

—Te acordarás de esto maricón de mierda —gritó Alejandro.

Manuel se giró pero Javier impidió que retrocediera y empeorara las cosas. Tiró nuevamente de él y siguieron caminando hacia el barrio de Javier.

—¿De qué conoces a Alejandro? —preguntó Manuel extrañado.

—Hizo lo mismo que me hicisteis vosotros, pero en el instituto.

—¿También te acosaron en el instituto? —preguntó Manuel.

—Sí, él y sus amigos. No te creas, que no fue sólo en el colegio.

Si Manuel pensaba que Javier era un chico muy valiente, ahora su percepción de las cosas había cambiado y le admiraba aún más.

—¿Y tú de qué le conoces?

—Por Rayco. Son muy amigos.

—Dios los cría y ellos se juntan —dijo Javier.

Entonces se acordó de que lo había visto con dos mujeres distintas y le entró la curiosidad.

—Alejandro tenía un anillo. ¿Está casado?

Aunque Manuel no entendía a qué venía aquella pregunta, se limitó a contestar.

—Sí.

—¿Y cómo es su mujer?

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó Manuel.

—¿Es rubia? —dijo Javier acordándose de la chica que había visto con él en el centro comercial.

—No, es morena, ¿por? —dijo Manuel exagerando el tono de voz para que Javier se diera cuenta de que quería una explicación.

Javier le confesó lo que había visto en el centro comercial y la foto que tenía como prueba de lo que decía.

—Pues, si su mujer ve la foto, Alejandro se tendría que despedir de todo lo que tiene.

—¿Y eso? —dijo Javier.

Manuel le contó que Alejandro se había casado por dinero siendo muy joven. Como no quería dar un palo al agua, sedujo a la hija de un importante empresario que tenía varias propiedades en el sur, una de ellas en Los Tajinastes. Pero su suegro nunca confió en él así que obligó a su hija a que jamás pusiera nada a nombre de su marido. Además, tuvo que firmar un acuerdo prematrimonial. Alejandro les había confesado muchas veces a Rayco y a él que la soportaba porque no quería renunciar a su tren de vida.

—¿Dónde viven? —dijo Javier.

—En el chalet de la playa —dijo Manuel. Luego entrecerró los ojos y miró a Javier—. ¿No estarás pensando en...?

—¿Por qué no? —dijo Javier encogiéndose de hombros—. Se lo merece.

—No lo dudo pero es mejor que no te metas en problemas.

—Mira quién habla —le reprochó.

Casi habían llegado hasta la casa de los padres de Javier, así que Manuel se

despidió. Pero Javier no quería que se fuera, no después de lo que había pasado, así que le convenció para que fuera con él a la cita con su hermano. Manuel no estaba muy seguro de que fuera una buena idea pero Javier insistió, así que fueron a su calle y vieron que el coche de Sebastián ya estaba esperando frente a la casa. Javier les presentó y se subieron al coche. Cuando arrancó, Javier le preguntó adónde iban.

—A casa de Rosa. Nos ha invitado a tomar café.

—¿Has hablado con ella? —dijo Javier sorprendido ante la noticia.

—Sí, tuve que apelar a nuestra condición de hermanos como quince veces. Pero te advierto que no va a ser fácil.

Javier ya sabía que no lo sería. Conocía a su hermana y el carácter que tenía. Después de un rato de viaje, por fin Sebastián detuvo el vehículo frente a un bloque de pisos.

—Es el segundo de la derecha. Nosotros subiremos en un momento —dijo Sebastián refiriéndose a Manuel.

Javier salió del coche no sin mirar a Manuel antes de irse.

—¡Tranquilo! —dijo Sebastián sonriendo—. Está en buenas manos.

Javier se alejó y su hermano invitó a Manuel a pasarse al asiento del copiloto. Cuando Javier entró en el portal, Sebastián miró muy serio a Manuel.

—Mi hermano lo ha pasado muy mal en la vida así que, si no tienes intención de hacerle feliz, es mejor que salgas ahora mismo del coche y desaparezcas.

Aunque sorprendido por las palabras de Sebastián, Manuel no se dejó impresionar. Le llamó la atención que Javier nunca mencionara que él había sido una parte importante de su horrible vida.

—No te preocupes, no voy a hacerle daño.

—De acuerdo. Entonces, hálbame de ti.

Javier subió los escalones que llevaban al piso de su hermana muy lentamente. Se sentía inseguro. No sólo tenía que lidiar con las fuertes emociones de Rosa sino que, además, lo haría en su propio terreno. Javier se encontraba en clara desventaja. Mientras pensaba en cómo podía actuar para que las cosas fueran bien, se dio cuenta de que su actitud era errónea. Sentía que su primer marido fuera homosexual pero no tenía que pedir perdón por serlo él también. Tenía que hacerle ver a su hermana que no podía meterles a los dos en el mismo saco. Además, él no había preparado el encuentro. Llegó a la puerta y tocó el timbre con suavidad. Rosa abrió al cabo de un momento.

—Pasa —dijo muy seria.

Le llevó directamente al salón donde le invitó a sentarse. Rosa le preguntó si quería café y Javier le dijo que sí. Fue a la cocina y desapareció por la puerta. Javier oyó el ruido que hacía su hermana con los cajones, cubiertos y vasos mientras preparaba la bebida y, poco después, reapareció con dos tazas. Le tendió una a su hermano. Se quedaron en silencio sin saber qué decir hasta que Rosa optó por romperlo.

—¿Sabes que hago esto por Sebastián? —dijo.

—Sé que él te ha pedido que lo hagas pero esperaba que lo hicieras por mí.

Rosa se quedó callada. Había querido hacerle daño a su hermano con su mejor arma: el lenguaje. Pero Javier había esquivado el golpe y se lo había devuelto.

—Será mejor que empieces a decir lo que tengas que decir —dijo ella.

—¿Tú no tienes nada que decir? —dijo Javier.

Rosa negó con la cabeza. Javier bajó la mirada para concentrarse en las palabras. No encontraba una manera de decirlo con suavidad, tal vez porque no podía o tal vez porque no quería. Pero al final lo soltó como lo hubiera hecho Rosa.

—¿Por qué me odias? —dijo Javier lanzando la pregunta a bocajarro.

—No es sólo a ti. Odio a los maricones en general —dijo Rosa sin inmutarse.

—Pero nadie es responsable de las elecciones de tu primer marido.

A Rosa casi se le cayó el café de las manos. Se inclinó hacia delante y miró fijamente a Javier.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Sebastián?

Javier se dio cuenta de su error. Después de tantos años ocultárselo, Javier había desvelado que lo sabía tan solo días después de que Sebastián se lo dijera.

—Eso no tiene importancia —dijo Javier esquivando la pregunta de su hermana—. Lo importante es que a lo largo de estos diez años he echado de menos tener una buena relación con mis hermanos.

—Yo tengo una buena relación con mi hermano —dijo ella muy fría.

—Pues te guste o no yo también soy tu hermano, así que haz el favor de madurar y supera de una vez lo de tu marido. Te has vuelto a casar, tienes a alguien a tu lado que te quiere y lo único que haces es lamentarte de tu primer fracaso. Como me dijeron a mí hace poco, deja que tu dolor se vaya.

—¿Quién eres tú para venir a mi casa y juzgar lo que tengo? —dijo Rosa alzando la voz.

Javier sabía que su hermana acabaría aprovechando que estaban en su terreno. En otra ocasión, aquella carta hubiera hecho retroceder a Javier, pero esa vez no lo consiguió.

—¿Y quién eres tú para juzgar lo que soy si ni siquiera te has molestado en conocerme? —dijo muy tranquilo. Su hermana no encontró una rápida respuesta a la pregunta de Javier, así que aprovechó su silencio para seguir hablando—. Después de tanto tiempo pensé que, al volver aquí, tú serías la más comprensiva. Pero me sorprendió que Sebastián fuera el que me aceptara como soy. Pienso que si él ha podido, tú también puedes. La cuestión es ¿quieres hacerlo?

Rosa reflexionó un momento mirando a la pared blanca del salón. Luego, volvió a centrar la vista en Javier y enarcó una ceja.

—No —dijo rotunda—. No quiero.

Javier se dio por vencido y se levantó del sillón. Fue hasta la puerta y la cerró después de haber salido. Rosa se quedó sentada tomando el resto de café que quedaba en su taza. Bajando las escaleras, Javier se encontró con su hermano que subía acompañado de Manuel.

—¿No ha ido bien? —dijo Sebastián, aunque conocía la respuesta.

—Lo he intentado pero no hay manera. No se puede razonar con una persona que se cierra en banda. No se puede.

—Bueno, entonces vámonos.

—¿Pero tú no has quedado con ella?

—Ella vive aquí —dijo Sebastián— y tú te vas el domingo. No pienso perder el tiempo con nuestra amargada hermana cuando puedo divertirme con mi hermano y su novio.

Manuel y Javier se miraron. Aún no habían decidido qué eran y les sorprendió que Sebastián hubiera dado por hecho que eran pareja. Después de la sorpresa inicial, Manuel supo que quería ser el novio de Javier. Y éste estaba contento porque su hermano había conseguido tratar la situación con toda naturalidad. Como debe ser. Se montaron en el coche y Sebastián les miró.

—¿Dónde vamos? —dijo.

—¿Nos tomamos unas cervezas? —dijo Javier.

—Tú sí que sabes —dijo Sebastián arrancando el coche—. Compramos unas cervezas y nos vamos a la playa.



Pasaron toda la tarde bebiendo cerveza y charlando. Vieron cómo el agua del mar se tragaba al astro rey y los dejaba sin iluminación natural. Las luces del paseo, que se habían encendido una hora antes, se reflejaban ahora en las piedras de la playa. Y el rumor de las pequeñas olas era la banda sonora que les acompañaba. Sebastián y Manuel pasaron mucho rato hablando de una afición que compartían: el surf. Aunque Manuel era mucho mejor surfista de lo que Sebastián sería jamás, los dos quedaron en ir un día a coger olas.

—Pero tiene que ser esta semana porque la que viene me traslado a Madrid —dijo Manuel.

Aunque Javier ya sabía que iría a Madrid, no esperaba que fuera tan pronto. Le miró con los ojos brillantes y una sonrisa de oreja a oreja que dejaba claro lo feliz que le hacía la idea de vivir juntos en la capital, lejos de las agresivas miradas y las amenazas de personas como Rayco o Alejandro. Por supuesto que había gente intolerante en toda España, pero la libertad que se respiraba en Madrid no la había allí.

—No sabía que ibais tan en serio. Me alegro por ustedes —dijo mientras levantaba la cerveza y brindaba por ellos—. Me da pena que vuelvas a irte ahora que nos llevamos tan bien.

—No te preocupes hermanito —dijo Javier—. A partir de ahora vendremos más a menudo.

—¿Sabéis? Es muy probable que me case el año que viene.

Javier, que hasta ese momento estaba tumbado en la playa con los codos sosteniendo su espalda, se incorporó del todo y miró a Sebastián.

—¡Enhorabuena! —dijo, y levantó su cerveza para felicitar a su hermano.

—Vendréis a la boda, ¿no?

—Por supuesto que iremos —dijo Javier mientras buscaba la confirmación de Manuel, que asentía con la cabeza.

—Ya ves. Después de tantos años por fin una mujer me ha cazado.

—Estoy seguro de que ella se enfadaría si te escuchara decir que te ha «cazado» —dijo Javier.

—Lo sé, pero es la verdad. No soy de los que se casan, pero a ella le hace mucha ilusión. Y la quiero tanto que haría casi cualquier cosa que me pidiera.

Sebastián bebió un sorbo de su botellín y suspiró.

—Nos hacemos mayores Javier. Ya se terminaron nuestros años de disfrute. Es hora de sentar la cabeza.

—Lo dirás por ti, yo aún soy muy joven —dijo Javier riéndose—. De todas maneras, sigo pensando que si Yurena te escuchara, anularía la boda. Yo no creo que

se terminen los años de disfrute, sino que las diversiones y los placeres cambian.

Sebastián miró a su hermano como si estuviera analizando sus palabras para después asentir con energía.

—Siempre fuiste el más listo de la familia. Ahora resulta que también eres el más maduro.

—Me obligaron a serlo —dijo Javier agarrando fuerte la mano de Manuel para que no se sintiera culpable—. Pero tú lo eres más. Me lo demostraste cuando hablaste conmigo para solucionar las cosas.

Los dos hermanos se abrazaron. El alcohol y la mutua admiración inesperada que sentían el uno por el otro les emocionaron.

—Bueno, mariconadas las justas —dijo Sebastián provocando las risas de la pareja. Luego miró su reloj. Eran las diez de la noche—. Es tarde, me voy a casa. ¿Y ustedes?

—Yo debería pasar por casa —dijo Javier refiriéndose a la de sus padres.

—Lo comprendo. Nos vemos mañana entonces.

—¡Anda ya! —dijo Sebastián—. Ya eres mayorcito, no hace falta que te quedes en la casa de tu madre.

—Tienes razón —dijo Javier—. Pero por lo menos voy a coger algo de ropa y saludarla.

Sebastián les llevó con el coche. A pesar de haber bebido cerveza, la distancia que tenían que recorrer no era mucha, así que no quiso ni oír hablar de coger un taxi. A los pocos minutos ya estaban frente a ella. Se bajaron y se despidieron de él. Javier le dijo a Manuel que esperara en la calle. Su madre era muy estricta con lo de llevar gente desconocida a la casa. Subió corriendo las escaleras para hacer esperar lo menos posible a Manuel. Entró y fue directamente a su habitación donde metió unas cuantas cosas en una bolsa. Su madre apareció en el quicio de la puerta dándole un buen susto a Javier.

—¡Por Dios! —dijo tocándose el pecho como para sostener su corazón—, mamá, pareces un fantasma.

—¿Te vas?

—Sí, paso la noche fuera.

—Bueno, yo me voy a acostar —dijo ella.

—De acuerdo, nos vemos mañana —dijo Javier.

Su madre se quedó un rato mirando a Javier sin decir nada. Él se giró hacia ella cuando se dio cuenta de que aún seguía ahí.

—¿Quieres algo? —dijo Javier.

—No, nada —dijo Teresa reaccionando—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Javier se quedó pensando si le pasaba algo a su madre pero luego se dijo que,

fuera lo que fuera, ya lo descubriría al día siguiente. Cogió las últimas cosas que necesitaba y se fue. Abajo le esperaba Manuel sentado en la acera.

—¿Ya? —dijo.

—Sí, vamos.

Bajaron hasta el pueblo. Entraron en un bar y pidieron dos pepitos de ternera para llevar y unas cervezas. Luego fueron a la casa de Manuel. Cenaron y se tumbaron en el sofá.

—¿Te has dado cuenta de que tu hermano nos considera novios? —dijo Manuel.

—Sí —dijo Javier sabiendo a dónde quería ir a parar.

—¿Y?

—¿Qué?

—¿Lo somos? —dijo el pintor.

—No sé. ¿Lo somos?

—Por mí lo somos.

—Por mí también.

Javier y Manuel se empezaron a reír de la absurda charla que habían tenido. Parecían dos colegiales sin experiencia que no saben definir lo que tienen. Luego se besaron e hicieron el amor en el sofá para hacerlo oficial.

El sonido del móvil de Javier despertó a la pareja. Se habían quedado dormidos en el sofá, desnudos y abrazados. Javier alargó la mano para coger sus pantalones cuando se acordó de que lo había dejado cargando. Se levantó y descolgó.

—¿Sí? —dijo con la voz ronca. Tosió un poco para quitarse la carraspera.

—Soy yo —dijo Muriel marcando el sonido del pronombre—. ¿Te agarré en mal momento?

—No, dime.

—¿Querés ir conmigo a la playa?

Pocas cosas más se podían hacer en la isla. Y menos en el sur. Javier pensó que volvería a Madrid con un color envidiable, así que se animó.

—Espera un momento Muriel —dijo.

Fue hasta el sofá y despertó a Manuel para preguntarle si le apetecía ir con ellos. Somnoliento, contestó que sí con la cabeza y con un solo ojo abierto.

—Vale. ¿Cómo quedamos?

Tres cuartos de hora más tarde, Muriel les llevaba en su coche a Los Cristianos. Manuel quiso llevarse la tabla para practicar un poco su deporte favorito. Aparcaron el coche y sacaron todo lo necesario para pasar el día.

—No sabés cuánto hace que no vengo —dijo Muriel.

—Se nota —dijo Javier mirando el pálido tono de su piel y riéndose.

—Vos llegaste más blanco —protestó ella—. Tengo una foto que lo demuestra.

Aunque había gente, aún era temprano, así que pudieron colocar las toallas cerca de la orilla. Manuel se despidió de ellos y se metió en el agua con su tabla. Acostado sobre ella, avanzó utilizando sus brazos como remos y esperó a que llegase alguna ola. Muriel y Javier se quedaron un rato sentados sobre las toallas mientras se aplicaban crema protectora.

—Decile a tu novio que debería protegerse —dijo Muriel.

A Javier le fascinaba la facilidad con la que definían su relación con Manuel. Parecía que, si dos personas se gustaban, ya pasaban directamente a ese punto de compromiso. No protestó porque lo habían hablado por la noche. En lugar de eso, le aplicó la crema a Muriel en la espalda y viceversa.

—¿Qué tal les va? —dijo la argentina.

—Parece que muy bien. Se traslada a Madrid.

—¡Pelotudo, qué buena noticia! ¿Cómo no me lo dijiste antes?

—No ha sido una decisión que se haya extendido mucho en el tiempo —dijo Javier irónico.

—Y bueno, está claro que le gustás mucho.

—Me dijo que me quería —confesó Javier.

—¿En serio? ¿Qué le dijiste?

—No me acuerdo muy bien —dijo Javier recordando lo fumado que estaba— pero sé que no le correspondí.

—¿Por? —se sorprendió Muriel.

Javier se detuvo a pensar por qué no le había dicho que le quería. Le vinieron a la cabeza todas las excusas, como el poco tiempo que llevaban juntos, y le parecieron absurdas. Buscó a Manuel con la mirada. Le vio montado en su tabla intentando cabalgar sobre una ola. Y se dio cuenta de que le quería. Se preguntó desde cuando se había dictaminado que se debía esperar un tiempo prudencial para sentir amor por otra persona, como si un sentimiento tan poderoso fuera igual de exacto que las matemáticas. A Javier siempre le pareció ridículo un concepto tan poético como el amor a primera vista, pero ahora no estaba tan seguro. Llegó a la conclusión de que el amor es tan personal que nadie podía establecer unas reglas generales que se adecuaban a todos los casos.

—Javier —dijo Muriel chasqueando los dedos ante su cara—, volvé.

—Sinceramente, no lo sé —dijo Javier retomando la conversación.

Pero Javier sabía que, en el fondo, no era cierto. Aún no se creía que un hombre que le había torturado de pequeño pudiera estar enamorado de él. Sabía que sus sentimientos eran reales pero, en alguna parte de su cerebro, algo le mantenía alerta.

—Es que... es complicado.

—¿Qué relación no lo es? —dijo Muriel—. Está claro que está enamorado.

—Lo sé. Y yo también —dijo Javier sorprendiéndose de su propia confesión.

—¿Pero?

—No quiero que me hagan daño.

Muriel comprendió qué le pasaba a su amigo. Estaba claro que Javier consideraba que demostrar que estaba enamorado le colocaría en una posición vulnerable. Y tenía miedo de volver a pasarlo mal.

—Eso es algo que no podés evitar. Cuando te involucras en una relación, siempre existe la posibilidad.

—Sí pero en este caso, sería volver a cometer el mismo error.

—Las personas cometen el mismo error una y otra vez hasta que saben cómo evitarlos. Debés tenerle más miedo a perder una ocasión para disfrutar que a volver a sufrir con alguien de tu pasado.

Javier pensó que Muriel tenía razón. Adelantar acontecimientos que van a suceder era la mejor manera de perderse los que estaban ocurriendo. La argentina se levantó de la toalla y le dio la mano a Javier. Luego, fueron a la orilla para acostumbrarse a la temperatura del agua antes de zambullirse en ella. Muriel era de esas personas que salen del agua segundos después de haberse sumergido. Sólo utilizaba el mar para

refrescarse. Javier le dijo que iba a nadar un rato y que saldría después. Se despidieron y él se fue nadando hasta donde estaba Manuel, que esperaba sentado sobre su tabla a que llegara una ola. Antes de que le viera, Javier se metió bajo el agua y buceó hasta que vio la pierna de su novio colgando. Tiró de ella con fuerza haciendo que Manuel perdiera el equilibrio y cayera a su lado. Los dos salieron a la superficie riendo.

—¡Joder, qué susto cabrón! —dijo.

Los cristales de agua salada del rostro de Javier reflejaban la luz del sol y Manuel pensó en lo guapo que estaba su novio. Le besó. Javier tuvo una idea.

—¿Por qué no me enseñas a montar? —dijo tocando la tabla de surf.

—Tendríamos que ir a la orilla.

—¿Y? —contestó Javier—. A no ser que no te apetezca y prefieras quedarte aquí. A mí no me importa.

—Entonces, prefiero quedarme aquí —dijo Manuel.

—Vale —dijo Javier un poco decepcionado—. Voy fuera con Muriel.

Javier se dio la vuelta y se preparó para alejarse nadando, pero Manuel le cogió de la cintura antes de que pudiera dar una brazada.

—¡Te estoy vacilando! ¡Claro que te enseño! —dijo antes de besarle de nuevo.

Javier sonrió mientras meneaba la cabeza. Luego, ambos fueron nadando hasta la orilla. Allí, Manuel puso la tabla en la arena y le mostró cómo debía incorporarse cuando viniera una ola y qué posición debía adoptar. Después, le enseñó a moverse sobre la tabla para cabalgar sobre el agua. No le costó digerir la información y parecía que estaba preparado para probar.

—Vamos —dijo Manuel metiéndose en el agua—. Lleva tú la tabla.

Javier se colocó tal y como había visto hacer a Manuel cuando llegaron y avanzó ayudándose de los brazos. Para un nadador como él, se le hacía raro no poder utilizar bien los pies, pero se acostumbró. Cuando llegó a donde estaba Manuel, éste se acercó y le colocó la tobillera para que la tabla no fuera a la deriva. Luego, esperaron un rato a que llegara una ola mientras se besaban. Javier pensó que si su padre le hubiera dado un aliciente tan atractivo, tal vez no se hubiera aburrido tanto acompañándolo en sus aficiones.

—¡Prepárate! Ahí viene una —dijo Manuel.

De repente, Javier se puso nervioso. Se colocó en la posición que le había enseñado Manuel y esperó a que la ola llegara. El agua le impulsó y él cogió más velocidad gracias al movimiento de sus brazos. Luego se puso de pie sobre la tabla con las rodillas flexionadas. Cuando quiso moverla girando su cadera, perdió el equilibrio y cayó al agua. Salió a la superficie y vio que Manuel se acercaba. Se paró frente a él.

—¿En serio ésta es tu primera vez? —dijo Manuel sorprendido.

—Sí. ¿No se ha notado? —dijo Javier refiriéndose a su caída.

—Lo has hecho muy bien. No sabes la de tiempo que invertí yo hasta que pude ponerme de pie.

—¡Anda ya! —dijo Javier incrédulo.

—¡En serio! Tienes alma de surfero.

—No, tengo un buen profesor —dijo Javier sonriendo.

Eran las tres de la tarde y aún no habían comido. Javier se ofreció a ir a buscar algo. Aunque los otros dos quisieron acompañarle, él insistió en ir solo. Quería que Muriel y Manuel se conocieran un poco más. Al fin y al cabo, la argentina era la única amiga que tenía en la isla. Se puso las cholas y atravesó la arena de la playa hasta que llegó al paseo marítimo. Luego, buscó algún sitio donde comprar unos bocadillos y refrescos. Encontró un bar cerca de la salida por donde había accedido al paseo y entró. Pidió tres bocadillos y esperó fumándose un cigarro. Cuando pagó, se dio la vuelta para salir del bar cuando vio que entraba Alejandro con dos amigos. Se giró rápidamente rezando para que no le vieran. Disimuló haciendo que cogía unas servilletas y miró de reojo. Estaban en el otro lado de la barra. Cuando vio de nuevo las caras de los acompañantes de Alejandro, los reconoció enseguida. Se trataba de Raúl y Enrique, los mismos que le habían quitado la ropa en el vestuario del instituto. Por lo visto seguían conservando su amistad. Javier se concentró en cómo salir de allí sin ser visto pero estaban muy cerca de la puerta. Si intentaba salir apresuradamente, llamaría su atención. La única manera de hacerlo sin levantar sospechas era hacerlo con tranquilidad y rogar para que no se dieran cuenta. Cogió aire y se dio la vuelta. Echó a andar. Al pasar por su lado, pudo oír un poco de la conversación que mantenían.

—No se habla más —dijo Alejandro—. Os quedáis en mi casa el fin de semana para las fiestas...

Javier no pudo escuchar nada más porque por fin había salido del bar. Soltó el aire que había retenido durante el trayecto y siguió andando lo más rápido que pudo. Mientras avanzaba por la arena pensó en la vida tan miserable que llevaría si se hubiera quedado en el pueblo. A pesar de los años que habían pasado, la homofobia de sus antiguos compañeros había ido en aumento. Y era muy difícil vivir en el sur de Tenerife sin encontrarte a alguno de ellos. Sabía que las cosas en la capital de la isla eran distintas, pero se alegraba de que Manuel accediera a trasladarse. Si no le gustaba Madrid, sobre todo porque no había playa, ya buscarían otro sitio donde vivir. A Javier no le importaba dejar su trabajo. Cualquier cosa era mejor que volver allí y vivir con el miedo de encontrarte a alguno de aquellos indeseables. Cuando llegó a donde se habían colocado, Manuel y Muriel se dieron cuenta de que algo iba mal. Su rostro reflejaba preocupación.

—¿Todo bien? —dijo Manuel.

Javier reaccionó. Se había parado frente a ellos sin decir nada y se había quedado mirando fijamente al infinito. Sacó los bocadillos de la bolsa de plástico mientras asentía con la cabeza. Luego, se sentó al lado de Manuel y le abrazó con fuerza. Necesitaba, por un lado, sentirse protegido y, por otro, agradecerle que hubiera



decidido acompañarle a Madrid.

—¡Hey! —dijo Manuel correspondiéndole—. ¿Estás bien?

—Sí. Es que te echaba de menos —dijo Javier—. No sabes las ganas que tengo de empezar una vida contigo fuera de Tenerife.

Manuel no le comprendió pero se limitó a acariciarle la cabeza. Luego, se tomaron los bocadillos y disfrutaron del resto del día en la playa. Cuando se montaron en el coche para irse, a Muriel se le ocurrió que podían ir por la noche a una bolera que habían abierto recientemente.

—A no ser que tengan mejores planes.

Javier miró a Manuel y los dos pensaron que era una buena idea. El primero llamó a su hermano para ver si le apetecía acompañarles. Quedaron en que pasarían a buscarle con el coche de Muriel para que les siguiera con el suyo. Luego, Javier llamó a su madre. Le contó que se iban a la bolera pero que pasaría la noche en casa.

—Es que me da un poco de palo estar tanto tiempo fuera. Así, cuando me levante, desayuno con ella —le explicó a Manuel.

Muriel les dejó en el piso y les dijo que vendría a buscarlos en dos horas. La pareja subió al apartamento.

—Tenemos tiempo de darnos una buena ducha —dijo Manuel mirando lascivamente a su novio—. ¿Qué me dices?

—¿A qué estamos esperando? —respondió Javier.

Ambos fueron al baño y se metieron en la bañera después de haberse desprendido de la ropa. Mientras el agua caía por sus cuerpos, no dejaron de acariciarse y besarse. Hicieron el amor y salieron de la ducha más limpios y relajados que nunca. Cuando se está enamorado, el tiempo pasa deprisa y las horas parecen minutos. Por eso Muriel ya estaba esperándoles en el coche cuando ellos aún se estaban vistiendo. Con risas, terminaron de acicalarse, chocándose varias veces, y bajaron corriendo las escaleras. Vieron que Muriel señalaba su reloj de pulsera mientras les miraba entre enfadada y divertida. Cuando se subieron, la argentina arrancó.

—¡Ay, la pasión! —dijo Muriel suspirando—. ¡Qué intensa pero qué corta!

Minutos después ya estaban frente a la casa de Sebastián que también les esperaba en su coche junto a Yurena y Gabriel.

—Fue culpa de ellos —dijo Muriel sacando la cabeza por la ventanilla y señalando a la pareja.

Javier se acercó también a la ventanilla del coche y le tapó la boca a su amiga.

—Ella es Muriel —dijo Javier—, una amiga. Muriel, estos son mi hermano Sebastián, su novia Yurena y su hermano Gabriel —luego señaló a la parte de atrás donde estaba Manuel—. Él es Manuel. Vale, ya podemos irnos. Síguenos —le dijo a Sebastián.

Muriel arrancó y Sebastián les siguió por la carretera. El trayecto duró unos

veinte minutos. Por fin, se bajaron de los vehículos e hicieron las presentaciones más formales. Sebastián se agarró a los nuevos novios y echaron a andar. Muriel, que no tenía vergüenza, cogió el brazo de Yurena y el de Gabriel y se puso a hablar con ellos mientras caminaban. Entraron en la bolera y se dividieron. Unos pagaron la pista y cogieron los zapatos de todos y el otro grupo fue al bar y pidió las bebidas que iban a tomar. Todos juntos de nuevo, fueron a la pista y se sentaron a colocarse los zapatos mientras decidían los grupos.

—¿Qué es mejor? ¿Dos grupos de tres o tres de dos? —dijo Javier.

—A mí me da igual —dijo Yurena.

—Yo creo que es mejor dos grupos —dijo Sebastián—. Así podemos hacer uno de heterosexuales y otro de gays —dijo señalando a la pareja y a Gabriel y riéndose.

—Yo soy lesbiana —dijo Muriel.

Sebastián se puso rojo y todos se echaron a reír. Javier chocó la mano con su amiga por hacerle probar a su hermano su propia medicina.

—Creo —dijo Sebastián— que los grupos van a ser los mismos que hemos venido en los coches.

Todo el mundo estuvo de acuerdo y se pusieron a jugar. Cada uno eligió la bola con la que se sentía más a gusto y que podía manejar mejor. Empezaron la partida mientras charlaban y se reían. Manuel hizo migas con Yurena. Gabriel se puso a hablar con Muriel y Javier aprovechó para relacionarse con su hermano. Después de un rato de juego, Sebastián le dijo a su hermano que tal vez deberían haber hecho tres grupos de dos, porque los componentes estaban mezclados entre sí. Los peores jugando eran Javier y Yurena, que apenas conseguían derribar tres bolos en cada lanzamiento. Sorprendentemente, a los que mejor se les daba era a Gabriel y a Muriel.

—No sabía que supieras jugar tan bien —le dijo Yurena a su hermano.

—Yo tampoco —dijo él.

Al final ganó el equipo de Sebastián, los ocupantes del segundo coche.

—Lo siento —dijo Javier riéndose—. Soy pésimo.

—No te preocupes —dijo Manuel—, yo te quiero igual.

—Yo también te quiero.

Por fin, después de tantas cavilaciones, Javier dijo lo que sentía. No se le ocurrió que era el momento menos romántico que podía haber escogido para decirlo por primera vez, pero a Manuel le pareció el mejor, porque había reconocido sus sentimientos delante de las personas que les acompañaban. Se besaron.

—Bueno, ya vale —dijo Sebastián—, que corra el aire. ¿Acaso no queréis la revancha?

—Por supuesto que sí —dijo Muriel levantándose decidida.

Empezaron una nueva partida que perdieron otra vez gracias a los pocos puntos

que Javier otorgaba al grupo.

—Creo que me has superado —le dijo Javier a Yurena—, soy el peor con diferencia.

Se colocaron sus calzados de nuevo y devolvieron las zapatillas. Luego, salieron de la bolera y se despidieron antes de subirse a los coches.

—¿Te vas con Manuel?

—No, voy a quedarme con los viejos. Apenas he visto a mamá y quiero levantarme con ella.

—Vale. Dile que vamos el viernes a las fiestas.

Javier recordó que había prometido acompañar a su madre el viernes al pueblo para ir a la verbena. Se lamentó de haberle dicho que pasaría la noche en casa. Si se hubiera acordado de su promesa habría dormido con Manuel. Pero le dio vergüenza llamarla tan tarde para decirle que no iba a ir.

—Vale, nos vemos el viernes —dijo Javier.

Por la mañana, Teresa ya tenía preparado el desayuno cuando su hijo se levantó. Javier le preguntó qué tal había dormido.

—Bien. Como siempre. ¿Qué tal lo pasaste anoche?

—Muy bien. Nos divertimos mucho.

—Me alegro —dijo Teresa.

Hablaron sobre varias cosas cotidianas hasta que su madre le recordó que mañana habían quedado para bajar a las fiestas del pueblo. Javier le confirmó que le acompañaría.

—¿Vas hoy? —dijo Teresa.

—No lo creo. No me gustan mucho —respondió Javier.

Javier pensaba ir a buscar a Manuel y, o bien quedarse en su casa o salir del pueblo a tomar algo. Pero no quería quedarse por iniciativa propia a riesgo de encontrarse con alguno de sus antiguos compañeros.

—¿Me haces un favor? —dijo su madre—. ¿Puedes ir al supermercado a traerme algunas cosas que necesito para la comida?

—Claro.

Teresa le apuntó lo que necesitaba en una hoja de papel. Su madre tenía una letra característica, fruto de la antigua educación religiosa que había recibido. Cuando le fue a dar un billete, Javier se negó a cogerlo y salió de la casa antes de que Teresa pudiera protestar. Fue un par de calles más abajo y entró en el pequeño y único supermercado del barrio. Cogió una cesta y metió en ella todo lo que su madre había escrito en el papel. Luego se puso en la cola de la caja y esperó su turno para pagar. Cuando llegó a su casa con la compra, insistió en ayudarle a cocinar. Pasaron la mañana hablando mientras cortaban, picaban y cocían los ingredientes del almuerzo. Javier nunca había visto a su madre tan suelta como aquel día. Hablaba sin tapujos de cualquier tema. Javier pensó que la barrera que habían superado les había unido al fin. No entendía cómo una cosa tan anecdótica como su homosexualidad había distanciado tanto a todos los miembros de la familia. Sin embargo, se alegró de que Teresa y él se relacionaran como madre e hijo. Había recuperado a la mitad de su familia y eso le llenaba de satisfacción. Cuando terminaron de cocinar, subieron a la azotea y Javier ayudó a su madre a tender la ropa que había puesto en la lavadora. Acabaron en un santiamén.

—Qué rápido —dijo Teresa—. Recuerdo cuando tardaba casi media hora porque tenía que tender la ropa de los cinco. Y también recuerdo cuando ponía tres lavadoras al día. Ahora sólo tiendo una vez.

Teresa agachó la cabeza pensando en lo solitaria que se había quedado la casa cuando todos sus hijos se fueron. Todo se le hacía más grande, enorme. La lavadora

con capacidad para ocho kilos de ropa, los enormes tambores de detergente que no le duraban un asalto, las seis barras de pan que compraba al día para alimentar a su familia, los veinticuatro litros de leche que le duraban dos semanas, las cacerolas donde cocinaba... Todo tuvo que reducirlo drásticamente para adecuarlo a las nuevas necesidades. Y, sin embargo, en lugar de encontrar alivio y ahorro, halló vacío y pena.

—Me siento sola —dijo.

Javier la miró extrañado. Teresa, una mujer fuerte y luchadora, por primera vez se revelaba ante su hijo como un ser humano con miedos y debilidades. Javier fue a abrazarla.

—Deberías hacer algo con el tiempo libre que tienes. ¿Por qué no te apuntas a algunas clases de algo que te guste?

—¿Como qué? —dijo Teresa.

—No sé... ¿No hay nada que quieras hacer o aprender?

Javier se dio cuenta de lo poco que conocía a su madre. No sabía cuáles eran sus aficiones ni lo que le gustaba hacer. Tampoco la había visto nunca abandonarse a alguna actividad que le atrajera. Todo lo contrario de su padre, que había invertido mucho dinero en entretenimiento propio.

—No sé... ¿Qué tal unas clases de baile de salón, como esas de la tele?

Javier se rió. Ahora entendía de dónde le venía su pasión por el baile. Si bien le atraía otro estilo, los genes danzarines tenían un código XX.

—¿Por qué te ríes? —dijo Teresa enfadada.

—No me río de ti. Es que a mí también me gusta bailar y me ha parecido divertido que compartamos afición. Qué pena que no te hubieras apuntado cuando era pequeño. Habría ido encantado en lugar de perder en tiempo con las aburridas aficiones de papá.

No se habían dado cuenta de que Pedro se había levantado y estaba escuchando la conversación. Como no había visto a nadie, quería buscar a su mujer para ver si comía con él. En otro momento, Pedro se habría acercado a ellos y hubiera puesto el grito en el cielo, insultando a su hijo de mil maneras. Pero después de lo que le dijo Javier en la comida familiar, no quería volver a enfrentarse con él. Así que se fue sin que supieran que había oído todo lo que habían dicho.

—Ahora son las fiestas y estará todo cerrado. Pero te llamaré desde Madrid para ver si te has apuntado.

Bajaron las escaleras y fueron a la cocina donde vieron a Pedro comiendo solo. Se sirvieron ellos también la comida y almorzaron en silencio. Luego, Pedro se fue al bar con sus amigos.

—¿Por qué no hablas con tu padre? —dijo Teresa cuando se fue.

—No quiere hablar conmigo. Me odia.

—No es verdad. Te quiere.

—Pues no se nota.

—Es que lo hace a su manera.

—Las palizas y los insultos no son muestras de cariño sino de todo lo contrario. Yo no puedo hacer más.

Cuando terminaron de comer, Javier se despidió de su madre y se fue. Mientras bajaba al pueblo, llamó a Manuel por teléfono. Lo tenía apagado. Javier no se extrañó porque Manuel apenas usaba su teléfono. Decía que llamaba mucho cuando estaba trabajando y ahora que estaba de vacaciones no le apetecía usarlo. Siguió andando. Empezó a ver las banderillas que anunciaban los festejos del pueblo. Luego, en el antiguo «campo de barro», vio montadas varias atracciones que estarían funcionando a tope cuando llegara la noche. Habían puesto unas vallas que cerraban la nueva carretera, por lo que los coches debían introducirse en el pueblo si querían pasar al otro lado. Javier no sabía que las fiestas se celebrasen allí. Cuando era más joven se hacían en la plaza, cerca del paseo, al lado de la playa. También vio algunas casetas con terrazas de mesas y sillas de madera que serían las encargadas de suministrar las bebidas. Luego observó que al fondo habían puesto el escenario donde alguna orquesta amenizaría la noche. Javier pasó de largo y fue directamente al piso de Manuel. Por el camino vio que varios chicos completamente empapados corrían tras otro. Recordó la fiesta de la papada, donde tiraban al agua al primero que veían. Fue avanzando mientras se escondía de la gente. Cuando llegó al piso, tocó el timbre pero nadie contestó. Supuso que tal vez había ido a la playa para hacer surf, por lo que torció por la esquina del edificio y fue hasta el paseo. Allí vio a un grupo de gente cerca de la orilla, casi todos con la ropa mojada. Miró al mar pero no vio a ningún surfista, así que decidió acercarse al corrillo a ver qué sucedía. Fue esquivando a la gente hasta que llegó a la orilla. Estuvo a punto de desmayarse cuando vio que Manuel estaba boca abajo flotando sobre el agua. Quitó a la gente y se metió en el mar temiéndose lo peor. Le dio la vuelta al cuerpo y lo arrastró hasta la arena. Allí comprobó su pulso. No tenía. Quería realizarle algún tipo de primeros auxilios pero no sabía qué debía hacer. Javier comenzó a llorar desconsoladamente. Pero su pena dio paso a la rabia. Miró a las personas que había allí.

—¿Pero qué coño os pasa?! —gritó—. ¿Por qué no le habéis sacado del agua?!

—Hemos llamado a la policía —dijo uno.

—Y a una ambulancia —añadió otro.

—¡Malditos gilipollas! ¡Le habéis dejado morir! —dijo entre lágrimas.

Luego empezó a chillar de dolor como nunca lo había hecho, ni siquiera cuando el estrés del acoso le impedía respirar. Se abrazó al cuerpo sin vida de Manuel y le besó. Aún no podía creer que sostuviera entre sus manos a Manuel, su Manuel, muerto.

—Un maricón menos —dijo uno.

Javier dejó la cabeza de Manuel con cuidado en la arena y se fue directamente hacia el que había hablado. Le dio un puñetazo en la cara tan fuerte que le tumbó. Luego se colocó encima de él y empezó a pegarle con los puños cerrados mientras gritaba como un loco. Estaba fuera de sí. Alguien le cogió de los brazos y le apartó. El agredido se fue arrastrando unos metros hasta que pudo levantarse y huir.

—¡Suéltame! —gritó Javier a su captor deshaciéndose de él. Luego miró a todos los que estaban allí—. Sois todos unos hijos de puta. vuestras vidas están tan vacías que tenéis que hacer daño a los demás para no enfrentaros con vuestra realidad. Entre todos le habéis matado —dijo señalando a Manuel.

El sonido de la sirena de un coche de policía desvió la atención de todos. Detrás apareció una ambulancia de la que salieron unos sanitarios que fueron corriendo hacia Manuel. Confirmaron su defunción y pasaron el testigo a la policía.

—¿Alguien le conocía? —preguntó un policía.

—Sí, ese... —dijo una mujer señalando el lugar donde estaba Javier. Pero ya no había nadie—. Se ha ido.

Javier había subido al paseo y empezó a hablar con el policía que se había quedado en el coche dando instrucciones por radio. Le contó lo que había visto y el policía le tomó declaración.

—¿Conoce a algún familiar del fallecido?

—No tenía —respondió Javier haciendo un gran esfuerzo por no llorar.

—De acuerdo, puede irse —dijo el policía.

—¿Puedo ir en la ambulancia? —dijo.

En cuanto pronunció la pregunta, se echó a llorar de nuevo.

—Se lo llevan para hacerle la autopsia —dijo el policía a modo de negación.

Javier echó a andar alejándose de la multitud que se congregaba en la playa. Cuando ya nadie podía verle, empezó a correr en dirección a su barrio. Pero a mitad del camino, se dejó caer al suelo y lloró la muerte de Manuel.

Cuando llegó a la casa de sus padres, se encerró en la habitación luchando contra sus ganas de romperlo todo. No comprendía cómo había pasado. Manuel era un excelente nadador y su cuerpo estaba cerca de la orilla. Era imposible que se hubiera ahogado a tan poca profundidad. Otra posibilidad era que le hubieran tirado al agua con motivo de las fiestas. Pero, aún así, no tenía sentido pensar que se trataba de un accidente. Alguien le había quitado la vida intencionadamente. Su cabeza era una batidora de recuerdos donde se mezclaban las amenazas de Rayco y los insultos de Alejandro. A Javier le parecía increíble que aquellos dos hubieran llegado tan lejos. No había otra explicación posible. Sus antiguos acosadores habían matado a su novio. Juntó las piernas sobre el pecho y ocultó su cara entre las rodillas. Lloraba amargamente. A su mente acudió la imagen de Rayco en distintos momentos de su vida: de pequeño, cuando le amenazaba, le insultaba y le pegaba; de mayor, cuando salía del piso de Manuel como una furia. Luego se acordó de Alejandro y sus dos amigos, en el instituto y en la playa. La rabia se apoderó de él. Apretó los dientes con fuerza mientras cerraba los puños en un intento de controlar toda aquella energía negativa. Miró al frente y, mientras observaba la pared blanca, la idea de vengarse pasó por su cabeza. Intentó analizar si el sentimiento era producto de la rabia. Supo que no. Durante años deseó vengarse de ellos y la muerte de Manuel había hecho reaparecer el sentimiento. Se preguntó si la venganza era lícita. Conocía el pensamiento de grandes escritores y filósofos acerca del desquite personal. Muchos optaban por el olvido como la mejor opción. Pero la cabeza de Javier se negaba a aceptar los hechos y pasar página sin un merecido castigo. Tenían que pagar por todo lo que habían hecho. La justicia no era suficiente, pues pensaba que era una fórmula humana de controlar las venganzas. ¿Pero quién era él para tomarse la justicia por su mano? ¿Tenía derecho a ello? Javier se llevó la mano a la cabeza intentando despejarla de sus oscuros pensamientos. Pero no podía. En el fondo sabía que, si se iba sin hacer algo al respecto, se arrepentiría toda la vida. Entonces, se obligó a calmarse. A pesar de que en la casa de sus padres no se podía fumar, encendió un cigarro. Después de dos caladas, lo vio claro. Debía hacer algo, pero tenía que estar lo suficientemente sereno para idear una venganza que fuera justa. Así, si le descubrían, nadie podría reprochárselo. Para Javier era importante que si todo salía a la luz, muchas personas reconocieran que hubieran hecho lo mismo, ya que era un indicio de que no se había extralimitado. Tenía que pensar en la mejor forma de llevar su venganza a cabo. Miró hacia el techo y suspiró.

—Lo siento Manuel. Tengo que hacerlo —dijo secándose una lágrima rebelde.

Recordaba la oposición de Manuel a que le enseñara a la mujer de Alejandro la prueba de su adulterio. Pero ahora ya no contaba con su contención. Tan sólo



quedaban dos días para que saliera su vuelo de regreso a Madrid. Tenía que aprovechar la tarde de aquel negro jueves para disponerlo todo. Recordó que al día siguiente había quedado con su madre, así que decidió llevarlo todo a cabo el sábado. Se levantó de la cama y llamó a su amigo Dani. Estuvo hablando un buen rato con él mientras le contaba lo sucedido. Dani le consoló como pudo mientras se escandalizaba secretamente por la bestialidad de los actos contra su amigo. Después, entre los dos idearon un pequeño plan.

—Vas a necesitar ayuda —dijo Dani.

—Lo sé. Tengo que hablar con mi hermano. Luego te llamo.

—Vale.

—Dani...

—Dime —dijo Dani colocándose de nuevo el teléfono cerca de la oreja.

—Gracias —dijo Javier.

Cuando colgó, Javier llamó a Sebastián. No lo cogía. No podía perder el tiempo así que decidió ir caminando hasta su casa. Por el camino iba pensando en la legitimidad de su venganza. Javier era consciente de que el deseo de venganza era algo común en los seres humanos pero se preguntó si le iba a reportar algún beneficio. La sola idea de ver sufrir a Rayco y a Alejandro le hacía sentirse bien, lo que provocaba que acelerara el paso para llegar cuanto antes a casa de su hermano. Javier pensó que se lo merecían. No sólo eran unos asesinos sino también unos torturadores natos que disfrutaban con sus sádicas ideas.

Cuando llegó a casa de Sebastián, rezó para que estuviera allí. Tocó y cerró los ojos mientras esperaba una respuesta. No la hubo.

—¡Mierda! —dijo tocando de nuevo con fuerza.

Después de unos segundos, la puerta se abrió de golpe. Al otro lado estaba su hermano con el cuerpo mojado sujetando una toalla alrededor de su cintura. El pelo le caía hacia un lado y goteaba.

—Javier, ¿qué haces aquí? —preguntó Sebastián.

Javier se abrazó al húmedo hombro de su hermano mojándose la camiseta.

—Han matado a Manuel.

Sebastián dejó caer la toalla de la impresión y abrazó a Javier. Luego, le invitó a pasar mientras se tapaba de nuevo y le alentaba para que le contase lo que había pasado. Javier le relató cómo había encontrado el cuerpo sin vida de Manuel flotando en el agua. Después, le explicó a su hermano las sospechas que tenía.

—Pero no hay pruebas de que fueran ellos —dijo Sebastián.

—Estoy seguro de que lo hicieron ellos. Hace unos días vi cómo ambos amenazaban a Manuel. Y después de mi experiencia sé que son capaces de muchas barbaridades, incluido el asesinato.

—Lo que estás diciendo es muy fuerte. Hacen falta pruebas.

—No las necesito —dijo Javier.

Sebastián interrogó a su hermano con la mirada. Se le pasó por la cabeza la idea de que tal vez su hermano hubiera decidido tomarse la justicia por su mano.

—¿Has hablado con la policía? —dijo Sebastián.

—Sí.

—¿Les has dicho de quién sospechas?

Javier negó con la cabeza. Sabía adónde quería llegar su hermano pero dejó que fuera él quien pusiera las cartas sobre la mesa.

—¿Por qué no se lo has dicho? —dijo Sebastián lentamente.

—Porque no piensan que fue algo premeditado.

Sebastián se hartó de rodear el asunto y fue directamente al grano.

—¿Estás planeando algún tipo de venganza?

—Sí, y necesito tu ayuda —dijo Javier muy decidido.

Sebastián se levantó y se pasó las manos por la cabeza. Fue hasta su habitación y se puso unos calzoncillos. Luego, sin poder pensar con claridad, se terminó de vestir y fue de nuevo al salón.

—¿Es que te has vuelto loco? —dijo al fin mirando a Javier mientras le apuntaba con las palmas.

—Sabes que se lo merecen. Además, no voy matarles.

—¿Y si no fueron ellos? ¿Y si resulta que no fue nadie, que Manuel se ahogó solo? —dijo Sebastián alterado.

—Entonces sólo pagarán por lo que me hicieron a mí —sentenció Javier.

Sebastián no estaba convencido. Podían meterse en un problema muy grave si todo aquello salía a la luz.

—No sé, Javier. No sé... —dijo.

—Escúchame —dijo Javier levantándose—. Cuando llegué me dijiste que te arrepentías de no haberme ayudado cuando éramos niños. Ahora tienes tu oportunidad.

No le gustaba apelar al sentimiento de culpa de su hermano pero no tenía otra opción. Sebastián miró a Javier y vio la súplica en sus ojos. Sabía que se arrepentiría si no ayudaba a su hermano. Asintió con la cabeza.

—De acuerdo. ¿En qué has pensado?

Media hora después, ambos salían de la casa en dirección al coche. Cuando estaban a punto de subir, una voz les detuvo.

—Vaya, vaya. No sabía que teníais una relación tan estrecha.

Los dos hermanos se giraron y vieron la figura de Rosa acercándose al vehículo.

—Me dijiste que habíais hablado, no que os habíais convertido en uña y carne —siguió diciendo Rosa.

—¿Qué quieres? —dijo Sebastián—. Estábamos a punto de irnos.

—Eso ya lo veo —dijo Rosa—. Dime Sebastián, ¿qué harás cuando tu querido hermano se vaya y te deje aquí? ¿Vendrás a verme suplicando que te perdone?

—No tengo nada de lo que arrepentirme —dijo Sebastián enfadado—, es mi hermano y me apetece estar con él.

—Me parece bien. Pero luego no vengas a mí cuando se haya ido a Madrid —le dijo Rosa. Luego se giró hacia Javier—. Y tú ¿por qué no te largas de una puta vez con tu novio bujarrón y nos dejas en paz?

Las palabras de Rosa le recordaron a Javier que su novio iba a trasladarse a Madrid con él. Su afilada lengua le causó más daño que los insultos de los indeseables asesinos de Manuel. No pudo evitar llorar desconsoladamente. Rosa se desconcertó por un momento.

—Mira que eres bruta... —dijo Sebastián.

Javier levantó la mano pidiendo a su hermano que se callara. Luego, se acercó a Rosa con lágrimas en los ojos intentando hablar a pesar de los sollozos.

—Mi novio no puede venir conmigo porque lo han encontrado ahogado en la playa, asesinado por los mismos que me hicieron la vida imposible. Espero que mi dolor sirva para que te recuperes de tu primer fracaso matrimonial y te des cuenta de que a ti, por ser heterosexual, nadie quiere matarte.

Javier se dio la vuelta y se subió al coche. Sebastián hizo lo propio y se alejaron de Rosa, que se había quedado enmudecida por las palabras de su hermano.

Aparcaron el coche en el barrio y fueron caminando hasta el piso de Muriel. Afortunadamente también se encontraba en la casa, así que les invitó a subir rápidamente. Pero su alegría se acabó cuando vio la cara hinchada de Javier y los ojos tan rojos como su carmín favorito. Por tercera vez, Javier contó lo que había pasado, aunque ya no podía llorar más. Se había quedado sin lágrimas. El gesto horrorizado de Muriel iba en aumento conforme Javier relataba los hechos y sus conjeturas.

—¡Qué hijos de la grandísima puta! —dijo Muriel cuando su amigo terminó—. ¿Fuiste a la policía?

—No.

Javier no le había contado que había declarado voluntariamente para poder largarse de la playa ni que había omitido a conciencia sus sospechas.

—¡Pero...! ¿A qué esperás? —dijo Muriel exasperada—. Llamá ahora mismo y contale lo que sabés.

Muriel cogió su teléfono y se lo tendió a su amigo. Este no hizo ni el amago de cogerlo.

—¡Llamá! —gritó Muriel.

—No voy a llamar, Muriel —dijo Javier—. No he venido a usar tu teléfono.

El tono seco y sombrío de Javier sobrecogió a Muriel, que se quedó paralizada mientras le observaba fijamente.

—Voy a vengarme de ellos —dijo Javier con decisión—. Y necesito saber si puedo contar con tu ayuda.

Muriel caminó unos pasos hacia atrás mientras tocaba el aire con sus manos en busca de un sillón. Cuando sus dedos lo rozaron, se dejó caer sin dejar de observar a Javier. No le vio pestañear ni una sola vez y por su voz sabía que lo decía en serio. Su amigo le estaba pidiendo que fuera cómplice de su particular cruzada. Lo sentía mucho por la muerte del joven Manuel, pero ella creía firmemente en la justicia y en el trabajo de la policía. Por otro lado, sabía que muchas veces la maquinaria legal fallaba y muchas injusticias quedaban sin su correspondiente castigo. Javier se dio cuenta de la duda que asomaba en la mirada de la argentina.

—No vamos a cometer ningún delito de sangre —dijo Javier—, pero quiero que conozcan el sufrimiento que tanto les gusta causar.

Muriel se llevó una mano a la barbilla y se la acarició mientras meditaba. Cuando su amigo le había dicho que quería venganza, inmediatamente había pensado en el asesinato. Pero se había tranquilizado tras las palabras de Javier y ahora lo veía todo desde otra perspectiva.

—¿En qué pensaste? —dijo al fin.

Horas más tarde, los dos hermanos salieron de la casa de la argentina y se

despidieron hasta el sábado. Por la mañana, Javier y Muriel quedaron muy temprano y fueron en el coche de ella hasta la capital de la isla. Recorrieron la ciudad en busca de tiendas donde conseguir todo lo que necesitaban. Compraron en diversos establecimientos para que los dependientes no sospecharan y pagaron todo en efectivo. En una tienda de imagen y sonido compraron una videocámara. En otra, se agenciaron una grabadora. Y también consiguieron unos pasamontañas, además de ropa oscura, y cloroformo. Mientras, Sebastián se encargó de conseguir una furgoneta. Tenía un amigo que le podía prestar una pero se cuidó mucho de no decirle para qué la necesitaba.

Por la tarde, Javier se preparaba para bajar al pueblo con su madre.

—Toma —dijo Teresa—, lleva la cámara. Quiero que nos saquemos algunas fotos.

Javier cogió la cámara fotográfica y ambos salieron de la casa. Teresa iba muy contenta porque le gustaba mucho ir a las fiestas en compañía de su hijo.

—¿Y tu... novio? —dijo Teresa—. ¿Me lo vas a presentar?

Javier se mordió el labio en un intento desesperado por evitar ponerse a llorar ante su madre. No quería que se enterase por si algo salía mal.

—No está aquí —dijo como pudo—, ha subido a Santa Cruz.

Disimulando, se agarró a su madre y sacó la cámara de fotos. Disparó después de apuntar con el objetivo.

—Ahora una tú sola —dijo Javier colocándose frente a su madre y sacándole una foto.

Más tarde, llegaron a la zona donde Javier había visto que se celebraban las fiestas.

—Me gustaba más cuando las hacían en la plaza —dijo Teresa—. Aquí no te puedes sentar.

—Podemos ir a un ventorrillo y sentarnos en una mesa —dijo Javier.

Su madre aceptó y se sentaron en la primera mesa que vieron vacía. Su madre pidió una cerveza y Javier un refresco. No quería beber alcohol. Allí, sentado con su madre, que le relataba los últimos cotilleos del barrio, Javier vio la figura de Rayco que pasaba muy cerca de ellos. Se levantó de un salto y le dijo a su madre que volvería enseguida. Luego, se dedicó a seguirle durante un buen rato. Llegaron hasta la parte posterior de su antiguo colegio donde le vio con un grupo de niños de no más de quince años. Luego, sacó algo del bolsillo trasero de su pantalón. Javier cogió la cámara y empezó a sacar fotos. A través del visor pudo observar cómo Rayco repartía lo que parecían bolsas de cocaína a aquellos adolescentes que se iban después de coger sus dosis. Cuando terminó, Rayco miró hacia los lados para comprobar que nadie les había visto. Javier se escondió rápidamente y luego echó a correr hacia la mesa donde Teresa le esperaba.

—¿De dónde vienes corriendo? —preguntó su madre.

—Es que... no quería que estuvieras mucho tiempo sola —mintió Javier.

Teresa retomó la conversación por donde la había dejado pero Javier no le escuchaba. Pensaba en la casualidad que le había permitido registrar la pequeña red de narcotráfico que había formado su enemigo Rayco. Y se preguntó si Manuel, donde quiera que estuviera, había tenido algo que ver con ello.

—¿Me estás escuchando? —dijo Teresa al ver que su hijo no la miraba.

Javier reaccionó y observó a su madre. Iba a mentirle para que no se sintiera ofendida cuando vio que su hermana iba hacia ellos acompañada de su marido.

—Ahí viene Rosa —disimuló Javier.

Su hermana saludó a su madre e intercambiaron algunas palabras. Luego, miró a Javier y le pidió que le acompañara. Él se extrañó pero accedió a la petición de Rosa. Se alejaron de la mesa dejando a Teresa con Carlos.

—Sólo quería decirte que siento mucho lo que ha pasado. Llamé a Sebastián para que me lo contara.

—Gracias —dijo Javier.

—Yo no quiero que te pase nada malo, Javier. Lo que ocurre es que... tienes que darme tiempo.

—Tienes todo el tiempo del mundo, no pienso volver —dijo Javier.

—Entonces iré yo a Madrid —dijo Rosa.

Aquello sí que sorprendió a Javier. No sólo su hermana había recapacitado, a pesar de que había sido a raíz de una desgracia, sino que estaba dispuesta a trasladarse a Madrid unos días para empezar de cero. Sin embargo, no dijo nada. Apreciaba el gesto de Rosa pero no era el momento más adecuado.

—Volvamos a la mesa —dijo Javier.

Rosa se dio cuenta de que su hermano también necesitaba tiempo. Cuando llegaron a la mesa, Javier se disculpó de nuevo diciendo que tenía que hacer una llamada urgente. Cogió su móvil y llamó a Dani.

—Cambio de planes. Ha sucedido algo y necesito que me ayudes a planear cómo lo puedo usar —dijo Javier sin saludar a su amigo.

El sábado por la mañana, Sebastián filmaba a su hermano en la playa. A su lado, Muriel observaba a Javier, que se encontraba cerca de la orilla.

—Manuel Dorta era un buen surfista. Casi todos los días sacaba su tabla e iba a coger olas, bien con sus amigos o bien solo. Su cuerpo se halló la tarde del jueves muy cerca de la orilla donde me encuentro. Resulta difícil imaginar cómo una persona tan acostumbrada al mar pudo ahogarse a esta escasa profundidad —dijo Javier señalando la zona donde encontró el cuerpo de su novio.

En ese momento, Javier se puso a llorar. Sebastián dejó de grabar y Muriel se acercó a él.

—¿Estás bien? —dijo la argentina.

Javier sacudió la cabeza. No iba a permitir que sus emociones arruinasen el plan. Tenía que hacerlo como fuera.

—Sigamos —dijo secándose las lágrimas y recobrando la compostura.

Fueron grabando por algunos lugares del pueblo. Después, se separaron. Javier fue caminando por el paseo hasta que llegó a la casa de Alejandro. Cuando llegó a la puerta, se detuvo un momento para coger aire. Luego, tocó. Al cabo de un rato, su mujer abrió la puerta. Antes de que dijera nada, Javier se adelantó.

—Usted no me conoce, no sabe quién soy y seguramente no tiene por qué creerme, pero debo decirle que su marido la engaña.

—¿Quién es usted? —dijo la mujer extrañada.

—Eso no importa. Lo importante es que tengo pruebas de lo que digo.

Javier sacó la foto del centro comercial y se la dio a la mujer. Ella reconoció al instante a su marido y se le cambió la cara cuando supo que aquel extraño tenía razón. Javier se alejó sin despedirse y la mujer cerró la puerta sin dejar de mirar la foto. Dos minutos más tarde, Alejandro salía a la calle buscando al delator. Javier, que estaba esperando impaciente, le saludó con la mano para asegurarse de que le veía y luego le levantó el dedo corazón. Alejandro corrió hacia él y Javier hizo lo mismo pero en sentido contrario. Corrió por el paseo hasta que torció por una esquina. Alejandro se acercaba peligrosamente así que Javier se obligó a avanzar más rápido. Pasó al lado de una furgoneta aparcada en la calle. Cuando pasó Alejandro, algo le detuvo cogiéndole por la camiseta y le pusieron un pañuelo en la cara. No pudo evitar respirar el cloroformo y se quedó dormido al instante. Rápidamente, metieron su cuerpo en el interior del vehículo y arrancaron. Por el camino, recogieron a Javier y salieron rápidamente del pueblo.

Media hora más tarde, Alejandro se despertó atado a una silla. Estaba en una habitación blanca y el único mobiliario que había era una silla colocada a su lado. Javier entró en la habitación acompañado de un hombre vestido de negro que

ocultaba su rostro tras una capucha.

—¿Qué tal has dormido? —dijo Javier.

—Hijo de puta, como te coja...

Javier le dio una bofetada con el dorso de la mano.

—Esto es lo que vas a hacer. Quiero que llames a tu amigo Rayco y quedes con él detrás del colegio.

—¡Y una mierda! Pégame todo lo que quieras maricón de mierda —gritó Alejandro.

Javier se giró hacia su hermano, que estaba totalmente cubierto por la ropa negra y el pasamontañas. Éste le dio un enorme cuchillo de cocina. Luego, fue hacia el rehén y le colocó el cuchillo en la cara.

—Me parece que no lo entiendes —dijo Javier deslizado el arma blanca por el cuerpo de Alejandro—, o haces lo que te digo o despídete de tu polla.

Javier presionó ligeramente el cuchillo contra la entrepierna de Alejandro. Éste quiso retroceder pero no pudo. Empezó a temblar. Sebastián se acercó y le dio un móvil a su hermano.

—Aquí tengo tu móvil pero no está el número de teléfono. Dímelo.

Alejandro no dijo nada. Empezó a sudar como si estuviera dentro de una sauna.

—¡El número! —gritó Javier apretando un poco más el cuchillo.

Alejandro gritó de miedo ante la posibilidad de que le castraran y empezó a decir cifras. Cuando terminó, Javier se sentó a su lado y le puso el móvil al lado de su oreja derecha.

—Como se te ocurra avisarle de alguna manera, no vas a poder ser infiel nunca más.

Tres tonos más tarde, Rayco cogió el teléfono.

—Dime —dijo.

—Rayco, reúnete conmigo detrás del colegio —dijo Alejandro intentando sonar tranquilo.

—¿Ahora? ¿Para qué?

—Te lo explico cuando nos veamos. Dentro de...

Alejandro miró a Javier en busca de alguna señal que le permitiera saber a qué hora querían que lo citara.

—Media hora —dijo Alejandro al fin después de ver las indicaciones de Javier.

Javier colgó. No quería darle oportunidad a Alejandro para alertar a su amigo. Sabía que a lo mejor podía aprovechar la oportunidad para soltar alguna incongruencia que Javier no captaría pero Rayco sí.

Javier y su hermano salieron de la habitación dejando a Alejandro amordazado y a oscuras. Luego se acercaron a Muriel que estaba en otra habitación frente a un ordenador.



—¿Ya se lo has mandado todo? —preguntó Javier.

—Sí, tardó un poco pero ya está.

—Muy bien, vamos a por Rayco.

Sebastián y él fueron a la cita en la parte trasera del colegio. Llegaron unos quince minutos antes. Se agazaparon tras un montículo de tierra y esperaron a que apareciera Rayco. Llegó tarde, por lo que los hermanos estuvieron veinticinco minutos esperando agachados. Se acercaron a él por detrás y repitieron la misma operación que con Alejandro salvo que en aquella ocasión tuvieron que cargar con el cuerpo. Lo llevaron a la furgoneta y se marcharon. Con cuidado para que nadie les viera, lo subieron a la casa y le metieron en otra habitación. Le ataron como al primero. Luego, ambos se ocultaron tras los pasamontañas. Sebastián preparó la cámara de video. Cuando Rayco despertó, tardó algo de tiempo en enfocar a sus captores. Sebastián le dio a grabar y ocultó la cámara entre su ropa.

—Tenemos malas noticias para ti —empezó a decir Javier—. Somos algunos habitantes del pueblo bastante cabreados que haremos lo que sea para que nuestros chicos estén a salvo de tus drogas.

—¿De qué están hablando? ¿Quiénes son ustedes? —dijo Rayco asustado.

—No finjas que no sabes de lo que hablo. Tu amigo ha confesado. Lo sabemos todo sobre tu organización.

—¿Qué amigo?

—El que te ha llamado hace un momento. ¿Quién si no?

Rayco miró a los lados intentando buscar una salida. No la había. Empezó a removerse inquieto en la silla. Sabía que si le pillaban iba a estar una buena temporada en la cárcel, pero nunca había contado con que un grupo de gente del pueblo se aliara en su contra. Javier intentó apretar más las tuercas para que Rayco se desmoronara. Cogió un sobre y sacó algunas de las fotos de la tarde anterior.

—Esto nos lo ha dado Alejandro. Dice que eres tú el único responsable.

Rayco observó alucinado las fotos que Javier le mostraba. No podía creer que su amigo le hubiera delatado. No entendía por qué lo había hecho.

—Yo... —dijo Rayco asustado—. ¿Qué quieren?

—También afirma que mataste a Manuel Dorta. Vas a ir a la cárcel, de eso no hay duda, pero antes te daremos tu merecido —dijo Javier acercándose a él.

—¡Esperen! —gritó Rayco—. Yo no maté a Manuel. Fue Alejandro. ¡Lo juro!

—¡Cállate! —gritó Javier a su vez mientras amenazaba a Rayco con la mano levantada.

—¡Es la verdad! Fue él. Alejandro quería aprovechar que eran las fiestas del pueblo para darle un escarmiento. Pero estaba fuera de sí y se pasó de la raya. Quise detenerle, pero Manuel ya estaba muerto —dijo Rayco atropelladamente. Luego alzó la voz de nuevo para remarcar la veracidad de su historia—. ¡Es la verdad!

—¿Cómo lo hizo? —dijo Javier.

—Quedamos con él en la playa para, supuestamente, hacer las paces. Manuel estaba saliendo con un tío, nos engañó, y nos enfadamos. Alejandro lo utilizó para hacerle ir hasta la playa y le ahogó.

Javier salió de la habitación seguido de Sebastián. Estaba a punto de llorar ante la confesión de Rayco. Cerró los ojos con fuerza y apretó los labios para evitar el llanto. Tenía que terminar lo que había empezado.

—¿Vamos? —dijo Sebastián.

Javier asintió. Cogió la grabadora que tenía en el bolsillo del pantalón y la sostuvo en su mano derecha. Sebastián se colocó el pasamontañas. Luego, entraron en la habitación donde estaba Alejandro.

—Rayco ha confesado que tú mataste a Manuel.

—Mentira. Él jamás haría una cosa así —dijo Alejandro tranquilo.

Javier extendió la mano y le dio al botón de rebobinado de la grabadora. La puso cerca del oído de Alejandro y le dio al botón de reproducción. Escuchó horrorizado cómo su amigo le cargaba el asesinato de Manuel. Javier detuvo la cinta y grabó a continuación.

—¡Ese hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Más le vale que no me lo cruce! —gritó Alejandro. Estaba muy alterado. Parecía que las venas de su cara iban a explotar de un momento a otro.

Javier aprovechó la coyuntura. Fue cabreando más y más a Alejandro, que sólo tenía insultos para su amigo. Entonces, Javier dio el golpe de gracia.

—También me ha contado todo sobre tu negocio de drogas.

Alejandro alzó más la voz si cabe.

—¡Qué hijo de puta! El negocio es suyo. Él es el que quería usar niños como camellos —dijo gritando—. Decía que no podían ir a la cárcel. ¡Será cabronazo! ¡Me cago en su puta madre!

Javier salió de la habitación de nuevo dejando a Alejandro soltando improperios. Sebastián se quitó el pasamontañas y se acercó a su hermano.

—Lo has hecho muy bien. Tal vez deberías ser policía —dijo antes de abrazarle.

Luego, fueron a donde estaba Muriel y le dieron el nuevo material para que lo enviara.

—Son todo tuyos —dijo Sebastián—. Sólo te pido que te controles.

—No voy a hacerles nada que ellos no me hayan hecho a mí.

Javier cogió una enorme regla de madera y entró en la habitación donde estaba Rayco. Sin el pasamontañas.

Javier estaba sentado en su asiento del avión rumbo a Madrid. Para su consternación, su angustia no había desaparecido. Se planteó durante un momento, minutos antes de coger el avión, no subir a él, pero la isla se había convertido en una prisión de malos recuerdos que quería dejar atrás de una vez para siempre. Su viaje transcurrió con normalidad pero para Javier fue peor que el de ida. No sólo se sentía atrapado de nuevo sin escapatoria, sino que los recuerdos de la noche anterior le atormentaban. Cuando entró en la habitación para vengarse de Rayco, éste se quedó impresionado por la identidad de su captor. Empezó a insultarle como hacía cuando eran más jóvenes a pesar de que tenía todas las de perder. La insolencia de Rayco llegó a tal extremo que le confesó a Javier la satisfacción que sintió cuando asesinaron a Manuel. Aquella inoportuna revelación hizo que Javier perdiera los estribos y se ensañara con él. La furia era tal que luego se metió en la habitación donde estaba Alejandro y lo torturó hasta que ya no le quedaron fuerzas para seguir. Sentado en la fila catorce del avión, con las manos aferradas al reposa-brazos, Javier supo que se había extralimitado y sintió que, no sólo no había resuelto ninguno de sus problemas sino que, además, se sentía igual de miserable y rastrero que sus antiguos acosadores.

Cuando llegó a Barajas y después de recoger su equipaje, fue hasta el metro y se metió en el primer vagón que se detuvo frente a él. Tuvo miedo pero aguantó. Le faltó el aire y comenzó a sudar, pero se obligó a continuar hasta llegar a su parada como medio para expiar su delito. Aunque había intentado ser justo, los peores sentimientos que puede albergar un hombre se habían apoderado de su persona, por lo que Javier tuvo la certeza de que se parecía más a Rayco y a Alejandro de lo que jamás se había imaginado.

Cuando salió del subterráneo, notó la vibración de su móvil en el bolsillo de su pantalón. Le habían enviado un mensaje. Abrió la tapa de su móvil y miró el remitente. Era un número desconocido. Leyó el texto.

«Soy tu padre. Espero que no vuelvas nunca más por aquí. Me avergüenzas».

Javier cerró la tapa de su móvil lentamente. A pesar de que, en un primer momento se entristeció, luego sintió pena. Pena por él. Supo que su padre acabaría el resto de su vida sólo. Su familia había empezado un camino que él se negaba a recorrer y no tardarían en dejarle atrás. Javier tuvo la certeza de que no volvería a ver a su padre nunca más.

Fue hasta su casa y dejó la maleta. Dani le esperaba dentro. Hacía mucho tiempo que le había dado una llave de emergencia en caso de que él perdiera la suya. Se abrazaron y Javier le dio las gracias.

—¿Lo has visto? —dijo Dani.

—Aún no.

—Está en todas las cadenas. Ha sido el reportaje del año. Qué pena que no quieras que se te reconozca.

—He cometido algunos delitos para obtener esas declaraciones. No pueden saber quién soy. ¿Les han detenido?

Dani asintió. Por fin Javier pudo respirar tranquilo. Había notado un cambio en su actitud, como si después de los hechos hubiera un Javier distinto. Sabía que nada en su vida iba a ser igual a partir de ese momento pero decidió que no le iba a dar importancia. Cada día, cientos de personas sufrían cambios irreversibles en sus existencias y la vida seguía. Él se sentía uno más.

—¿Quieres que encienda el televisor? —dijo Dani.

—No. Necesito un poco de paz. ¿Te apetece que pidamos una pizza y nos quedamos hablando tranquilamente?

—De acuerdo.

Javier llamó por teléfono y pidió una. Mientras esperaban, Dani no pudo evitar preguntarle cómo había sucedido todo. Javier complació a su amigo y se lo contó, obviando los detalles más escabrosos. Cuando Dani le preguntó si no tenía miedo de que le delataran, Javier negó con la cabeza.

—Tengo coartada —dijo.

Una vez más, lloró la pérdida de Manuel abrazado a su amigo, y se hizo a la idea de que su dolor tardaría mucho en desaparecer. Si es que alguna vez lo hacía. Luego, él quiso saber qué habían dicho los de la cadena.

—Me lo quitaron de las manos. Les pareció una historia tan fuerte, todo eso que contaste en la playa, el acoso del colegio, las palizas en plena calle sin que nadie hiciera nada... Les encantó.

—Gracias por montarlo con tanta rapidez.

—No hay de qué. Gracias a ti me han ascendido.

Tocaron en la puerta. Aunque Dani quiso pagar, Javier insistió en invitarle. No podía hacer menos por la ayuda que su amigo le había prestado. Abrió la puerta y el chico del reparto se giró y le sonrió. Le tendió la pizza. Javier la cogió y le dio el dinero.

—Tome —dijo el chico—, con este cupón puede entrar en un sorteo de un viaje para Tenerife.

—Quédatelo. No lo quiero —dijo Javier.

—¿No? ¿Por...?

Javier sonrió con amargura.

—Soy de allí. No quiero volver.

—Pues ya tenemos algo en común —dijo el chico. Le contó que él también era de allí y que tampoco pensaba volver—. Acabo de llegar a Madrid. La verdad es que no conozco a nadie.

Javier le pidió un papel a Dani y le escribió su teléfono al repartidor.

—Toma. Llámame cuando quieras. No hay nada peor que sentirse solo.

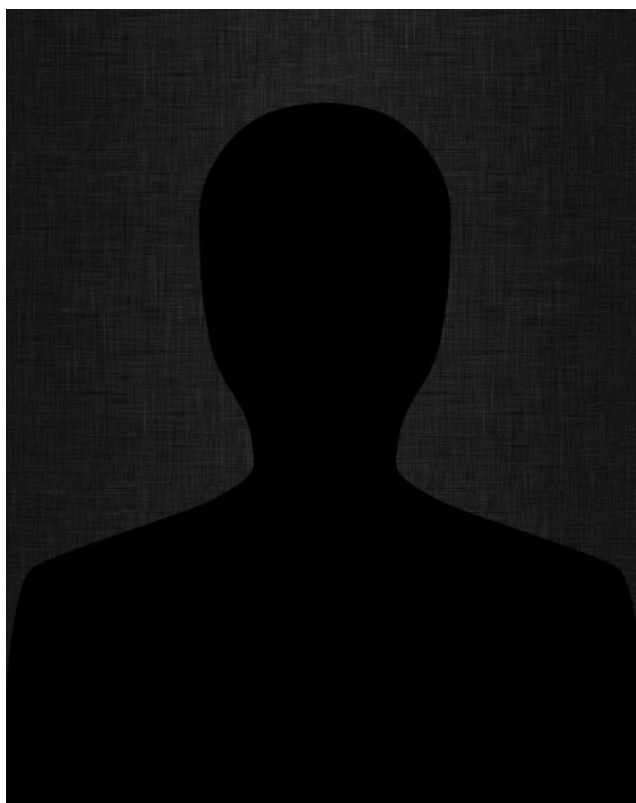
Cuando el chico se fue, ambos comieron en silencio. Dani quería entretener a su amigo para que dejara de pensar en lo sucedido, pero no sabía qué decir o hacer. Cuando terminaron, Javier cerró la caja de la pizza. El boleto para el viaje a Tenerife cayó al suelo. Javier lo recogió y se quedó un buen rato mirándolo. Multitud de pensamientos se le agolparon en la cabeza.

—¿En qué piensas? —dijo Dani.

Por toda respuesta, Javier rompió el billete del sorteo en pedacitos y los dejó caer al suelo. Mientras observaba cómo caían, supo que su alma había quedado igual de dañada. Para siempre.

«En la venganza, el más débil es siempre el más feroz»

HONORÉ DE BALZAC



HECHERES BELTRÁN (Madrid, 1979). Dedicado a la literatura desde muy joven, cursó los estudios de Biblioteconomía y Documentación en la ciudad de Granada, donde participó en los proyectos teatrales *Dios y Hombres*, con los que haría dos giras por el sur de España. Más tarde, ya trasladado a Madrid, dirige y escribe los guiones de los cortometrajes *Expositor de mentiras* y *La regla de oro* y la obra teatral *Ováricas*. En el año 2006 resultó ganador del VIII Premio Odisea de Literatura con la novela *Cruzando el límite*. *Billete de ira y vuelta* es su segunda novela.